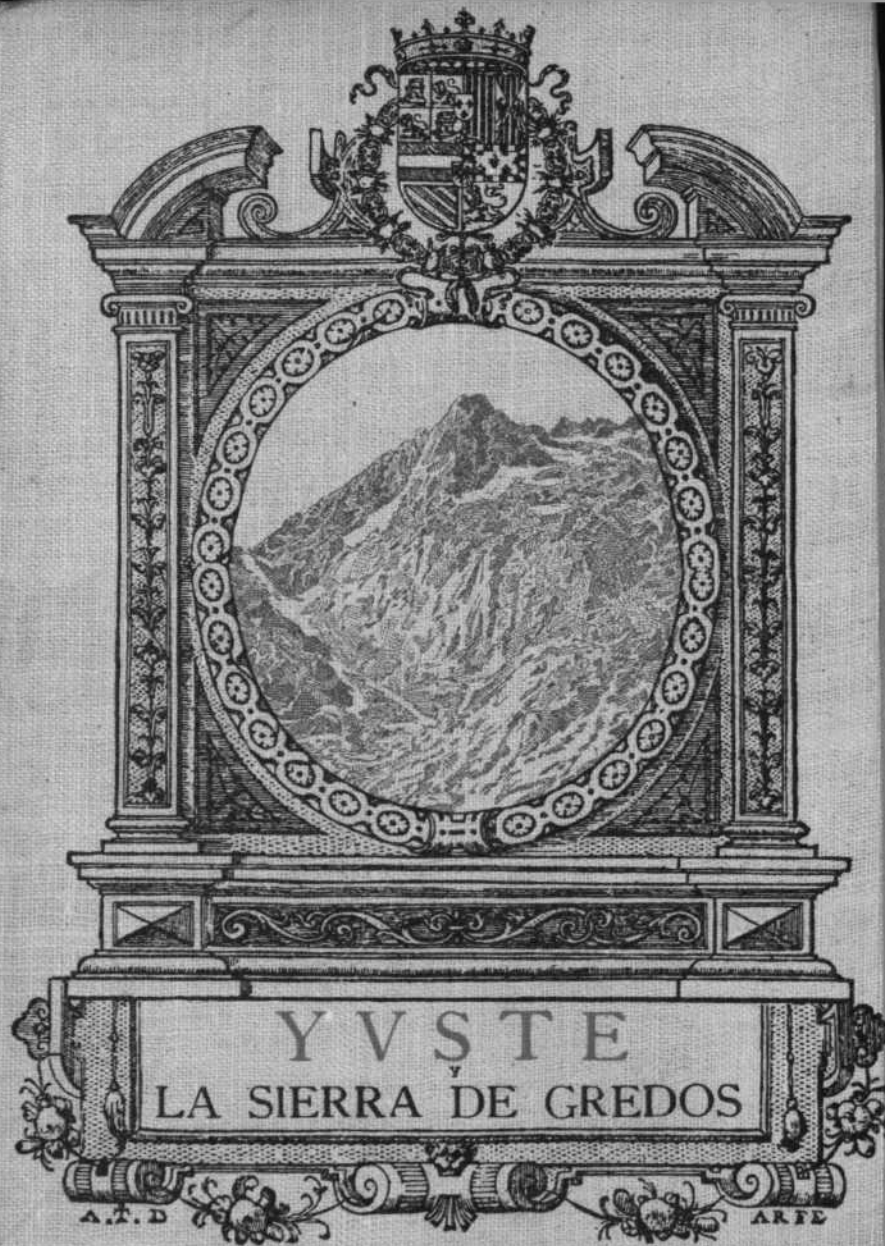
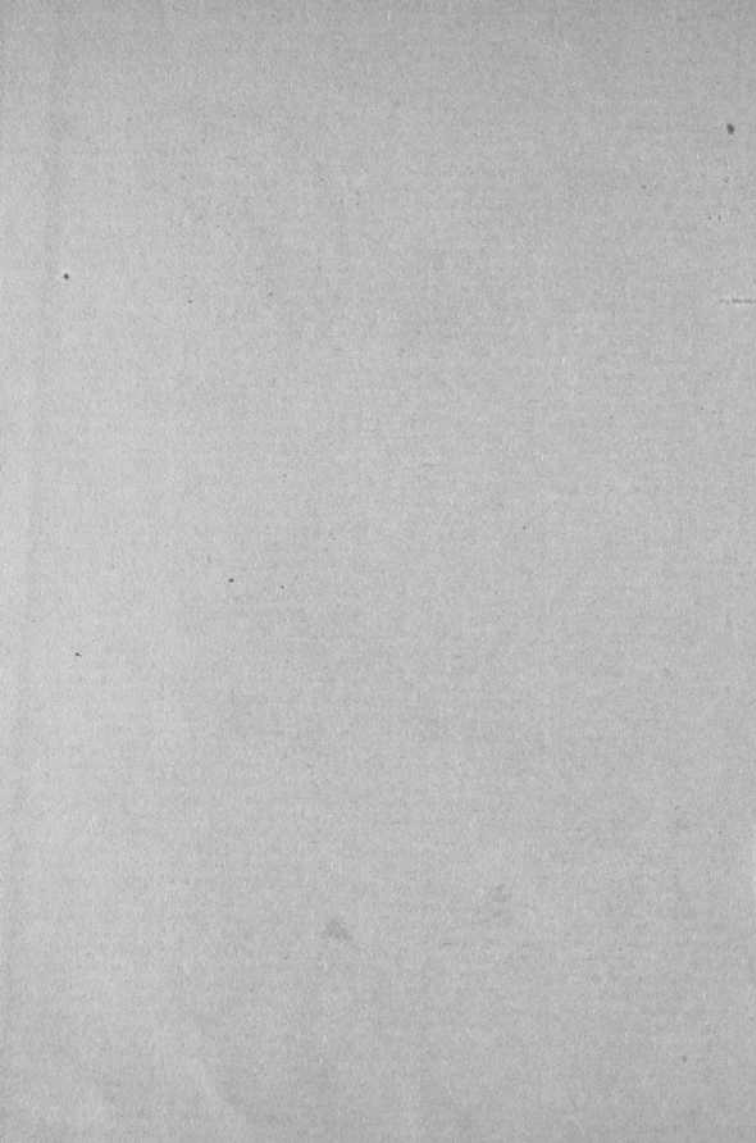




*Ediciones de la Comisaria Regia del Turismo*







XGL  
A



+ 175801

C.



1.65

Yuste  
y  
La Sierra de Gredos

Yale

La Sierra de Guadalupe

COMISARIA REGIA DEL TURISMO  
Y CULTURA ARTISTICA

---



Y USTE  
Y LA  
SIERRA DE GREDOS



MADRID

1919

COMISARIA REGIA DEL TURISMO  
Y CULTURA ARTISTICA

YUSTE

SERRA DE GIBRALTOR

MARCO

# Yuste y la Sierra de Gredos

## NOTICIA PRELIMINAR

POR EL

MARQUES DE LA VEGA INCLAN



## NOTICIA PRELIMINAR

POR EL

MARQUES DE LA VEGA INCLAN

**E**S LA SIERRA DE GREDOS, UNA de las más preciadas y maravillosas galas de la Naturaleza y «columna vertebral de la tierra castellana», como muy gráficamente la denomina el ilustre doctor Goyanes. Huelgan aquí descripciones que otros más competentes han hecho y harán para que de día en día vayan enriqueciendo la literatura y documentación de la Sierra, pues ya es hora que se conceda interés y atención sin tasa a lo que es venero de riqueza, fuente de salud, deleite de la vista y regocijo del espíritu.

Con la Sierra de Guadarrama es y será la

de Gredos el pulmón de la Corte y la expansión de las multitudes que en caravana creciente, a Gredos acudirán de día en día en busca de reposo, de salud y de gratísima expansión.

Hace años publicó esta Comisaría excelente trabajo, que aquí también reproducimos y ampliamos, de un entusiasta y cultísimo alpinista. En aquellos momentos en que preparábamos la faena fundamentalmente cultural para iniciar y más adelante desarrollar aficiones al campo, a los viajes y a todo lo que sea ejercicio y vida al aire libre, entonces también se plantearon los primeros jalones de Turismo en Gredos creándose sucesivamente varios Sindicatos sobre la base ejemplar del precursor de todos ellos iniciado en Hoyos del Espino.

S. M. el Rey Don Alfonso XIII dedicó preferente atención a Gredos, cuando muy pocos aun se habían ocupado de la Sierra y desde las alturas a donde ascendió uno

de los primeros, consideró, con patriótica clarividencia, que no tan sólo con ocasión de deportes, sino también desde otros muchos puntos de vista, debía ser esta región privilegiada objeto de grande atención, de estudio y de intensa divulgación, que llegara a los encumbrados y a los humildes, marcando rumbos bienhechores para que todos conozcan y disfruten de los encantos y beneficios de la Sierra y para que paralelamente también se dé a conocer esta tierra castellana que vivieron nuestros mayores, que fué testigo de sus épicas luchas y que en sus bosques y en sus rocas y en sus castillos y en sus monasterios y en sus viviendas, que aún se conservan, contemplemos estos recuerdos del solar castellano y los guardemos como respetuoso homenaje a pasadas generaciones y para deleite y contemplación de las que nos sucedan.

La misión de conservar y exhibir el so-

lar y el monumento patrio (que aun cuando sin elementos ni autoridad ni colaboración seria, está asignada a la Comisaría Regia del Turismo), quien sabe si por ley del oportunismo de los tiempos quizá ahora puedan desenvolverse más eficazmente actuaciones que en otros tiempos nos estaban vedadas o eran estériles, para que seamos asistidos de los Poderes y de la pública opinión. Y toda vez que hace años, ya señalamos rumbos y derroteros en favor de la Sierra de Gredos, si es que estamos en el momento propicio, sin perder más tiempo, podamos dedicar todos nuestros esfuerzos a esta obra en la que confiamos estar asistidos por el estímulo y convencimiento de todos, de los que pueden, de los que razonan y de los que instintivamente ven y sienten en Gredos algo que habla al espíritu y a la razón y a la conveniencia.

A Instituciones meritísimas alpinas y a hombres que han practicado acción precursora en favor de la Sierra de Gredos, debe hoy seguir el esfuerzo y la colaboración de todos. La Comisaría Regia tiene el grato deber de continuar ejerciendo su acción, siempre modesta, pero perseverante, alentando con todos sus elementos, como así lo hace, tanto a las Sociedades Alpinas de Madrid como a las de la Sierra. También seguirá estimulando propagandas y practicándolas personalmente, pero sobre todo es deber de la Comisaría atender a la mayor facilidad de comunicaciones. Para esto mucho confiamos en la colaboración que nunca nos han negado los Ministros de Fomento, especialmente nuestro querido amigo don Abilio Calderón. Aprovechamos esta ocasión para enviarle una vez más toda nuestra gratitud por las nuevas rutas que con gran eficacia otorgó últimamente a nuestras solicitudes, que facilitarán grande-

mente todas las comunicaciones parciales de la Sierra, así como la general entre Madrid y las provincias de Salamanca y Cáceres.

La construcción de alojamientos es otro de los puntos en que esta Comisaría debe fijar toda su atención. Ciertamente son apreciables y merecen elogios, dentro de cierto límite, los alojamientos y albergues debidos al esfuerzo de los laboriosos habitantes de las diferentes localidades. Nuestro criterio es muy favorable a estos alojamientos de carácter regional. Y para su mayor perfeccionamiento en alguna enmienda parlamentaria hemos solicitado estímulos y subvenciones más o menos indirectas para su creación y amparo.

«La sobriedad y buen gusto de la raza —decíamos en otra publicación sobre Turismo— ha huído con frecuencia de decoraciones lujosas e inadecuadas, notándose

en estos alojamientos más o menos modestos que, desde la cocina, que conserva las tradiciones regionales, hasta los servicios que prestan campesinas y muchachas de la comarca, encuentran hospedaje cómodo y agradable los que a ellos acuden. Ahora bien: estas posadas, hospederías, casas y albergues ya creados, conocidos y frecuentados, a los que el Estado debe estimular, cree el que suscribe que pueden ser base y punto de partida para fijar jalones de Turismo y que a su alrededor se desarrollen, mediante una prudente intervención y eficaz propaganda, excursiones y residencias, tanto de invierno, como de verano, toda vez que la mayor parte de estas residencias urbanas y de altura están enclavadas en la proximidad de puntos que deben ser visitados, ya por las bellezas naturales del paisaje o por su riqueza artística y monumental.

Pero sobre todas las actuaciones que la Comisaría pueda y deba ejercer en la Sierra de Gredos, a ninguna quizá más interesante debe dedicar toda su atención que a la conservación de los monumentos esculpidos por la Naturaleza, así como aquellos labrados por la mano del hombre, para evitar toda profanación y despojo con pretextos utilitarios que deben tener el límite prudencial en lo que constituye tan gran herencia. En una memoria recientemente presentada al Gobierno expuse la conveniencia de establecer clara y resueltamente el precepto de que augustos espectáculos no deben sufrir de aquí en adelante profanación alguna ni admitir ningún retoque, bueno o malo, técnico o inexperto, porque es irrespetuosa temeridad querer mejorar la obra majestuosa de los siglos. Decía también que debe actuarse con la mayor sinceridad, suprema fórmula de arte, en toda construcción que sea necesario em-

prender en el seno de la Naturaleza, sin adaptarla teatralmente a una época determinada porque estimo que el verdadero interés de estas construcciones no pertenece a una época ni a un estilo concreto, sino que consiste fundamentalmente en la severidad de sus líneas y en la armonía de los materiales, a ser posible de la región, empleados en concordancia con la nota y el tono del conjunto.

Esto que sentimos y pensamos con respecto a estos monumentos naturales hacemos extensivo a los que labraron los hombres. En España, país donde su historia se pierde en la lejanía de las primeras colonias, el elemento primordial de toda obra de turismo es la conservación del monumento y su exhibición sin disfraces ni restauraciones que lo borren, lo desnaturalicen o lo envelezcan. Precisamente esta sinceridad es la que legítimamente atrae y embelesa a las multitudes de países jóvenes, que sin tasa

pueden derrochar millonadas, que, aun siendo fabulosas, no alcanzan, ni valen, ni pueden improvisar ni sustituir la sublimidad aquilatada a través de los siglos en las naciones de gloriosos solares y rancios abuelos, ennoblecidos con el privilegio del Arte, de la Tradición y de la Historia. Por eso la conservación inteligente de los monumentos seguirá siendo tema de nuestros esfuerzos y de nuestras campañas.

Con perseverancia tan incomprendida como mezquinamente secundada, se ha dedicado la Comisaría Regia del Turismo desde hace años a preconizar la conservación seria del monumento patrio, no sólo con teorías, sino principalmente con obras más o menos modestas, pero siempre bien intencionadas. En varios monumentos salvados de su desaparición o de la ruina ha sometido y somete práctica y ostensiblemente su doctrina a los técnicos y profesionales, si no para su ejemplo, a lo menos

para la estimación y discusión de estos métodos o para su propaganda y mejoramiento,

La Sierra de Gredos, cubierta en otro tiempo de valiosas construcciones religiosas, civiles y militares, aun conserva algunas, a pesar de la huella de los años y de la no menos destructora de los hombres. Muy próximo a Madrid, Cadalso de los Vidrios, mansión señorial de belleza extrema, debida a la esplendidez de los Condes de Oropesa; a no mucha distancia, el Monasterio de Jerónimos de Guisando, que hoy se trata de conservar piadosamente para deleite de propios y extraños; los castillos y residencias reales y señoriales, más o menos mutiladas, de Barco de Avila, Piedrahita y Arenas; las iglesias y conventos de villas y lugares, y las románticas torres que en Arenas de San Pedro concedió un ingrato monarca como limosna a la viuda

de su condestable, que ha dejado esculpido en una de sus calles el romántico y dramático nombre de *La Triste Condesa*; los toros de Guisando, el signo más representativo del viejo solar hispano; los castillos de Mombeltrán y de Vadecorneja; y, una vez salvado el Puerto del Pico, esbeltas, altivas y casi incólumes las torres y murallas de la sin par Avila de los Caballeros. Aquí y a toda la tierra española, las nuevas generaciones y la moderna cultura deben acudir con entusiasmo, con su acción civilizadora y, si preciso fuera, con exigente clamoreo a impedir nuevas mutilaciones, destrozos, disfraces, atrevimientos y demasías contrarios a todo principio de estética, de sentido artístico y de refinamiento espiritual.

Pero sobre todo, y en tanto podemos realizar, si no nos falta la vida, homenaje y obra de altísima finalidad para evitar su desaparición y salvarlo de inminente ruína, debemos conceder ahora preferente atención

en este libro al Monasterio de Yuste. Alojamiento y última morada del gran Emperador que, después de haber recorrido toda Europa y admirado cuantas bellezas atesora la Naturaleza y el arte exquisito y refinado de aquel Renacimiento de su siglo, eligió la Sierra de Gredos y en esta Sierra, Yuste, para entregarse al relativo descanso de su cuerpo más que de su espíritu. Los postreros momentos de su existencia, agitada quizá como la de ningún hombre de su tiempo, aquí los dedicó a la contemplación; y esta reposada contemplación no fué en Alemania, ni en Flandes, ni en los rincones de Italia, ni en ningún otro punto de aquel Imperio en donde no se ponía el sol: fué precisamente en Yuste. Preferentemente, pues, debe ostentarse su nombre en las primeras páginas de este libro como el monumento más representativo de la Sierra de Gredos, asociado al recuerdo del Emperador que dominó al mundo y que simboliza el

período de la mayor grandeza de España. Por eso también hemos creído que el paso de su grandeza, mas grande cuanto más humildemente quería esconderse entre las paredes de su celda, debía aquí quedar esculpida por uno de nuestros más grandes escritores, el cual describió, la estancia del Emperador en Yuste, y Yuste mismo en su aspecto histórico, monumental y pintoresco.

Al reiterar nuestra gratitud a la familia de este gran novelista del siglo XIX por la generosidad de permitirnos reproducir aquí ampliamente, sin tasa alguna, pues no cabe cercenar un solo renglón del deleitosísimo trabajo «Una visita al Monasterio de Yuste», rendimos una vez más homenaje de admiración y respeto a una de las glorias de la literatura española y del habla castellana: al autor de «Sombrero de Tres Picos», a Pedro Antonio de Alarcón.

En este público testimonio de gratitud, de afectos y respetos, debe ostentarse so-

bre todos los que fundimos con nuestra admiración y ofrecemos con nuestro cariño y con los réditos de nuestra propia salud al autor del «Elogio Médico» que regala a Gredos en una hermosa estrofa en favor de la Sierra con enseñanzas y bienhechoras doctrinas que aprovecharán cuantos las lean para salud del cuerpo y deleite de su espíritu.



UNA VISITA  
AL  
MONASTERIO DE YUSTE  
DE  
D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN  
(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)



# UNA VISITA AL MONASTERIO DE YUSTE <sup>(1)</sup>

DE  
D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON

**S**i sois algo jinete (condición *sine qua non*); si contáis además con cuatro días y treinta duros de sobra, y tenéis, por último, en *Navalmoral de la Mata* algún conocido que os proporcione caballo y guía podéis hacer facilísimamente un viaje de primer orden —que os ofrecerá reunidos los múltiples goces de una exploración geográfico-pintoresca, el grave interés de una excursión historial y artística, y la religiosa complacencia de aquellas romerías verdaderamente *patrióticas* que, como todo de-

---

(1) Del libro «Viajes por España», con generosa y amplia autorización de los herederos del autor.

ber cumplido, ufanan y alegran el alma de los que todavía respetan algo sobre la tierra...— Podéis, en suma, visitar el *Monasterio de Yuste*.

Para ello... (suponemos que estáis en Madrid) empezaráis por tomar un billete, de berlina o de interior, hasta *Navalmoral de la Mata*, en la «Diligencia de Cáceres» (1) —que sale diariamente de la calle del Correo de ésta que fué corte, a las siete y media de la tarde.

La carretera es buena por lo general, y en ningún paraje peligrosa. Pasaréis sucesivamente por la *Dehesa de los Carabancheles*, donde los Artilleros *tenían* establecida su muy notable *Escuela práctica*; —por las *Ventas de Alcorcón* y por *Alcorcón* mismo, que es como si dijéramos por el Sèvres de los actuales madrileños; —por *Móstoles*, donde os acordaréis de su órgano y de su célebre Alcalde del año de 1808; —por *Navalcarnero*, uno de los principales lagares que surten de peleón a Madrid; —por *Valmojado*, que nada tiene de mojado ni de valle, pues ocupa un terreno muy alto y arcilloso; —por *Santa Cruz del Retamar*, abundante en fiebres intermitentes y en carbones;

---

(1) Este viaje se hizo y fué escrito en 1873.—Hoy se va en errocarril a Navalmoral de la Mata.

(Nota de a presente edición.)

—por *Maqueda*, todavía monumental hoy, cuanto poderosa en la antigüedad romana y en tiempos de nuestra doña Berenguela, — y, en fin, por *Santa Olalla*, patria del historiador Alvar Gómez de Castro y del predicador Cristóbal Fonseca, ambos insignes varones y literatos; —con lo cual, al amanecer (dado que viajéis, como os lo aconsejamos, en primavera o en otoño), os encontraréis en *Talavera de la Reina*, confirmada (supongo) recientemente con el nombre de *Talavera de la República federal*.

Dicho se está que en todo este trayecto no habéis visto casi nada, a causa de la obscuridad de la noche y de haber ido proveyéndoos de *sueño*, o bien de *dormición* o *dormimiento* (como se decía antaño, para evitar confusiones entre la gana y el acto de dormir), y en ello habréis hecho perfectamente, pues no os esperan grandes *hóteles*, que digamos, en toda vuestra romería; —pero al llegar a *Talavera*, donde se detiene el coche una hora y se toma chocolate, despertaráis sin duda alguna, y podréis ver al paso muchas y muy buenas cosas...

Por ahorraros gastos, no presuponemos que caéis en la tentación de pasar todo un día en aquella ilustre villa, cuna del ínclito Padre Mariana; rica de monumentos arquitectónicos; emporio de los opimos frutos y frutas de todo el

país que vais a recorrer; renombrada por sus barro cocidos, que os indemnizan del bochorro cerámico que pasásteis en Alcorcón, y vecina del memorable campo de batalla en que españoles e ingleses dimos tan buena cuenta de José Napoleón, de Sebastiani, de Víctor y de otros generales del Imperio, con más de 50.000 soldados vencedores de Europa...—En otro caso viérais allí, además de las murallas, y la catedral, y los conventos, y los palacios, los celebérrimos jardines y alamedas que forman un paseo público a la orilla del noble *Tajo*...—Pero ¡nadad vosotros váis a *Yuste* exclusivamente, y no podéis deteneros en parte alguna...

Montaréis, pues, de nuevo en la Diligencia, y, dejando a la izquierda el gran río y viendo siempre a la derecha la cadena del Guadarrama (que, con el nombre de Sierra de Gredos y otros, se extiende hasta Portugal), continuaréis vuestro camino y cruzaréis por delante de la imponente villa de *Oropesa*, de aspecto feudal, coronada por su viejo castillo y presidida por el magnífico palacio de los antiguos Condes de Oropesa, hoy Duques de Frías...—Como sabéis a dónde vais, no dejaréis seguramente de saludar agradecidos aquella villa, ni de pensar con reverencia en los mencionados Condes,

cuyos recuerdos habéis de encontrar íntimamente ligados con los *del Monasterio de Yuste*; y, cumplida esta obligación, pasaréis por la *Calzada de Oropesa*, último pueblo de la provincia de Toledo; entraréis poco después en Extremadura, y, en fin, a eso de las doce del día os hallaréis en *Navalmoral de la Mata*...

En aquella importante villa, perteneciente ya a la provincia de Cáceres, cabeza de partido judicial y distante de Madrid 172 kilómetros, es donde os esperan el caballo y el guía. Dejaréis, por tanto, seguir a la Diligencia su rumbo al Sudoeste, y vosotros tomaréis el sendero que preferían siempre los Condes de Oropesa para dirigirse a *Yuste* desde su mencionada villa señorial, ora cuando el famoso Garci-Alvarez iba, a principios del siglo xv, a proteger la fundación del Monasterio, ora cuando un descendiente suyo acudía, ciento cincuenta años después, a visitar a Carlos V o a asistir a sus exequias. — Es decir, que os encaminaréis al lugarcillo de *Talayuela* (12 kilómetros); pasaréis por la *barca* del mismo nombre el caudaloso *Tiétar*, tan desprovisto de puentes; entraréis en la célebre *Vera de Plasencia*, y, por *Robledillo de la Vera*, iréis a hacer noche a *Jarandilla*.

De este modo, habiendo andado unas diez y siete horas en coche y cosa de seis leguas a ca

ballo, os hallaréis, a las veinticuatro horas de haber salido de Madrid, a legua y media de *Yuste*, en una villa importante (*Jarandilla* es cabeza de otro partido judicial), perteneciente también a los Estados de Oropesa o Frías, cuyo palacio o casa solariega albergó algunos meses al nieto de los Reyes Católicos mientras acababan de disponerle sus habitaciones en el convento.

Nosotros os dejamos ahora allí —donde creemos no os falte la necesaria industria para buscar la posada, cenar, acostaros y trasladaros a la mañana siguiente, muy tempranito, al lugar de *Quacos*, distante de *Yuste* un cuarto de legua, y donde vive el administrador del Sr. Marqués de Miravel, actual dueño del Monasterio (administrador que es muy amable y que os acompañará en vuestra visita, u os proporcionará los medios de que lo veáis todo a vuestro sabor; nosotros os dejamos en *Jarandilla*, repetimos, y, retrocediendo a las orillas del *Tiétar*, vamos a exponeros cómo y por donde llevamos a cabo, por nuestra parte, hace poco tiempo, y arrancando de otro lugar, esta misma excursión al célebre retiro del que fué dueño del mundo.

Cinco kilómetros más abajo de *Talayuela*, o sea de su *barca*, hay una hermosa finca, denominada el *Baldío*, situada en majestuosa, pero muy alegre soledad.

El *Baldío* forma una especie de anfiteatro sobre el *Tiétar*, que es su límite al Norte. En medio de este anfiteatro se eleva el caserío, teniendo al Sur un soberbio pinar y a los lados extensos bosques de robles o de encinas. Por las ventanas de todas sus habitaciones, que dan al septentrión, se descubre: primero, una faja de vega, de un kilómetro de ancho, que va a morir en el río; luego el mismo río, orlado de pomposas arboledas, y, a su otra margen, un segundo anfiteatro, que es la *Vera de Plasencia*, y que termina en las perpetuas nieves de las Sierras de Jaranda y de Gredos.

Las ventanas del *Baldío* dan, pues, frente al *Monasterio de Yuste*, escondido en una leve ondulación de la falda meridional de la *Sierra de Jaranda*, pero cuya situación y cercanías se divisan perfectamente.—Es decir, que el *Baldío* y *Yuste* tienen un mismo horizonte y están incluidos en la misma cuenca general del terreno, por cuyo fondo corre mansamente el *Tiétar*, navegable en aquella región, y tan grandioso y opulento como el propio *Tajo*, a quien poco después rinde vasallaje.

Tres leguas escasas (dos a vuelo de pájaro) dista *Yuste* del *Baldío*, y nosotros, que residíamos accidentalmente en este último paraje, llevábamos muchos días de contemplar a todas horas aquel otro solitario lugar, encerrado entre una gran sierra y un gran río, sin más comunicación con el mundo que unas poco frecuentadas veredas, y donde había pasado los últimos dos años de su vida aquel que llenó el universo con su nombre y sus hazañas, y cuyos dominios no dejaba nunca de alumbrar el sol.

Un porfiado temporal había ido retrasando la visita que desde que llegamos al *Baldío* nos propusimos hacer a *Yuste*, hasta que al fin serenóse el tiempo, y el día 3 de Mayo (del presente año de 1873) montamos a caballo; pasamos el *Tiétar* por otra *barca*, propiedad de nuestro amable y querido hutesped, penetramos en la *Vera de Plasencia*, y nos dirigimos al insigne Monasterio por el camino de *Jaraiz*.

Ninguna estación más a propósito para apreciar y admirar todos los encantos de la famosísima *Vera*, país de la fertilidad y de la incomunicación; especie de Alpujarra chica, en que el río hace las veces del mar, y Sierra de Jaranda y Sierra de Gredos suplen por la colosal Sierra Nevada.

La primavera estaba en todo su esplendor.— Primeró caminamos por magníficas dehesas, sobre una llanísima alfombra de verdura y bajo un dosel de magníficos robles, encinas, fresnos, sauces y almeces, a través de cuyos severos troncos penetraba horizontalmente el alegre sol de la mañana. Después salimos a un monte cubierto de jarales floridos, cuyas blancas flores eran tantas, que parecía que el monte estaba nevado. Luego pasamos el hondo río *Jaranda*, por el tosco, sabio y gracioso *Puente de la Calva*, y principiamos la ascensión a *Jaraiz*, risueña y populosa villa, por cuyos arrabales desfiliamos a eso de las ocho.

Estábamos a una legua de *Yuste*. Esta legua recorre un país abrupto, selvático, atroz; pero pintoresco a sumo grado. Hay sobre todo un paraje, llamado la *Garganta de Pelochate*, que es digno de los honores del pincel y de la fotografía. Allí se despeña rapidísimo un espumoso río por planos inclinados de formidables rocas, sobre las cuales se eleva a extraordinaria altura cierto viejo y gastado puente de tablas, atravesando el cual no puede uno menos de encomendar el alma a Dios. Las orillas de esta semicatarata son de una rudeza y amenidad imponderables, así como es muy celebrada, y ciertamente fresquísima y muy delgada y gus-

tosa, el agua de la gran fuente que de una peña brota al otro lado de aquel abismo.

Pasada la *Garganta de Pelochate*, podíamos escoger dos senderos para llegar a *Yuste*: el uno va por *Quacos*, lugarcillo de 300 vecinos. que, como hemos apuntado, dista un cuarto de legua del Monasterio; el otro... no existe verdaderamente, sino que lo abre cada viajero por donde mejor se le antoja, caminando a campo travieso...

Nosotros escogimos este último, a pesar de todos sus inconvenientes. — Una aversión invencible, una profunda repugnancia, una antipatía que rayaba más en fastidio que en odio, nos hacía evitar el paso por *Quacos*.

Y era que recordábamos haber leído que los habitantes de este lugar se complacieron en desobedecer, humillar y contradecir a Carlos V durante su permanencia en *Yuste*, llegando al extremo de apoderarse de sus amadas vacas suizas, porque casualmente se habían metido a pastar en término del pueblo, y de interceptar y repartirse las truchas que iban destinadas a la mesa del Emperador. Hay quien añade que un día apedrearón a *D. Juan de Austria* (entonces niño), porque lo hallaron cogiendo ce-rezas en un árbol perteneciente al lugarejo...

Pero ¿qué más? ¡Aún hoy mismo, los hijos

de *Quacos*, según nuestras noticias, se enorgullecen y ufanan de que sus mayores amargasen los últimos días del César, por lo que siguen tradicionalmente la costumbre de escarnecer el entusiasmo y devoción histórica que inspiran las ruinas de *Yuste*!...

Alguien extrañará que Carlos V no declarase la guerra a los habitantes de *Quacos*, pidiendo su hijo Felipe II veinte arcabuceros que les ajustasen las cuentas... Pero ¡ah! el vencedor de Europa no había ido al convento en busca de guerra, sino de paz, y, por otra parte, si hubiese castigado a aquellos insolentes, el desacato y desamor de éstos se habrían hecho públicos y dado margen a mil comentarios en toda Europa.—Los pequeños lo calculan muy bien todo cuando se atreven a insultar la misma grandeza a cuyos pies solían arrastrarse miserablemente...—El Emperador se hizo, pues, el desentendido, y devoró en silencio, como una penitencia, aquellas mortificaciones de su orgullo.

Conque decía que nosotros anduvimos a campo travieso la última media legua que nos separaba de *Yuste*. Pronto nos sirvió de guía el propio *Convento*, que vimos aparecer allá a lo lejos, al pie de una árida ladera de *Sierra de Faranda*, que los defiende de los vientos del

Norte. —Por la parte del Sur lo resguarda también de las miradas del mundo cierta suave colina, que forma con la dicha sierra una especie de vallecejo o cañada, cuya máxima longitud descubríamos nosotros sin dificultad, por ir entonces marchando de Poniente a Levante.

El aspecto del *Monasterio*, a aquella distancia, realizaba completamente el poético ideal que nos habíamos formado de él desde niños, y que hace veinte años nos sugirió algunas páginas tituladas: *Dos retratos* (1). —Cercado de robles y sombreado más intensamente a la parte del Sur por una verde cortina de corpulentos, piramideles olmos, aquel antiguo refugio de los desengañados de la tierra parecía como un oasis en medio del desierto, como una isla en un océano tormentoso. Tan rica vegetación, tanta lujosa verdura, tan abrigada soledad y las austeras líneas de la Santa Casa que destaca su mole, de un color gris de hoja seca, sobre la oscuridad del ramaje, contrastaban dulcemente con el áspero y desordenado panorama que se veía en torno, con los esquivos montes, con las bruscas quebradas, con los rudos matorrales, con la misma pedregosa tierra que cruzábamos.

---

(1) Este trabajo figura en el tomo II de *Novelas cortas* del autor.

Finalmente, salimos al camino que vosotros tendríais que seguir para llegar a *Yuste*, esto es, al que desde el pobre *Quacos* sube al *Monasterio*...

O, por mejor decir, nosotros ya estábamos casi en el *Monasterio* mismo...

\*\*\*

Una enorme cruz de piedra y una alta cerca o tapia de cenicientos peñones nos decía que allí principiaba la sagrada jurisdicción de *Yuste*.

Por aquel escabroso camino, en que sólo nos restaba que andar algunos pasos, llegó Carlos V a su final retiro el día 3 de Febrero de 1557, y por el propio sendero pasó su cadáver, después de haber yacido allí algunos años, para ir a continuar su sueño eterno en el panteón de El Escorial.—Ya veremos más adelante cómo este sueño ha sido también turbado recientemente en el imperial sarcófago de San Lorenzo, y cómo nosotros llegamos, por nuestra parte, a profanar asimismo con la mirada, en pública y sacrílega exhibición, la momia del invicto César.

Detengámonos ahora a contemplar un inmenso *Escudo* de piedra que adorna la alta cerca de que hablamos antes.—Él resume y

compendia todo lo que hemos de ver y de pensar dentro de Yuste.

Aquel *Escudo*, abrigado por las poderosas alas del águila de dos cabezas y encerrado entre las dos columnas de Hércules, con la leyenda de *Plus ultra*, comprende en sus cuarteles las armas de todos los Estados del augusto Monje. —De estas armas resulta que el hombre que fué allí a abreviar voluntariamente su vida y a anticipar su muerte, acabada de ser en el mundo (1): «Emperador de los romanos, Rey de Alemania, de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Hungría, de Dalmacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Sevilla, de Mallorca, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Indias, Islas y Tierra firme del mar Océano; Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante, de Loteringia, de Corincia, de Carmola, de Luzaburque, de Luzemburque, de Gueldres, de Athenas y Neopatria; Conde de Brisna, de Flandes, del Tirol, de Abspurque, de Artoes y de Borgoña; Palatino de Nao, de Holanda, de Zelanda, de Ferut, de Fribuque, de

---

(1) Esta enumeración de los títulos del Emperador es literalmente la misma con que principia su testamento.

Amuque, de Rosellón, de Aufania, Lantzgrave de Alsacia; Marqués de Borgoña y del Sacro Romano Imperio, de Oristán y de Gociano; Príncipe de Cataluña y de Suevia; Señor de Frisa, y de la Marca, y de Labomo, de Puerta; Señor de Vizcaya, de Molina, de Salinas, de Tripol, etc.»

Encima del *Escudo* hay un *Medallón* con un busto de San Jerónimo en alto relieve.

Debajo del *Escudo* se lee esta *Inscripción*, casi borrada por la acción del tiempo sobre la mala calidad de la piedra:

«*En esta santa casa de San Jerónimo se retiró a acabar su vida el que toda la gastó en defensa de la Fe y conservación de la Justicia, Carlos V, Emperador, Rey de las Españas, cristianísimo, invictísimo. Murió a 21 de Septiembre de 1558.*»

Acerca de esta misma vida, *gastada toda* efectivamente en una perpetua campaña, ocurrenos copiar aquí algunas palabras del discurso en que Carlos V abdicó en su hijo los Estados de Flandes, pocos meses antes de retirarse a Yuste.

«Nueve veces (dijo, a fin de justificar ante su corte el cansancio y los achaques en que fundaba su determinación), nueve veces fui a Alemania la Alta, seis he pasado en España, siete

en Italia, diez he venido aquí, a Flandes, cuatro en tiempo de paz y guerra, he entrado en Francia, dos en Inglaterra, otras dos fui contra Africa las cuales todas son cuarenta, sin otros caminos de menos cuenta que por visitar mis tierras tengo hechos. Y para esto he navegado ocho veces el mar Mediterráneo, y tres el Océano de España, y agora será la cuarta que volveré a pasarle para sepultarme...»

Pero nosotros no escribimos la historia de Carlos V, sino en todo caso la de *Yuste*. Bueno será, pues, que antes de penetrar en el Monasterio digamos todo lo que se sabe acerca de su fundación y rápido desarrollo hasta el momento en que representó tan importante papel en el mundo, así como respecto de su lamentable ruina.

## II

El breve bosquejo que vamos a hacer de la historia del Monasterio de Yuste desde su fundación hasta los tiempos presentes, no supone de nuestra parte prolijas investigaciones ni detenidos estudios. Significa tan sólo que, cuando visitamos aquellas venerables ruinas, tuvimos la fortuna de que el celoso empleado que las custodia nos enseñase y nos permitiese ex-

tractar rápidamente un preciosísimo *infolio* manuscrito que guarda allí como oro en paño el Sr. Marqués de Miravel, actual propietario de aquellos que llegaron a ser *bienes nacionales*.

Dicho manuscrito, que constituye un abultado tomo, pudiera llamarse la *Crónica del Convento*, y fué redactado por uno de los últimos religiosos que habitaron aquella soledad —por el P. *Fr. Luis de Santa María*,— quien se valió para ello del Libro de Fundación del Monasterio, de las Actas de profesión de sus individuos y de las Escrituras y Cuentas referentes a los pingües bienes que llegó a poseer la Comunidad.

Con este libro, y con las muchas noticias y apuntes que nos ha suministrado una persona muy estudiosa y versada en todo la concerniente a la *Vera de Plasencia* —el Sr. D. Félix Montero Moralejo— hemos tenido lo bastante para aprender en pocas horas cuanto puede saberse acerca de *Yuste*; como vosotros, lectores, podréis aprenderlo también en un momento, si nos prestáis vuestra benévola atención.

\*\*\*

En el año de 1402, sobre una de las colinas que se elevan al norte del actual convento, alzábase una pequeña ermita, llamada del *Salvador*, a la cual iban anualmente, en alegre y devota romería, los pueblos comarcanos. Cerca de aquel modesto santuario había un rico manantial, conocido por la *Fuente-Santa*, nombre que debió a la catástrofe ocurrida a catorce Obispos que, refugiados en la dicha ermita cuando la invasión de los árabes, fueron descubiertos por éstos y degollados bárbaramente sobre el cristalino manantial, rojo luego con la sangre de aquellos ilustres mártires (1).

»Sin duda alguna, a la celebridad de este acontecimiento y a la veneración en que los naturales de la *Vera* tenían la *Ermita del Salvador*, debióse que por entonces resolvieran trasladarse a ella y establecerse allí dos santos anacoretas que moraban hacía tiempo en la ermita de San Cristóbal de Palencia.

»Ello es que en una hermosa tarde del mes de Junio de 1402 (la tradición así lo refiere), *Pedro Brales o Brañes y Domingo Castellanos*, con tosco sayal y larga barba, precedidos

---

(1) En este punto me atengo casi literalmente a la relación del Sr. Montero, más circunstanciada que la misma Crónica de Fr. Luis de Santa María, por apoyarse, no sólo en ésta sino en otros documentos y tradiciones.

de un jumento, portador de escasos y pobres enseres, después de una jornada de siete leguas que dista la ciudad de Plasencia, llegaban al oscurecer al escabroso y elevado sitio que ocupaba la *Ermita del Salvador*, y, en ella instalados, continuaron, como en la de San Cristóbal, su vida cenobítica y penitente, a que se prestaba más y más aquel solitario sitio.

»Sin embargo, la considerable altura a que éste se encontraba, en la ladera misma de la sierra, y los augurios de algunas personas del inmediato pueblo de *Quacos*, hicieron pronto temer a los ermitaños que les fuera imposible habitar la *Ermita del Salvador* en la estación de las nieves y las aguas. Pero era tan majestuosa, por lo deleitable y absoluta la soledad en que allí vivían, que de manera alguna quisieron abandonarla por completo, y a fin de evitar el peligro de helarse que podrían correr en las escarpadas rocas donde moraban, bajaron a inspeccionar las faldas de aquella misma sierra en busca de un paraje lo más próximo posible al *Salvador*, donde al abrigo de los elementos pudiesen continuar su vida de penitencia.

»Así llegaron a un escondido barranco, por en medio del cual corría el cristalino arroyo llamado *Yuste*, a cuyas orillas crecían algunos árboles, y donde toda la naturaleza se mostra-

ba más benigna que en los alrededores. Parecióles aquel punto muy a propósito para establecerse, y, sentándose bajo un árbol a descansar de su largo reconocimiento, proyectaban ya bajar a *Quacos* al siguiente día a tratar de la adquisición de aquel terreno, cuando apareció por allí un hombre, que se les acercó afablemente y trabó conversación con ellos como si los conociera toda la vida.

»Pronto supieron por sus explicaciones que era un vecino de *Quacos*, llamado *Sancho Martín*, propietario de todo aquel barranco, y que casualmente había subido aquella tarde a recorrerlo, cosa que no solía hacer. Enteróse por su parte el recién llegado campesino del deseo de ambos cenobitas, y en aquel mismo punto y hora hízoles donación del pedazo de terreno que necesitaban, asaz inculto por cierto; donación que se confirmó en 24 de Agosto de aquel mismo año de 1402, ante el escribano Martín Fernández de Plasencia.—Por eso el modesto labrador *Sancho Martín* ocupa el primer lugar en la Crónica de Fr. Luis de Santa María, entre los protectores del Monasterio de Yuste; lista en que más adelante figuran potentados y monarcas.

»Poco tiempo después se unieron a los dos citados cenobitas otros varios hombres piado-

sos que deseaban también consagrarse a una vida retirada y ascética, entre los cuales descollaron pronto *Juan* (de Robledillo) y *Andrés* (de Plasencia), cuyos apellidos no dicen las crónicas, designándolos únicamente con el de los pueblos en que nacieron, y todos juntos dedicáronse a construir sus celdas en el terreno donado por Sancho Martín, que es el que hoy ocupan la Panadería, la Casa del Obispo y las Caballerizas. Aquellas celdas fueron al principio sumamente toscas y reducidas, cual convenía al objeto de los fundadores, quienes no dejaron de seguir cuidando también la *Ermita del Salvador* y de orar en ella diariamente.

»Cinco años de reposo, oración y penitencia pasaron allí aquellos solitarios; pero a fines de 1406 los oficiales de diezmos principiaron a fijar su atención en los *Hermanos de la pobre vida*, nombre que habían adoptado los anacoretas establecidos a la orilla del arroyo *Yuste*. Negábanse éstos a pagar la contribución que se les exigía, fundándose en la escasez de los productos de su huerta y artefactos, y, apremiados por los oficiales, acudieron a D. Vicente Arias, Obispo de Plasencia, para que los eximiese del diezmo. El Prelado denegó la solicitud, y ordenó que pagasen incontinenti todo lo que se les exigía.

»Atribulados cuanto sorprendidos los *Hermanos de la pobre vida* con tan acre e inesperada resolución, acordaron elevar al Papa Benedicto XIII una súplica pidiéndole autorización para erigir una capilla a San Pablo, primer ermitaño; y Juan de Robledillo y Andrés de Plasencia encargáronse de llevar a Roma la solicitud. Llegaron al fin éstos a la Ciudad Eterna, después de una larga y penosa marcha a pie y mendigando, y arrojáronse a los pies de Su Santidad, quien, no sólo les concedió cuanto pedían, sino que por una Bula les otorgó campanillas, campanas, cementerio y licencia para que celebrasen Misa en aquella soledad todos los ermitaños que fuesen sacerdotes.—Esta concesión tuvo efecto en 1407.

»Extraordinario fué el júbilo que experimentaron y con que fueron recibidos en *Yuste* los dos animosos comisionados, los cuales, dos días después de su llegada, se presentaron con la Bula ante el Obispo de Plasencia, a fin de que ordenase su ejecución. Pero el Prelado, creyéndose herido en su dignidad, cuando sólo podía estarlo en su amor propio, por aquel triunfo de los humildes cenobitas, negó temerariamente su obediencia al mandato pontificio, y ordenó a cierto religioso llamado fray Hernando que pasase a *Yuste* y se incautase de

los bienes de los ermitaños, despidiéndolos además de sus celdas.—Así lo verificó el fraile, y los *Hermanos de la pobre vida* bajaron a Quacos, en donde la caridad pública les dió albergue y limosna.

»No se desalentaron los cenobitas, ni eran hombres fáciles de vencer los dos recién llegados de Roma.—Muy por el contrario: estos infatigables varones, sin descansar de su larga y penosa peregrinación, encamináronse a Tordesillas, residencia entonces del infante D. Fernando, hermano del rey de Castilla D. Enrique III *el Doliente*, y le expusieron sus agravios, pidiéndole protección contra el Obispo de Plasencia. Favorable acogida alcanzaron los dos comisionados en el ánimo de aquel ilustre Príncipe, quien comenzó, a fuer de prudente y morigerado, por entregarles una carta para el mismo prelado Arias, en que le suplicaba devolviese los bienes a los *Hermanos de la pobre vida* y les permitiera hacer uso de la concesión del Sumo Pontífice. Pero el que había desobedecido al sucesor de San Pedro, no reparó tampoco en desatender la respetuosa carta del hermano del Rey, y los dos religiosos tornaron presto al lado del Infante con la noticia de que el Obispo no había hecho caso alguno de su respetuosa cuanto respetable recomendación.

»Enojóse grandemente D. Fernando, y maravillado de aquella tenaz rebeldía, al par que decidido a vencerla, entregó a los monjes una carta para D. Lope de Mendoza, Arzobispo de Compostela, de quien era sufragáneo el obispo Arias, encargándoles volviesen a darle cuenta de cómo los había recibido y de las disposiciones que había tomado. Partieron, pues, Juan de Robledillo y Andrés de Plasencia a Medina del Campo, punto en que residía el Arzobispo, el cual, leído que hubo, con tanta indignación como asombro, la carta de D. Fernando, ampliada con el relato de los dos humildes ermitaños, albergó cariñosamente a éstos en su propia posada, y cuando los vió repuestos de tan continuos viajes y sinsabores, dióles dos cartas, una de ellas para el rebelado Obispo, en que, bajo santa obediencia y pena de excomunión, le ordenaba cumplir lo mandado por Su Santidad, y otra para *Garci-Alvarez de Toledo*, señor de Oropesa, rogándole se encargase de la ejecución de lo preceptuado por el Papa, a cuyo fin le autorizaba para que obligase al obispo Arias a devolver sus bienes a los *Hermanos de la pobre vida*.

»La fecha de estas dos cartas es de 10 de Junio de 1409.

»Provistos de ellas, pasaron otra vez los dos

religiosos a Tordesillas, y se las mostraron al infante D. Fernando, el cual se complació mucho en leerlas y les dió otra para el mismo Garcí-Alvarez, recomendándole vivamente el negocio que le había cometido el ilustre Arzobispo de Compostela.

»Veraneaba a la sazón en su palacio señorial de Jarandilla el poderoso señor de Oropesa Garcí-Alvarez, quien recibió a los dos cenobistas con extraordinaria benevolencia, y enterado de los escritos de que eran portadores, les manifestó que, siendo aquel día la festividad del Nacimiento de San Juan Bautista, dejaba para el siguiente el pasar a Yuste, a donde podían ellos marchar desde luego (Yuste dista de Jarandilla poco más de una legua, como ya hemos indicado), a decir a sus hermanos que se les haría cumplida justicia. Con esto; dirigieronse ambos comisionados a Quacos, donde residía el resto de la Comunidad, caritativamente albergada por aquellos vecinos, entonces muy partidarios de todo lo que hacía relación con el naciente Monasterio de Yuste; y, llegado que hubieron Plasencia y Robledillo al puente situado a la entrada del lugar, fueron recibidos por unos y otros con abrazos y fraternal regocijo; con lo que, siendo la hora de vísperas, trasladáronse todos a la iglesia a dar

gracias al Señor por la victoria que les había concedido.

»En la mañana del siguiente día, 25 de Junio, cuando apenas alboreaba, el señor de Oropesa y un su amigo de Trujillo, que veraneaba con él en Jarandilla, y cuyo nombre omiten las crónicas, caballeros en briosos corceles y seguidos de brillante comitiva, pasaron por Quacos con dirección a Yuste. El concejo y vecinos de aquel lugar, y, por supuesto, todos los despojados anacoretas, siguieron a pie al esclarecido magnate, entre grandes aclamaciones, y de este modo llegaron al Monasterio, donde permanecía Fr. Hernando como administrador o encargado del Obispo de Plasencia.

»Aquel religioso intentó al principio eludir el cumplimiento de las órdenes que llevaba Garcí-Alvarez; pero éste mostró tal energía y asustó de tal manera al *fraile intruso* (así le llama el libro del convento), que Fr. Hernando acabó por hacer entrega de todos los bienes de Yuste a los *Hermanos de la pobre vida*, a quienes donaron por su parte gruesas sumas el de Oropesa y el caballero trujillano, ofreciéndoles al despedirse constante protección para cuanto se les ocurriese en lo sucesivo.

»Pero de aquí en adelante todo fué ya favorable a la santa empresa de aquellos animosos

solitarios. Desde luego pusieronse bajo la vocación de San Jerónimo y protección de fray Velasco, prior de los Jerónimos de Guisando, hasta que en 1414 los vemos acudir a Guadalupe, asiento del Capítulo general de la Orden, solicitando ingresar en ella y ser reconocidos como verdadera comunidad. Algunas objeciones les opusieron los padres graves de Guadalupe, alegando que los *Hermanos de la pobre vida* carecían de las *fincas o elementos necesarios* para sostener con decoro la elevada Orden Jerónima; pero Juan de Robledillo y Andrés de Plasencia acudieron a su protector Garci-Alvarez, que por entonces residía en Oropesa, el cual montó en seguida a caballo y se presentó ante el Capítulo de Guadalupe, haciendo suya la solicitud de los anacoretas de Yuste. Reprodujeron los Jerónimos las razones de su anterior negativa, y oídas por el señor de Oropesa, exclamó sin vacilar: «*Pues bien: hoy por mí, mañana por mis descendientes, me obligo a cubrir todas las necesidades del Monasterio de Yuste*».

»Ante esta arrogante y caballeresca donación, tan propia del sujeto que la hacía, el Capítulo declaró Jerónimos a los *Hermanos de la pobre vida*, quedando así fundado definitivamente el convento que había de ser orgullo de

la Orden.—Su primer prior fué Fr. Francisco de Madrid, ignorándose las razones por qué no recayó este cargo ni en Robledillo ni en Plasencia. —Finó con ello el año de 1414».

\*\*\*

Tal es la historia de la fundación de *Yuste*.— La de su rápido crecimiento, esplendorosa magnificencia y lamentable ruina nos detendrá también muy poco, pues ni ofrece tanto interés dramático como la porfiada lucha que acabamos de reseñar, ni creemos oportuno diferir demasiado la narración de nuestra visita a los venerables restos de aquella santa casa.

Diremos, pues, sucintamente, que D. Juan II, D. Enrique IV y los Reyes Católicos heredaron del piadoso hermano de D. Enrique III el decidido empeño de proteger el Monasterio de Yuste; y que, del propio modo, los Condes de Oropesa siguieron en estos reinados la tradición de Garci-Alvarez de Toledo y consagraron al propio fin gran parte de sus rentas.

Al principio se edificó, además de la magnífica iglesia que ya describiremos, un extenso y cómodo convento, a la verdad nada suntuoso; pero, a mediados del siglo xvi, los mismos Condes de Oropesa costearon casi solos otro grau

Monasterio (todo de piedra y en el soberbio orden arquitectónico del Renacimiento), dejando para *Noviciado* el adyacente primitivo edificio. La nueva obra, que había de vivir menos que la antigua, fué terminada en 1554.

Cuando Carlos V concibió la primera idea de retirarse del mundo, fijó desde luego su atención, como en lugar muy a propósito para acabar tranquilamente su vida, en el Monasterio de Yuste, cuya fama llenabaya el orbe cristiano, no sólo por la grandiosidad de su fábrica y por la riqueza de la Comunidad, sino también por lo ameno, sosegado y saludable de aquel solitario sitio. Así es que algunos años antes de su abdicación, hallándose el César en los Países Bajos, encargó a su hijo D. Felipe que, antes de partir a casarse con la Reina de Inglaterra, fuese al célebre convento y plantease en él las habitaciones que debían construirse para recibirlo y albergarlo en su día.

El que pronto había de llamarse Felipe II cumplió la orden paterna, y muy luego empezaron las obras del apellidado *Palacio del Emperador*, palacio modestísimo, reducido a cuatro grandes celdas, cuyo destino fué al principio un secreto para los mismos religiosos que allí vivían, excepción hecha del Prior y de algún otro.

Más adelante veremos cómo Felipe II volvió algún tiempo después a Yuste. Ahora nos toca decir, con la misma fórmula que emplea el mencionado cronista de la casa, que Carlos V se estableció definitivamente en ella *el día de San Blas de 1557, y murió el día de San Mateo de 1558*, de modo que permaneció allí, haciendo hasta cierto punto vida de anacoreta, un año, siete meses y diez y ocho días.

Pero no adelantemos los sucesos, pues su viaje desde Flandes al Monasterio ofreció algunas particularidades dignas de mención, que merecen párrafo aparte.

\*\*\*

»Renunciadas así una tras otra las coronas —dice la *Historia* (1)— determinó ya Carlos su viaje a España... La flota en que había de venir, que se componía de sesenta naves guipuzcoanas, vizcainas, asturianas y flamencas, se reunió en Zuitburgo, en Zelanda, donde se dirigió Carlos (28 de Agosto), acompañado del rey D. Felipe, su hijo, de sus hermanas las reinas viudas de Francia y Hungría, de su hija María y su yerno Maximiliano, Rey de Bohe-

---

(1) Lafuente.

mia, que habían ido a despedirle, y de una brillante comitiva de flamencos y españoles.—Al pasar por Gante no pudo menos de enternecerse, contemplando la casa en que nació, los lugares y objetos que le recordaban los bellos días de la infancia, y que visitaba por última vez para no volver a verlos jamás.

»Despidióse tiernamente de sus hijos, abrazó a Felipe, le dió algunos consejos para su gobierno y conducta, y se hizo a la vela (17 de Septiembre), trayendo consigo a sus dos hermanas D.<sup>a</sup> Leonor y D.<sup>a</sup> María, reinas viudas ambas, que después de tantos años volvían a su patria y suelo natal. El 28 de Septiembre arribó la flota al puerto de Laredo.—«*Yo te saludo, madre común de los hombres*, exclamó Carlos al tomar tierra. *Desnudo salí del vientre de mi madre: desnudo volveré a entrar en tu seno*».—A pesar de esta abnegación, todavía se incomodó mucho por no haber hallado allí el recibimiento que esperaba, y no haber llegado aún la remesa de 4.000 ducados que preventivamente había pedido a la Gobernadora de Castilla, su hija, la princesa D.<sup>a</sup> Juana, ni el Condestable, los capellanes y médicos que necesitaba, pues los más de los capellanes y criados venían enfermos y algunos habían muerto en la navegación. El mismo Luis Qui-

jada, mayordomo de la Princesa regente, no pudo llegar hasta unos días después, por el fatal estado de los caminos; todo lo cual puso al Emperador de malísimo humor y le hacía prorrumpir en desabridas quejas, no pudiendo sufrir verse en tal especie de desamparo el que tan acostumbrado estaba a mandar y ser servido.

»Partió el 6 de Octubre de Laredo para Medina de Pomar, acompañado del alcalde de Durango, de la Chancillería de Valladolid, con cinco alguaciles, disgustado y como avergonzado de verse entre tantas varas de justicia, que parecía le llevaban preso. No quería que le hablaran de negocios; huía de que le tocaran asuntos políticos, y mostraba no tener otro anhelo que sepultarse cuanto antes en Yuste. Al fin le llegaron los 4.000 ducados, con lo cual prosiguió ya más contento a Burgos, donde llegó el 13 y permaneció hasta el 16, no queriendo que el Condestable de Navarra le hiciese ningún recibimiento. Las dos reinas hermanas marchaban una jornada detrás por falta de medios de transporte, que esto le sucedía en su antiguo reino de Castilla al mismo que tantas veces y con tanta rapidez y tanto aparato había cruzado y atravesado la Europa. Marchaba tan lentamente, que empleó cerca de seis días

desde Burgos a Valladolid. Alojóse en la casa de Rui Gómez de Silva, dejando el palacio para las reinas sus hermanas, que entraron después. Ocupóse el Emperador en Valladolid en el arreglo de ayudas de costa y mercedes que había de dejar a los que hasta entonces le habían servido, en lo de la paga que se había de dar a los que con él habían venido de Flandes, y en lo que había de quedar para el gasto de su casa. Con esto partió de Valladolid (4 de Noviembre), con tiempo lluvioso y frío, caminando en litera.

»Siguió su marcha por Valdestillas, Medina del Campo, Horcajo de las Torres, Alaraz y Tornavacas, y para franquear el áspero y fragoso puerto que separa este pueblo del de Jarandilla (1), fué conducido en hombros de labradores, porque a caballo no le permitían sus achaques caminar sin gran molestia, y en la litera no podía ir sin grave riesgo de que las acémilas se despeñasen. El mismo Luis Quijada anduvo a pie al lado del Emperador las tres leguas que dura el mal camino. Por fortuna encontraron en Jarandilla (14 de Noviembre) magnífico alojamiento en casa del

---

(1) Y eso que previamente se había trabajado mucho en aquel puerto para hacerlo transitable, por lo cual se le denominó *Puerto Nuevo o del Emperador*, cuyo nombre lleva hoy.

Conde de Oropesa, bien provisto de todo, y con bellos jardines poblados de naranjos, cidras y limoneros. Detuviéronse allí todos bastante tiempo, por las malas noticias que comenzaron a correr acerca de la temperatura de Yuste. En el invierno era castigado de frecuentes lluvias y de frías y densísimas nieblas, y en el verano le bañaba un sol abrasador. Proclamaban a una voz sus criados que los monjes habían cuidado bien de hacer sus viviendas al Norte y defendidas del calor por la iglesia, mientras la morada del Emperador y de sus sirvientes se había hecho al Mediodía y tenía que ser insufrible en la estación del estío. Con esto todos estaban disgustados y todos aconsejaban al Emperador, incluso su hermana la Reina de Hungría, que desistiera de su empeño de ir a Yuste y buscase otro lugar más favorable para su salud.

»Obligó esto al Emperador a ir un día (23 de Noviembre) a visitar personalmente su futura morada, y cuando todos esperaban que regresaría disgustado, volvió diciendo que le había parecido todo bien, y aun mucho mejor que se lo pintaban; que en todos los puntos de España hacía calor en el verano y frío en el invierno, y que no desistiría de su propósito de vivir en Yuste, aunque se juntase el cielo con la tierra.

»Seguía reteniendo al Emperador en Jaramilla la falta de dinero para pagar y despedir la gente que había traído consigo, y aun para los precisos gastos de manutención, hasta que, habiendo llegado el dinero que tenía pedido a Sevilla (16 de Enero de 1557), fué dando orden en la paga de los criados que más impacientes se mostraban por marchar. Con esto apresuró ya los preparativos para su entrada en Yuste, cosa que apetecían vivamente los monjes, tanto como la repugnaban y sentían cada vez más cuantos componían su casa y servicio.

»Entró, pues, el emperador Carlos V en el Monasterio de Yuste el 3 de Febrero de 1557. Su primera visita fué a la iglesia, donde le recibió la Comunidad con cruz, cantando el *Te Deum laudamus*, y colocado después S. M. en una silla, fueron todos los monjes por su orden besándole la mano, y el Prior le dirigió una breve arenga, felicitando a la Comunidad por haberse ido a vivir entre ellos (1).»

\* \* \*

---

(1) El Prior (dice Gaztelu) llamó al Emperador *Vuestra Paternidad*, de lo cual luego fué advertido por otro fraile que estaba a su lado, y le acudió con *Majestad*.

De la vida que el César hizo en *Yuste*, algo nos dirá, aunque tan ruinoso, el propio Monasterio, cuando penetremos en él....; y para que esto no se retarde ya mucho, terminaremos rápidamente el extracto que vamos haciendo de los anales del edificio.

En 1570, doce años después de la muerte del Emperador, fué a visitar su sepultura el rey D. Felipe II, al paso que se dirigía a Córdoba con motivo de la rebelión de los moriscos de Granada. Dos días permaneció el severo Monarca en la que había sido última mansión de su augusto padre; pero, *«por respeto (dice el fraile cronista), no durmió en el dormitorio de éste, sino en un retrete del mesmo aposento, que apenas cabe una cama pequeña»*.

Ya veremos nosotros todas estas habitaciones, que existen todavía.

Cuatro años más tarde, terminado ya el Panteón de El Escorial, fué trasladado a su gran cripta el cadáver de Carlos V, con harto sentimiento de los PP. Jerónimos de Yuste. Sin embargo, los Reyes que sucedieron a Felipe II, lo mismo los de su dinastía que los de la de Borbón, continuaron dispensando al *Monasterio* grandes mercedes y muy decidida protección, con lo que siguió siendo uno de los más ricos y florecientes de la Orden jerónima.

Así llegó, sin novedad alguna digna de mencionarse, el año de 1809. —Era el 12 de Agosto, quince días después de la victoria obtenida por españoles e ingleses sobre los ejércitos de Napoleón delante de Talavera de la Reina. Una columna francesa, parece que fugitiva o cortada, estuvo merodeando en la Vera, esperando a saber cómo podría reunirse al grueso del ejército derrotado. Los frailes de Yuste huyeron a su aproximación, y los soldados franceses profanaron la iglesia, robaron cuanto hubieron a mano, penetraron en el convento, saquearon su rica despensa y vaciaron su bien provista bodega, de cuyas resultas estaban todos ebrios cuando les llegó la orden de evacuar inmediatamente aquella comarca y salir a juntarse a las tropas del mariscal Víctor. Marcharon, pues, como Dios les dió a entender; pero no pudieron hacerlo diez o doce, cuya embriaguez era absoluta, por lo que se quedaron en el Monasterio durmiendo la borrachera. Sabe-dores de esta circunstancia los colonos y criados de la casa, que tan maltratados habían sido aquellos días por la soldadesca invasora, tomaron una horrible venganza en aquellos diez o doce hombres dormidos, a los cuales dieron muerte a mansalva. Dos días después fueron echados de menos por sus camaradas, quienes,

sospechando lo ocurrido, enviaron en su busca una sección de caballería. Estos expedicionarios no hallaron a nadie en el convento ni en sus alrededores, pero sí grandes manchas de sangre en el lugar en que dejaron dormidos a sus compañeros...; y apelando a su vez a las represalias, pusieron fuego al Monasterio, cuya parte más monumental y preciosa quedó completamente destruída, salvándose la iglesia, el Noviciado y las habitaciones que se construyeron para albergue de Carlos V. —Es decir, que pereció todo el *Convento Nuevo*, edificado, como dijimos, a mitad del siglo xvi.

Desde entonces volvieron los frailes a habitar el *Convento Viejo*, o sea el Noviciado.

En 1820 fueron expulsados por la *revolución*, y vendióse el Monasterio a un Sr. Tarrús, que lo poseyó hasta 1823.

En 1823 se anuló la venta por la *reacción*.

En 1834 la expulsión volvió a tener efecto, y la compra del Sr. Tarrús fué revalidada por el Gobierno.

Hace algunos años el Sr. Tarrús sacó el Monasterio a pública subasta. Napoleón III quiso adquirirlo; pero los periódicos hablaron mucho sobre el particular, lamentando que la cámara mortuoria del vencedor de Pavía pudiese ir a parar a manos francesas. Entonces, animados

de un sentimiento patriótico, reuniéronse algunos títulos de Castilla, y acordaron comprar a *Yuste*, costare lo que costare. Pero este proyecto, como todos aquellos en que intervienen muchos, iba quedando en conversación, cuando el señor Marqués de Miravel, uno de los asociados, viendo que no se hacía nada de lo convenido, lo compró por sí sólo en la cantidad de 400.000 reales.

Más adelante veremos que el histórico Monasterio no ha podido caer en mejores manos.

El señor Marqués de Miravel se ha consagrado con incesante afán, y a costa de grandes sacrificios, a salvar a *Yuste* de la total ruina que le amenazaba. Ya ha reedificado mucho de lo derruido; ya ha contenido en todas partes la destrucción, y de esperar es que algún día acabe de restaurar lo que yace en pedazos por el suelo. —Sólo con lo que ha hecho hasta hoy, ya ha merecido bien de la patria y de cuantos aman sus antiguas glorias.

Conque penetremos en Yuste.

### III

Delante de la actual entrada, que es la antigua de la *Huerta* del Monasterio, y por la que

se regía el Emperador cuando salía a caballo elévase un añoso y corpulento *nogal*, tenido en gran veneración histórica, y del que no hay viajero que no se lleve algunas hojas como recuerdo de su peregrinación a Yuste.

Es que aquel *nogal* data de un tiempo muy anterior a la fundación del convento; es que a su sombra fué donde, según la tradición, se sentaron los anacoretas Bralles y Castellanos la tarde que eligieron aquel sitio, entonces desierto, como el más a propósito para establecerse, y es que el mismo César, en tiempo de verano, solía pasar largas horas bajo su espesísimo ramaje, viendo correr el agua del arroyo que fluye a su pie y respirando el fresco ambiente de un lugar tan umbroso, ameno y deleitable.

Después de rendir el debido acatamiento a aquel árbol, cuya edad no bajará de seis siglos, llamamos a la mencionada puerta del Monasterio, o sea a la puerta rústica del que fué Palacio del Emperador. Un campesino acudió a abrirnos, y como ya se hubiese recibido allí recado del Administrador (que reside en Quacos) avisando nuestra visita y anunciando que él llegaría inmediatamente a hacernos los honores de aquella mansión de los recuerdos, dejóse-nos pasar adelante.

Agradabilísima emoción nos produjo el noble cuanto gracioso aspecto del primer cuadro que apareció a nuestros ojos. —Gigantescos naranjos seculares, cuajados de rojas naranjas, sombreaban la especie de atrio o compás en que habíamos entrado. Sus ramas subían hasta los arcos de un elegante mirador que teníamos enfrente y que sirve de fachada al único piso alto de un modesto aunque decoroso edificio. A aquel mirador o salón abierto, cuyo interior descúbrese completamente por los amplios arcos que constituyen dos de sus lados, se sube, no por escaleras, sino por una suave *rampa*, construída sobre otros arcos de progresiva elevación. Debajo del salón-mirador ven-se también al descubierto los pilares, arcos y bóvedas que lo sustentan, de modo que la tal morada aparecía a nuestros ojos en una forma aérea, calada, abierta, luminosa, sin otra defensa contra el sol y el viento que el verdor de los próximos árboles o de las enredaderas y rosales que trepaban por pilastras, balaustres y columnas.

Aquel risueño edificio era el *Palacio del Emperador*, al cual servía de vestíbulo el descubierto y alegre aposento que estábamos mirando, aposento restaurado recientemente por el señor Marqués de Miravel, mediante costosísi-

mas obras, en que se ha respetado religiosamente la primitiva forma y disposición de la parte arruinada.

La extensa *rampa* que teníamos delante, y por la cual se sube a dicho vestíbulo, es la misma que se construyó para que el valetudinario Carlos V pudiese montar a caballo a la puerta de sus habitaciones, o sea en el propio piso alto, librándose así de la incomodidad de las escaleras, que le eran ya insoportable. — También han sido reforzados sus arcos en estos últimos tiempos con tal arte y habilidad, que no falta ni una sola piedra del sitio que ocupaba hace trescientos años.

Viejísimas hiedras, contemporáneas, sin duda, del primer convento, visten por completo las recias tapias que forman el compás o atrio en que nosotros echamos pie a tierra, y desde donde contemplábamos la morada del César. — De una de estas tapias sale un brazo de agua sonora y reluciente, que con su eterno murmullo presta no sé qué plácida melancolía a aquel sosegado recinto. La hiedra y el agua, con su perdurable existencia, parecían encargadas de perpetuar las huérfanas memorias de tantas grandezas extinguidas. El agua, sobre todo, fluyendo y charlando hoy como fluía y charlaba en 1558, sin respetar ahora el silencio de

muerte que ha sucedido en aquella soledad al antiguo esplendor y movimiento, recordábamos estos hermosos versos con que nuestro inmortal Quevedo acaba un soneto titulado: *A Roma sepultada en sus ruinas*:

«Sólo el Tibre quedó, cuya corriente,  
si ciudad la regó, ya sepultura  
la llora con funesto son doliente.

¡Oh Roma! En tu grandeza, en tu hermosura,  
huyó lo que era firme, y solamente  
lo fugitivo permanece y dura.»

Atado que hubimos nuestros caballos a los recios troncos de los naranjos susodichos, emprendimos la subida por la rampa, que nos condujo al *salón-mirador*, estancia verdaderamente deliciosa, más propia de una *villa* italiana o de un *carmen* granadino que de un monasterio oculto en los repliegues y derivaciones de una sierra de Extremadura.

Cuatro son los grandes arcos que ponen el mirador en relación directa con el rico ambiente y esplendorosa vegetación de aquel amenísimo barranco. Dos de ellos dan a la parte donde subíamos, sirviendo el uno de entrada a la rampa, y el otro como de balcón, desde el cual se tocan con la mano los bermejós frutos de los naranjos del compás, y se descubre, al través de sus ramas, un elegantísimo ángulo de la

contigua iglesia, de perfecto estilo gótico, cuyas gentiles ojivas, esbeltos juncos y erguidas agujas, todo ello de una resistente piedra dorada por los siglos, infunden en el ánimo, en medio de aquellas abandonadas ruinas, arrogantes ideas de inmortalidad.

Los otros dos arcos miran al Mediodía, y desde ellos se goza de la apacible contemplación de la *Huerta* y del bosque de olmos y de todos los suaves encantos de aquel breve y pacífico horizonte. De dicha *Huerta* trepan, como hemos apuntado, hasta penetrar por los arcos dentro de aquel salón, rosales parietarios y escaladoras enredaderas con sus elegantes campanillas, que todavía no se habían cerrado aquella mañana: además, los dos grandes balcones determinados por ambos arcos tienen el antepecho en la parte o cara interna del recio muro, dejando destinado todo el ancho de éste a dos extensos arriates o pensiles que cultivaba Carlos V, y que hoy se cultivan también cuidadosamente. Geranios, rosales de pitiminí y clavellinas, todo florido, pues ya he dicho que estábamos en Mayo, vimos nosotros en aquellos dos jardinillos tan graciosamente imaginados y dispuestos.—Cuando al poco rato llegaron el Administrador y su señora, supimos que ésta, madrileña de pura raza, aficionadísima,

por consiguiente, a macetas, era la autora del milagro de que continuasen consagrados a Flora los dos arriates que cuidó en otro tiempo Carlos de Austria.

Llevo descritos dos lados del *salón-mirador*, bien que aún me falte decir que, entre el arco que comunica con la rampa y el otro contiguo, hay un *poyo de piedra*, de dos cuerpos, mucho más ancho el de abajo que el de arriba, que se construyó allí para que Carlos V montase a caballo más cómodamente...

Por cierto que, según refiere Fr. Prudencio Sandoval en su *Historia del Emperador*, las cabalgaduras que éste usaba en Yuste no tenían nada de cesáreas ni de marciales, pues consistían en *una jaquilla bien pequeña y una mula vieja*.—¡Tan acabado de fuerzas estaba aquel que tantas veces había recorrido la Europa a caballo!

Pero ya que de esto hemos venido a hablar, oigamos describir al mismo historiador la manera cómo montó a caballo por última vez el protagonista del siglo de los héroes, el vencedor de mil combates, el hombre de hierro.

«... Puesto en la jaquilla, apenas dió tres o cuatro pasos cuando comenzó a dar voces que le bajasen, que se desvanecía, y como iba rodeado de sus criados, le quitaron luego, y

desde entonces nunca más se puso en cabalgadura alguna.»

Considerad ahora cuántas reflexiones no acudirán a la mente al contemplar aquel poyo de piedra, terrible monumento que acredita toda la flaqueza y rápida caducidad de esta nuestra máquina humana, tan temeraria, impetuosa y presumida en las breves horas de la juventud, si por acaso le presta sus alas la fortuna...—Mas sigamos nuestra descripción.

La pared que da al Norte, sólo es notable por lindar con el muro de la iglesia y porque en aquel lado del *salón-mirador* hay una pequeña y preciosa *fuelle*, labrada en la forma y estilo de las que adornan los paseos públicos o los jardines de los palacios.

Esta *fuelle* tendrá unas dos varas y media de altura, y se compone de un pilar redondo, del centro del cual sale un recio fuste o árbol, que luego se convierte en gracioso grupo de niños, muy bien esculpido; todo ello de una sola pieza y de piedra bastante parecida al mármol, aunque de la especie granítica. El grupo de niños sostiene una taza redonda, de la cual fluye por cuatro caños un agua cristalina, sumamente celebrada por sus virtudes higiénicas.—El Emperador no bebía otra, y

nosotros la probamos también, aunque llevábam<sup>os</sup> a bordo un vino de primer orden.

Porque debemos advertir que, mientras llegaba o no llegaba el Sr. Administrador, nos permitimos desplegar las provisiones que habíamos sacado del Baldío y almorzar como unos... jerónimos, haciendo mesa del poyo de piedra en que se encaramaba el Emperador para montar en la jaquilla o en la mula...— Pero, volviendo a la *fuenta*, diré que del libro de Fr. Luis de Santa María (que después lei<sup>mos</sup>) consta que «se la regaló a Carlos V el ilustre Ayuntamiento de la ciudad de Plasencia».

Vamos a la cuarta pared.—En ella está la puerta de entrada al Palacio, y a su lado existe hoy un *banco* muy viejo de madera (en e mismo lugar que había antes un asiento de piedra), sobre el cual se lee la siguiente *inscripción*, pintada en la pared en caracteres del siglo xvi muchas veces retocado s:

«Su Mag.<sup>a</sup> el Emper.<sup>or</sup> D. Carlos  
Quinto nro. Señor en este lugar  
estaua asentado quando le dió  
el mal a los treynta y uno  
de Agosto a las quatro de la  
tarde.—Fallescíó a los veinte

*y uno de Septiembre a las dos  
y media de la mañana. Año  
del S.<sup>or</sup>  
de 1558.»*

El *mal* a que alude la precedente inscripción consistió en que, habiendo comido al sol Carlos V, en aquel propio salón-mirador, sintióse acometido de frío, no bien dejó la mesa, y luego le entró calentura.—«Pónenos en cuidado (escribía dos días después su mayordomo Luis Quijada a Juan Vázquez de Molina) (1), porque ha muchos años que a S. M. no le ha acudido calentura con frío sin accidente de gota. El frío casi lo tuvo delante de mí todo; mas no fué grande, puesto que tembló algún tanto; duró casi tres horas la calentura: no es mucha, aunque en todo me remito al doctor, que escribirá más largo.—Yo temo que este accidente sobrevino de comer antier en un terrado cubierto, y hacía sol, y reverberaba allí mucho, y estuvo en él hasta las cuatro de la tarde, y de allí se levantó con un poco dolor de cabeza y aquella noche durmió mal.»

Esta carta es de 1.º de Septiembre.—Por consiguiente, la inscripción preinserta está

---

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 128.—Esta cita es del historiador D. Modesto Lafuente.

equivocada, y donde dice 31 de Agosto debe leerse 30 de Agosto.

Sobre ella se ven las armas imperiales, pintadas en la pared; obra, sin duda, del mismo autor de aquella leyenda conmemorativa.

Con lo cual terminan todas las cosas que hay que notar en el *salón-mirador* o vestíbulo del humilde Palacio de Yuste.

\* \* \*

Entramos, pues, en el Palacio.

Ya he dicho que se compone de cuatro grandes celdas, situadas dos a cada lado de un pasillo o galería que atraviesa el edificio de Oeste a Este y al cual dan las puertas de las cuatro.

Las dos celdas de la izquierda, entrando, estaban destinadas en tiempo del Emperador, la una a *Recibo*, y la otra a *Dormitorio*, y se comunican entre sí. Las dos de la derecha, que también tienen comunicación por dentro, eran el *Comedor* y la *Cocina*.

Y a esto se reducía el alojamiento del César.

Su servidumbre, compuesta de sesenta personas, habitaba el piso inferior de aquel llamado Palacio, o varias dependencias del con-

vento, residiendo en Quacos los empleados que no tenían que asistir continuamente a S. M.

En la actualidad no hay ni un solo mueble en dichas celdas; y como por otra parte, carecieron siempre de toda ornamentación arquitectónica sus lisas paredes, blanqueadas con cal a la antigua española, la revista que nosotros les pasamos había sido muy corta, si recuerdos históricos y consideraciones de una mansa y cristiana filosofía no nos hubieran detenido largo tiempo en cada estancia.

Nuestra visita principió por el *Recibo*, donde sólo había que ver una gran chimenea, digna de competir con las llamadas de campana: tan enormes eran su tragante y su fogón. Entre la puerta de entrada, la de comunicación con el *Dormitorio*, la reja que da paso a la luz del solón-mirador y otra puertecilla de que hablaré luego, no quedaba más que un puesto resguardado del aire, o sea un único rincón que ocupar cerca de la chimenea. No podíamos, pues, equivocarnos respecto de cuál sería el sitio que ocuparía el Emperador en aquella sala, durante la estación del invierno. cuando iban a visitarlo San Francisco de Borja, el Conde de Oropesa, el Arzobispo de Toledo y otros antiguos amigos suyos.

Pero no seguiré adelante sin hacer una advertencia de gran importancia...

Si yo me hubiese propuesto referir la *Vida de Carlos V en Yuste* (escrita ya con suma minuciosidad y conciencia en un notable capítulo y en un apéndice muy curioso de la *Historia de España* por D. Modesto Lafuente), podría enumerar aquí, sin más trabajo que copiar algunos documentos del Archivo de Simancas, insertos en la obra de aquel historiador, los muebles, los cuadros, las alhajas y hasta las ropas que tenía el Emperador en su retiro, así como sus hábitos, entretenimientos y conversaciones; pero, no siendo ni pudiendo ser, tal mi propósito, sino meramente fotografiar, por decirlo así, el estado *actual* del Monasterio, me limitaré a remitiros a la obra mencionada y aconsejaros que no deis crédito a lo que otros historiadores cuentan acerca de los actos del Emperador en Yuste.

Desconfiad, sobre todo, de las noticias de Fr. Prudencio Sandobal y de Mr. Robertson, quienes, en esta parte íntima de sus célebres historias, fueron sin duda mal informados, o fantasearon a medida de su deseo. Así lo demuestra el Sr. Lafuente con irrefutables razones y documentos originales de primera fuerza.—Es falso, por ejemplo, que Carlos hiciese

sus exequias en vida; falso que estuviese sujeto a la misma regla que los frailes de la casa; falso que se flagelase hasta teñir de sangre las disciplinas; falso que no atendiese a las cosas políticas de España y del resto de Europa, y falso que se dedicase a la construcción de juguetes automáticos y otras puerilidades con su relojero de cámara y famoso mecánico Juanelo Turriano.—Leed a Lafuente, repetimos, y allí veréis, auténticamente probado, [que Carlos V en Yuste, fué el hombre de siempre, con sus cualidades y sus defectos y con la sabida originalidad de su condición, festiva y grave a ún tiempo mismo, dominante, vehemente, voluntariosa, y a la par llana y sencilla, como la de Julio César.

Sigamos nuestra exploración.

La ya mencionada puertecilla de la sala de *Recibo* conduce a un diminuto e irregular aposento, que es aquel *retrete* o gabinetillo de que ya he hablado también, en que *apenas cabe una cama*, y donde durmió Felipe II la última vez que estuvo en Yuste, en señal de respeto... o miedo a las habitaciones que habían sido de su difunto padre.—¡Curioso fuera saber lo que pensó allí al hombre del Escorial durante las dos noches que pasó, como quien dice emparedado cerca de la cámara mortuoria

de Carlos de Gante.—Pero la historia ignora siempre las mejores cosas.

Del *Recibo* volvimos a salir al pasillo o galería, dejando para lo último la visita al *Dormitorio*, y pasamos al *Comedor* del más comilón de los emperadores habidos y por haber..., excepto Heliogábalo.

Carlos V era más flamenco que español, sobre todo en la mesa. Maravilla leer (pues todo consta) el ingenio, verdaderamente propio de un gran jefe de Estado mayor militar, con que resolvía la gran cuestión de vituallas, proporcionándose en aquella soledad de Yuste los más raros y exóticos manjares. Sus cartas y las de sus servidores están llenas de instrucciones, quejas y demandas, en virtud de las cuales nunca faltaban en la despensa y cueva de aquel modesto palacio los pescados de todos los mares, las aves más renombradas de Europa, las carnes, frutos y conservas de todo el universs. Con decir que comía ostras frescas en el centro de España, cuando en España no había ni siquiera caminos carreteros, bastará para comprender las artes de que se valdría a fin de hacer llegar en buen estado a la sierra de Jaranda sus alimentos favoritos.

Pero nos metemos sin querer en honduras pasadas, olvidando que aquí no se trata sino

de lo presente. Pues bien: en el *Comedor* sólo hay de notable otra chimenea como la susodicha; un gran balcón-cierre, o tribuna volada, que da a la huerta y mira al Mediodía, donde el viejo Emperador tomaba en invierno los últimos rayos del sol de sus victorias..., y una puerta de comunicación con la *Cocina*.

La *Cocina* es digna del imperial glotón, propia de un convento de Jerónimos y adecuada a los grandes fríos que reinan en aquel país durante el rigor del invierno. En torno del monumental fogón, que ocupa casi la mitad de aquel vasto aposento, bien pudieron calentarse simultáneamente con holgura los sesenta servidores de S. M. En cuanto a las hornillas, puede asegurarse que infundirían verdadera veneración cuando estaban en ejercicio, así como hoy su yerta desnudez y triste arrumbamiento infunden melancólicas reflexiones.

Pero estas reflexiones nos llevan como por la mano al *Dormitorio* del Emperador, o sea a su cámara mortuoria.

Es una pieza del mismo tamaño que las tres mencionadas, con otra enorme chimenea. Una alta reja le da luz por la parte de Levante, y tiene además tres puertas, de las cuales una da a la iglesia, otra al *Recibo* y otra a la galería.

No cabe ni puede haber duda respecto del sitio que ocupaba el lecho de S. M. y en que lanzó el último suspiro, puesto que lo indica matemáticamente la puerta de comunicación con la iglesia, que se rasgó frente por frente a la cama del César, a fin de que, acostado y todo, pudiese ver el altar mayor y oír Misa cuando sus achaques le impedían dejar el lecho. Trazóse, pues, dicha puerta, *oblicuamente*, sobre el recio muro del templo, en el ángulo opuesto a aquel en que dormía y había de morir Carlos V, y allí sigue, y desde ella se determina fijamente tan histórico paraje.

A mayor abundamiento, en aquel rincón del *Dormitorio* hay un cuadro que representa a San Jerónimo viendo llegar a Carlos V a la gloria eterna y arrodillarse a los pies de la Santísima Trinidad.—Debajo de este cuadro se ve un tarjetón dorado que dice lo siguiente: «Su Alteza Real el Infante Duque de Montpensier regaló al Monasterio de Yuste este cuadro, sacado del original que a la muerte del Emperador Carlos V, su glorioso abuelo, se hallaba a la cabecera de su cama.»

Decir los pensamientos que acudieron a mi mente en aquel sitio, donde expiró (en hora ignorada por sus propios hijos durante algunos días) el que tantas veces desafió la muerte a la

faz del universo en los campos de batalla, fuera traducir pálidamente lo que el lector se imaginará sin esfuerzo alguno.

Hágole, pues, gracia de mis reflexiones y le invito a que me siga a la *iglesia* y a las *ruinas del convento*, donde todo hablará aún más alto y más claro el severo lenguaje de aquellas verdades eternas: *Verumtamen, universa vanitas... Verumtamen, in imagine pertransit homo.*

#### IV

La *iglesia* se reduce a una nave gótica, larga y altísima, digna de una catedral de primer orden. Esta nave se conserva íntegra: según una tradición, porque los incendiarios franceses de 1809 procuraron que el fuego no llegase a ella; según otra tradición, porque no había en todo aquel edificio madera alguna en que pudiesen prender las llamas.

Sin embargo sus bóvedas ojivales amenazaban desplomarse cuando compró el Monasterio el Sr. Marqués de Miravel, quien procedió inmediatamente a repararlas.—Así lo indica la siguiente modestísima inscripción, que se lee en el testero posterior del coro:

*Estando estas bóvedas en ruinas, se construyeron por José Campal, año de 1860.*

Pero dirá el lector: ¿quién es *José Campal*? ¿Son éstos el nombre y el apellido del espléndido Marqués que costeó la obra, o los de algún insigne arquitecto, émulo de la gloria de los Brunelleschi y Miguel Angel?

Ni lo uno ni lo otro.

José Campal es un humilde albañil de Jaramilla, que se atrevió a cometer tan ardua empresa, y la llevó a feliz término, cuando maestros llevados de Madrid con tal propósito la habían considerado irrealizable.—Admirado entonces el Marqués del arrojo y la inteligencia de Campal, mandó poner dicha inscripción en el coro.

La nave de la iglesia y sus altares están hoy completamente desnudos de todo cuadro, de toda imagen, de toda señal de culto. Los únicos accidentes que interrumpen la escueta monotonía de aquellos blanqueados muros, son las Armas Imperiales que campean allá arriba, en el centro del embovedado, y un negro *ataúd* depositado a gran altura, en un nicho u hornacina de la pared de la derecha.

Este *ataúd* es de madera de castaño, y estuvo forrado de terciopelo negro. Hoy no contie-

ne nada; pero en un tiempo contuvo otra caja de plomo, dentro de la cual fué depositado el cadáver del Emperador...

«Púsose el cuerpo del Emperador (dice la historia) en una caja de plomo, la cual se encerró en otra de madera de castaño, forrada de terciopelo negro. Hiciéronsele solemnes exequias por tres días, celebrando el Arzobispo de Toledo, Fr. Bartolomé de Carranza, a quien sirvieron de ministros el confesor del Emperador, Fr. Juan Regla, y el prior Fr. Martín de Angulo, y predicando sucesivamente el P. Villalva y los priores de Granada y Santa Engracia de Zagoza.

»Una de las cláusulas del codicilo de Carlos V era que se le enterrara debajo del altar mayor del Monasterio, quedando fuera del ara la mitad del cuerpo, del pecho a la cabeza, en el sitio que pisaba el Sacerdote al decir la misa, de manera que pusiese los pies sobre él. Para cumplir del modo posible este mandato, se derribó el altar mayor y se sacó hacia fuera, con objeto de depositar detrás de él el cadáver, pues debajo no podía estar, por ser lugar exclusivo de los Santos que la Iglesia tiene canonizados (1)».

---

(1) El P. Sigüenza, *Hist. de la Orden de San Jerónimo*.

A consecuencia de esta reforma, el altar mayor quedó en la extraña disposición que hoy se advierte; esto es, sumamente estrecho de presbiterio, y muy alto en proporción del escaso desarrollo de su escalinata cuyos peldaños son tan pinos, que cuesta fatiga y peligro subirlos o bajarlos.

Fué, pues, depositado el cadáver del César dentro de las dos cajas mencionadas, detrás del retablo de Yuste, hasta que, quince años y medio después, el 4 de Febrero de 1574, verificóse su traslación al Escorial, en la caja de plomo, revestida de otra nueva que se construyó al intento, quedando en la bóveda de Yuste, como recuerdo, la caja de castaño. Pero como todos los viajeros que visitaban la tal bóveda hubiesen dado en la flor de cortar pedazos del viejísimo ataúd, a fin de guardarlos como reliquias históricas, el Marqués de Miravel dispuso colocarlo en el inaccesible nicho que hoy ocupa, y desde donde produce terrible y fantástica impresión.

\*\*\*

Dijimos más atrás que el sueño eterno de Carlos V ha sido turbado también en el Monasterio del Escorial, y que nosotros mismos no

hemos sabido librarnos de la tentación de asistir a una de las sacrílegas exhibiciones que se han hecho de su *momia* en estos últimos años...

Cometimos esta impiedad, o cuando menos esta irreverencia, en Septiembre de 1872, pocos meses antes de ir a Yuste.—Nos hallábamos en el fúnebre Real Sitio, descansando del calor y las fatigas de Madrid, cuando una mañana supimos que había pública exposición del cadáver del César, a petición de las bellas damas madrileñas que estaban allí de veraneo.—Era ya la vigésima de estas *exposiciones*, desde que las inauguró cierto temerario y famoso prohombre de la situación política creada en 1868.—Nosotros (lo repetimos) no tuvimos al cabo suficiente valor para rehusarnos la feroz complacencia de aquella profanación, que de todas maneras había de verificarse...

Acudimos, pues, al panteón de los Reyes de España, a la hora de la cita.—¿Y qué vimos allí? ¿Qué vieron las tímidas jóvenes y los atolondrados niños y los zafios mozuelos que nos precedieron o siguieron en tan espantoso atentado?—Vieron, y vimos nosotros, la tumba de Carlos V abierta, y delante de ella, sobre un andamio construido *ad hoc*, un ataúd, cuya tapa había sido sustituida por un cristal de todo el tamaño de la caja.

En las primeras *exposiciones* no había tal cristal, o si lo había, se levantaba, de cuyas resultas no faltó quien pasase su mano por la renegrida faz del cadáver... ¡La pasó el mencionado prohombre revolucionario, en muestra de familiaridad y *compañerismo*!...

A través del cristal vimos la corpulenta y reacia momia del nieto de los Reyes Católicos, de la cabeza a los pies, completamente desnuda, perfectamente conservada, un poco enjuta, es cierto, pero acusando todas las formas, de tal manera, que aún sin saber que eran los despojos mortales de Carlos V, hubiéralos reconocido cualquiera que hubiese visto los retratos que de él hicieron Ticiano y Pantoja.

La especial contextura de aquel infatigable guerrero, su alta y amplísima cavidad torácica; sus anchos y elevados hombros; sus cargadas espaldas; su cráneo característico; su ángulo facial, típico en la casa de Austria; la depresión de la boca; la prominencia de la barba por el descompasado avance de las mandíbulas: todo se apreciaba exactamente, y no en esqueleto, sino vestido de carne y cubierto de una piel cenicienta, o más bien parda, en que aún se mantenían algunos raros pelos de pestañas, barbas y cejas y del siempre atusado cabello...

¡Era, sí, el Emperador mismo! ¡Parecía su

estatua vaciada en bronce y roída por los siglos, como las que aparecen entre las cenizas de Pompeya!

No infundía asco ni fúnebre pavor, sino veneración y respeto.

Lo que infundía pavor y asco era nuestra impía ferocidad, era nuestra desventurada época, era aquella escena repugnante, era aquel sacrílego recreo, era la risa imbécil o el estúpido comentario de tal o cual señorita o mancebo, que escogía semejante ocasión para aventurar un conato de chiste...

¡Siquiera nosotros (dicho sea en nuestro descargo) callábamos y padecíamos, sintiendo al par, y en igual medida, reverencia hacia lo que veíamos y remordimientos por verlo! ¡Siquiera nosotros teníamos conciencia de nuestro pecado!

\* \* \*

De mi visita a las ruinas de los *claustros* de Yuste guardo recuerdos indelebles.

La naturaleza se ha encargado de hermosear aquel teatro de desolación. Los trozos de columnas y las piedras de arcos, que yacen sobre el suelo de los que fueron patios y crujías, vense vestidos de lujosa hiedra. El agua, ya sin

destino, de las antiguas fuentes, suena debajo de los escombros, como enterrado vivo que se queja en demanda de socorro, o como recordando y llamando a los antiguos frailes para que reedifiquen aquel edificio monumental. Y por todas partes, entre la hiedra y el musgo, o entre las flores silvestres y las altas matas con que adornaba Mayo aquellos montones de labrados mármoles, veíamos los escudos de armas de la casa de Oropesa, esculpidos en las piedras que sirvieron de claves o de capiteles a las arcadas hoy derruidas.

Las cuatro paredes del *refectorio* siguen de pie; pero el techo que se hundió de resultas del incendio, ha formado una alta masa de escombros dentro de la estancia. Hoy se trabaja en sacar aquel cascajo, y ya van apareciendo los alicatados de azulejos que revestían el zócalo de los muros.

El *Convento de Novicios* subsiste, aunque en muy mal estado. —Allí, como ya sabéis, vivieron los últimos frailes desde la *catástrofe del Edificio*, ocurrida en 1809, hasta la *catástrofe de la Comunidad*, ocurrida en 1835.

Nosotros penetramos en algunas *celdas*. Reinaba en ellas la misma muda soledad que en las del Palacio de Carlos V. Ni gente ni muebles quedaban allí... Las desnudas paredes

hablaban el patético lenguaje de la orfandad y de la viudez.

Aquello era más melancólico que las ruinas del otro gran convento hacinadas entre la hiedra. —Una celda habitable y deshabitada representa, en efecto, algo más funesto y pavoroso que la destrucción. Los pedazos de mármol que acabábamos de ver parecían tumbas cerradas: las celdas del noviciado eran como lechos mortuorios o ataúdes vacíos, de donde acababan de sacar los cadáveres.

Sí; ¡todo vacío! ¡todo expoliado! ¡todo saqueado!... —Tal aparecía aquella mañana a nuestros ojos cuanto contemplábamos, cuanto recordábamos, cuanto acudía a nuestra imaginación por asociación de ideas.

En Yuste..., una tumba abierta, de donde había sido sacado Carlos V. —En El Escorial..., otra tumba vacía, de donde también se le había desalojado temporalmente... —Y si se nos ocurría la fantástica ilusión de que la exhumada y escarnecida momia del César, avergonzada de su pública desnudez, pudiese salvar el Guadarrama, en medio de las sombras de la noche, para ir a buscar a Yuste su primitiva sepultura, considerábamos temblando que tampoco encontraría en su sitio el ataúd de madera, sino que lo vería encaramado en aquella antigua

hornacina de un Santo que probablemente habrían derribado a pedradas otros liberales de la Vera de Plasencia...

¡Y todo así! ¡Todo así! —Dondequiera que el atribulado espectro imperial fijase la vista, hallaría igual dislocación, el mismo trastorno, la propia devastación y miseria, como si el mundo hubiese llegado al día del Juicio final...

Ya no había Monasterio de Yuste; ya no había en España Comunidades religiosas; ya no había Monarquía; ¡casi ya no había Patria!— Los tiempos del cataclismo habían llegado, y, sobre las ruinas de la obra de Fernando V y de Isabel I, oíanse más pujantes que nunca en aquellos mismos días (los primeros días de Mayo de este primer año de la República), así en Extremadura como en el resto de la Península española, gritos de muerte contra la Unidad nacional, contra la Propiedad, contra la Autoridad, contra la Familia, contra todo culto a Dios, contra la sociedad humana, en fin, tal y como la habían constituido los afanes de cien generaciones.

*Illic sedimus et flevimus...*, al modo de los hebreos junto a los ríos de Babilonia.

\*\*\*

Pasó aquel momento de emoción, disimulable en tan aciaga fecha, y desde el convento nos dirigimos a una ermitilla, llamada de *Belén*, que dista de él medio kilómetro, y a donde solían encaminar los frailes su paseo de invierno —costumbre que adquirió también Carlos V.

El camino de la ermita es una llana y hermosa calle de árboles, con prolongados asientos, en que cabía toda la Comunidad.

Al principio de este paseo hay un viejísimo ciprés, a cuyo pie, y recostado en su tronco, es fama estaba sentado Carlos V la primera vez que vió en Yuste a su hijo D. Juan de Austria, ya casi mozo, después de muchos años de separación.

El hijo de Bárbara Blomberg había nacido en Ratisbona, donde pasó la infancia con su madre. A la edad de ocho años lo habían traído a España, sin que nadie adivinase su condición, y vivió primero en Leganés, a cargo del clérigo Bautista Vela y de una tal Ana Medina, casada con un flamenco llamado Francisco, que vino en la comitiva de Carlos V la primera vez que visitó estos reinos el coronado nieto de Isabel la Católica. Pero el bastardo imperial hacía en Leganés una vida demasiado villana, confundido con los otros chicos del pue-

blo, y entonces Luis Quijada, mayordomo del César, y el único que sabía quién era aquel niño, se lo llevó a Villagarcía, de donde era Señor, y lo confió a su mujer, sin revelarle el secreto; por lo que esta ejemplarísima señora llegó a concebir tristes sospechas, que amargaron su vida hasta que, muerto ya el Emperador, hizo pública la verdad el rey D. Felipe II, reconociendo como príncipe y hermano suyo al que había de ser el primer guerrero de su tiempo.

«Cuando Carlos V vino a encerrarse en el Monasterio de Yuste (dice un historiador) érale presentado muchas veces su hijo en calidad de paje de Luis Quijada, gozando mucho en ver la gentileza que ya mostraba, aun no entrado en la pubertad. Tuvo, no obstante, el Emperador la suficiente entereza para reprimir o disimular las afectuosas demostraciones de padre, y continuó guardando el secreto...»

En la Crónica manuscrita del convento menciona también el P. Luis de Santa María la estancia de D. Juan de Austria en *Yuste*, y, además, la tradición cuenta algunas de sus travesuras de adolescente, como las que referimos al hablar de *Quacos*...

Por aquí íbamos en nuestra visita a *Yuste*,

cuando principió a encapotarse el cielo. Conocimos que amenazaba una de aquellas tormentas que tan formidables son en las sierras de Gredos y de Jaranda, y como teníamos que andar tres leguas para regresar al *Baldío*, y ya no nos quedaba más que ver, aunque sí mucho que meditar en aquellas ruinas, nos apresuramos a montar a caballo, henchida el alma de mil confusas ideas, que he procurado ir fijando y desenvolviendo en los humildes artículos a que doy aquí remate.

Pero no soltaré la cansada pluma sin recordar unos versos que el insigne poeta, mi amigo D. Adelardo López de Ayala, pone en boca de D. Rodrigo Calderón, y que repetí muchas veces al alejarme de *Yuste*:

«¡Nunca el dueño del mundo Carlos quinto  
hubiera reducido su persona  
de una celda al humilde apartamiento,  
si no hubiera tenido una corona  
que arrojar a las puertas del convento!»

De resultas de lo cual, o sea de la falta de cualquier especie de corona, algunos días después me veía yo obligado a dejar la pacífica soledad del *Baldío* por la turbulenta villa de Madrid, donde fecho hoy este relato a 9 de Octubre de 1873.

ELOGIO MÉDICO  
DE LA  
SIERRA DE GREDOS  
POR  
G. MARAÑÓN

EL SIGLO MEDICO

DE LA

SIERRA DE CHEDOS

1911

MANAGUA

# ELOGIO MÉDICO DE LA SIERRA DE GREDOS

por  
G. MARAÑÓN

De cuantos españoles visitan la Sierra de Gredos, tal vez sea el médico quien más intensamente sienta la importancia de la incomparable región. Causa asombro el pensar que haya sido hasta ahora desaprovechado el tesoro que para la salud pública y para la higiene ciudadana representa el gran macizo ingente.

A medida que la vida se concentra y se intensifica en las ciudades, se hace más perentoria la necesidad de contrarrestar la forzada tensión de los días

sin tregua, de lucha enconada por la existencia, con brascas paradas del trabajo, con *fugas* del medio cotidiano a otro completamente distinto. Ya no es posible el racional reposo que debe comenzar al caer el sol y durar hasta la mañana siguiente. El trabajo, para la mayor parte de los hombres, y singularmente para la clase media y para los que se mueven en el medio intelectual rebasa mucho esas ocho horas que el proletario ha conseguido ya: muchas veces son diez y seis o más, verdaderas jornadas dobles, las que han de cumplir estos forzados de la civilización; y cuando, al fin, llega la hora del descanso, han de tener muy equilibrado el espíritu para que el sueño sea tranquilo, para que los resortes en tensión se aflojen repentinamente y compensen con la profundidad del sueño lo que le falta en duración.

Por estas razones, ocurre que el tanto por ciento de muertos que la ciencia actual arranca a las infecciones, que antes constituían la causa más frecuente de la mortalidad en las ciudades, queda compensado, y aun superado, con el aumento aterrador de las víctimas de la vida excesivamente rápida: los enfermos del sistema nervioso, los locos, los arterioescleróticos, los debilitados: todo un inmenso número de seres que mueren antes de tiempo y, además, engendran una prole mísera.

La higiene actual exige, por esto, una inmediata derivación de los ciudadanos hacia el campo. De poco vale la pretendida higiene individual y doméstica dentro de la cloaca inmensa de la ciudad. Se engañan los que se creen a cubierto de los miasmas urbanos por tener una casa amplia, con las ventanas anchas y todos los recursos de la archi-

tectura y la ingeniería sanitarias. Contemplemos una gran ciudad, al caer de la tarde, desde una altura próxima : Barcelona desde el Tibidabo, Bilbao desde Archanda, Madrid desde el modesto pero insigne Cerro de los Angeles y sentiremos todo el horror de la densa y lívida neblina en que se agita la vida de tantos hombres, de los pobres hijos nuestros, de los enfermos que ponemos tanto empeño en curar, de los viejos con su caudal ya tan limitado de vitalidad. Los pobres y los ricos, allá abajo están todos, revueltos en la misma atmósfera insana que igualmente penetra en las guardillas mezquinas, que en los palacios ; y que es más temible por lo mismo que nos pasa desapercibida. Luchamos contra el agua impura, contra los alimentos adulterados o viejos, con tantos otros enemigos del habitante urbano ; y olvidamos el daño mucho mayor que supone la permanencia

perpetua dentro del vaho espantoso en que se condensan todas las emanaciones de miles y miles de organismos.

La ciudad moderna tiende, por fortuna, a desparramarse por el campo. Conserva el inevitable acumulo, desgraciadamente necesario para la vida, en el núcleo comercial, donde sólo van quedando las oficinas, las fábricas y las tiendas. Pero el hombre ya va comprendiendo que no se puede pasear, o estudiar, o meditar, ni sobre todo dormir, en el mismo sitio en que el cuerpo en actividad llenó el ambiente de excreciones; es preciso, al sonar una hora, coger el tranvía, el tren o el automóvil y alejarse de prisa, con la presa o sin ella, como el buzo que después de buscar su tesoro, con la respiración contenida, sale de nuevo a la superficie, ávido de aire.

Los higienistas y, en general la gente,

no han parado mientes en la utilidad de este pequeño viaje, tan común en las grandes ciudades, intermedio preciso entre el hogar y el sitio del trabajo y, a la tarde, entre éste y el hogar. Se toma como una molestia inevitable y no se repara en la multiplicidad de sus ventajas. Representa, en primer lugar un ensayo diario de puntualidad; el exceso del trabajo lleva al desorden; las ocupaciones imprevistas turban, casi todos los días, el plan previamente trazado; y todo se atropella y acumula, aumentando el afán de la jornada. Pero el que vive fuera de la ciudad, en medio del desorden, tiene en su cronología dos puntos fijos de referencia, que vuelven a su ritmo a la vida: los dos pequeños viajes que le traen y le llevan del hogar.

Pero, además, la media hora o la hora de tren o de automóvil, obliga a una tregua al trajín del espíritu. La velocidad

exige una expectación de los sentidos que sólo se consigue a costa de una utilísima inhibición de la inteligencia. Es difícil pensar en cosas graves cuando se corre mucho; y las grandes penas —el vulgo lo sabe por experiencia y por instinto— se suavizan así mejor que de ningún otro modo. Algo he escrito sobre esta templanza del espíritu, sobre esta agudeza sensorial, sobre esta normalidad de las funciones circulatorias y nerviosas que se puede comprobar después de un corto y rápido viaje; así como sobre su saludable influjo y posible aprovechamiento en la vida moderna. Claro es que el máximum de ventajas se consigue con el automóvil, sobre todo cuando es personalmente conducido; y es sabido que en algunos grandes centros industriales, sobre todo en América, el automóvil está, precisamente para este fin del traslado al foco de trabajo, tan

difundido entre las clases modestas, como las bicicletas en nuestros países.

Es este también el momento propicio para la lectura del periódico, que, dentro de la ligereza de atención que exige, cumple el higiénico fin de dar una nota de universalidad al espíritu demasiado atado a su círculo cotidiano.

Las viviendas, para una o muy pocas familias, se extienden por el campo, rodeadas de árboles y de flores y sin vecinos; verdaderamente propicias al reposo mental y al descanso del organismo, víctima, hasta en los más sanos de los hombres modernos, del terrible veneno de *la prisa*.

Pero aun en las ciudades en que todo esto va siendo una realidad, son necesarias, sin embargo, las excursiones periódicas a la montaña. Mucho más sano y racional que el sistema clásico del veraneo en el que la familia se traslada lejos

de su vivienda habitual durante un tiempo largo y arbitrariamente fijado por la moda, que es la que también preside la elección del punto de veraneo, por lo general sin más elementos de juicio que el número de concurrentes, de casinos, de teatros, de sitios de reunión, etcétera; esto es, de elementos que le hagan una simple continuación de la residencia invernal; mucho más sano y racional, repito, que esto, es elegir durante el año pequeñas temporadas para huir de la población, cuando el cansancio sea mayor, cuando las ocupaciones disminuyan, cuando el tiempo sea más hermoso y, en fin, cuando la propia conveniencia y no la vanidad colectiva lo aconsejen. Cuantos han vivido en el extranjero saben y han saboreado el encanto de estas frecuentes, breves y poco costosas escapadas de las gentes trabajadoras, que los sábados ingurgitan las

estaciones, para retornar el lunes y a veces varios días después, con el cuerpo y el alma tonificados y prestos de nuevo para la lucha.

La necesidad de este descanso campestre es mayor aun cuando se trata de poblaciones como nuestro Madrid que sin playas, ni orillas frescas de un río caudaloso, ni grandes bosques públicos, no anima a la vida en las afueras. Es precisa la magnífica sanidad de su ambiente, tan certeramente adivinada por el rey Felipe, que, a despecho de todos los defectos topográficos, llevó la corte a Madrid, para que, a pesar de todo, esta ciudad colocada en un desierto sea tan sana y tan alegre.

Precisamente —y a esto conducían tantos preliminares— las excepcionales condiciones sanitarias naturales de Madrid, que todos los médicos hemos podido comprobar tanto en las circuns-

tancias habituales como bajo los azotes epidémicos, se deben en gran parte a la proximidad de las dos grandes sierras, Guadarrama y Gredos, que como pulmones colosales purifican sin cesar el aire que respiramos los habitantes de la ciudad, supliendo con la fuerza de su pureza y bien ayudado por el sol, las faltas de higiene, la escasa alimentación, los defectos del subsuelo y todas las circunstancias que serían desastrosas en otra ciudad lóbrega y mal aireada.

Pero no hay que contentarse con que la montaña, en forma de salud, venga a nosotros; hemos de ser nosotros los que vayamos a ella. El Guadarrama, por ser más accesible, es ya un centro considerable de este «pequeño turismo» tan importante para el porvenir de nuestra raza. Gredos todavía no lo es y, sin embargo, Gredos...

Gredos es algo extraordinario; es la

suma de todas las cosas sanas y admirables que encierra el clima de montaña, en todos sus aspectos y en todas sus altitudes. En ninguna parte del mundo se dan, reunidos bajo un cielo tan maravillosamente azul, con un sol tan constante y hermoso, la dulzura de los valles templados de Arenas de San Pedro, los climas, aun suaves, pero más tónicos y fuertes de las regiones de Piedrahita y Barco de Avila, y, por fin, toda la gradación de alturas, con toda la gradación de floras, que termina en las regiones empenachadas por las nieves perpetuas. ¡Qué sanatorios para tuberculosos, en sus distintas fases y según las épocas del año, se podían escalonar en el gran macizo castellano! ¡Qué instalaciones helio-terápicas! ¡Qué lugares para la reposición sanguínea del ejército de los anémicos y las cloróticas, tan nutrido en nuestro país! ¡Qué admirables sitios de cura,

para los enfermos nerviosos! ¡Y qué incomparable retiro para los sanos, que buscan una tregua en la lucha de la vida o, simplemente el encanto de una ascensión, como en ninguna parte llena de rincones encantadores, de cimas soberbias y de augustas perspectivas!

Todo eso llegará y espero que nosotros lo veamos. Por de pronto es utilísima esta propaganda que con su gran autoridad emprende la Comisaría Regia del Turismo. Es preciso que sepamos los madrileños cómo es este tesoro y qué cerca está de nosotros. Aun ahora, sin medios de comunicación fáciles, bastan dos horas de automóvil para llegar a los lugares de Guisando, sagrados para los españoles, donde empieza la bravía región; poco más allá, está la comarca del Tietar, de tan inmejorable clima y vegetación, que causa verdadera sorpresa a los que por primera vez la visitan.

Y desde allí, pueden empezar las admirables ascensiones. Con un ferrocarril y un funicular, en cuatro horas se podrá pasar de la Puerta del Sol a una planicie junto a los neveros perpetuos.

En un reciente viaje que hemos hecho por Gredos con nuestro amigo el gran cirujano y biólogo Goyanes, autor de importantes estudios sobre la región, hemos podido convencernos de las excepcionales condiciones sanitarias de la Sierra y sus valles, por su orientación, sus condiciones climatológicas, su hidrología, sus alimentos, etc. Todo es allí saludable y lo será más cada día, a medida que se multipliquen los medios de comunicación y con ello mejoren las condiciones de vida de los pequeños pueblos serranos, muchos de ellos casi totalmente aislados hasta hace poco tiempo.

En un punto muy interesante, por su

trascendencia social, hemos podido comprobar ya la influencia beneficiosa del progreso sobre los estados patológicos colectivos: en la lenta desaparición de la endemia bociosa, que en otros tiempos tuvo gran importancia en la región de Gredos, como en la mayor parte de los países montañosos de nuestra Península y del mundo. Nuestras pesquisas denuncian la atenuación de la endemia: cada vez se ven menos hombres y mujeres con bocio y, lo que es más importante, menos cretinos. Todavía en alguno de los pueblecillos escondidos en la montaña hemos sufrido la triste impresión de entrar en la escuela y contemplar, casi con lágrimas en los ojos, los bancos llenos de esas pobres criaturas, retrasados del cuerpo y del espíritu, en los que la máscara de la imbecilidad es aun más dolorosa, por ser niños los que la llevan. Para nosotros no tiene duda

que la lesión de las glándulas llamadas de secreción interna, que origina el bocio y el cretinismo endémicos, está muy relacionada con circunstancias especiales de vida antihigiénica y de alimentación defectuosa. No sabemos en qué consisten esas circunstancias, pero estudios modernos, coincidentes con nuestras observaciones, nos hacen sospechar que bien pudiera tratarse de una deficiencia en la ingestión de *vitaminas*, esto es, de unas sustancias de naturaleza desconocida que llevan en sí los alimentos frescos y cuya ingestión es precisa para la vida. Podría, por lo tanto, equipararse la endemia bociosa y cretínica a los demás estados anormales ocasionados por esa deficiencia de vitaminas (*estados avitaminósicos*), tales como el escorbuto, tan conocido y temido por los antiguos navegantes, la pelagra o mal de la rosa, que en otros tiempos cas-

tigó regiones enteras de España, el beri-beri de los asiáticos, etc.

Con arreglo a estas ideas no tiene duda que una higiene doméstica y alimenticia bien dirigida, en unión de los remedios hasta hoy puestos en práctica con los que se trata de corregir las deficiencias de las glándulas ya enfermas, se ha de lograr, y quizá esté ya próximo este día, la total desaparición de la triste enfermedad, que bien cerca de allí, en las célebres Hurdes, alcanza proporciones de catástrofe, muchas veces lamentada, muchas veces recordada pintorescamente, pero nunca acometida, con un criterio científico, para intentar hacerla desaparecer.

No es, en resumen, sino un sueño perfectamente realizable el pensar que derive hacia la extensa, varia y siempre magnífica región de Gredos la afición y la necesidad del campo, que ya se sien-

te entre nosotros y que seguramente ha de crecer con rapidez. Casas de campo, fondas cómodas, facilidades para las ascensiones, transporte rápido desde la ciudad: pensemos en todo esto, y en seguida se nos representan, al cabo de unos años, unas generaciones nuevas, libres del cansancio moral e intelectual que supone el exceso de espectáculos urbanos, fuertes, de color recio, de mayor resistencia, más inteligentes y mejores...

Mejores también ¿quién lo duda? La pedagogía moderna se da cuenta de todo lo que ha perdido en bondad el hombre al apartarse de la Naturaleza. En ella está, no sólo la salud del cuerpo, sino la del corazón. Duhamel, Barbusse y otros que por ser también grandes poetas son los mejores psicólogos, han descrito, durante esta última y terrible guerra, cómo el contacto con el sol, con el paisa-

je, con la luz y la obscuridad, con el cambio de los días y el paso de las estaciones, endulzaba el alma de los combatientes y acababa por hacer imposible el rencor contra los hermanos de las trincheras enemigas, encendido por los hombres de la ciudad. Un proverbio antiguo de la India —de donde tantas veces nos ha venido la luz— dice que «es una muerte absoluta irse de la vida sin haberse compenetrado con la verdad eterna de la vida». Y esa verdad no ha de buscarse en el trajín de las ciudades, sino en el pleno campo, donde la propia vida se incorpora al ritmo de la vida universal y donde, sin imágenes y sin templos, se encuentra en todas partes a Dios.



# LA SIERRA DE GREDOS

---

NOTAS PARA EXCURSIONES

DE

RAMÓN GONZÁLEZ Y DOMÍNGUEZ

DE LAS

SOCIEDADES PEÑALARA, GREDOS, TORMES

Y EL EXCURSIONISTA DE GREDOS



# LA SIERRA DE GREDOS

POR

RAMÓN GONZALEZ Y DOMINGUEZ

**E**STA Sierra forma parte del sistema central de España, llamado cordillera Carpetana o Carpeto Vetónica; separa la cuenca del río Duero de la del Tajo y constituye una especie de muralla gigantesca entre las dos mesetas castellanas. Se extiende por todo el Sur de la provincia de Avila, desde el ángulo formado por las de Salamanca y Cáceres hasta el extremo oriental, limitado por las de Madrid y Toledo.

El sistema hidrográfico que determina esta Sierra está constituido: por el Norte, en dirección del centro al Este, el río Alberche, que nace en la fuente de su nombre, situada en la parte occidental de las Lomas de Cañada Alta, próximo a San Martín de la Vega; separa el macizo de Gredos de los de Malagón y Guadarrama.

ma, dirigiéndose luego hacia el Sur por las provincias de Madrid y Toledo, para desaguar en el Tajo, junto a Talevera de la Reina. Por el Norte, también, en dirección del Centro al Oeste, el río Tormes, que nace en la fuente Tormella, que brota en el prado Tormejón, término de Navarredonda de la Sierra, continúa por Barco de Avila y penetra en la provincia de Salamanca para desaguar en el Duero.

La vertiente Sur lanza sus aguas al río Tiétar, afluente del Tajo, que forma el límite del partido de Arenas de San Pedro con la provincia de Cáceres.

El límite Occidental está cerrado por el río Alagón, que separa esta Sierra de la de Peña de Francia; éste, aumentado su caudal con el de Jerte, que nace en el Puerto de Torna-Vacas, lleva sus aguas al Tajo, al cual se une en Alcántara.

La Sierra de Gredos toma su divisoria principal en la dirección de la Sierra de Malagón, que se une por la Cuerda de los Polvisos a la Paramera de Avila, que a su vez empalma, por la

Sierra de los Baldíos, con La Serrota; de aquí la divisoria principal de la Cordillera, se dirige por un ramal que va de Norte a Sur, a la Sierra de Gredos, continúa por las cumbres de ésta en dirección Oeste, por la cuerda de la Sillita, a la plaza del Moro Almanzor, y de aquí, por Sierra Llana y puerto de Torna-Vacas, al pico Calvitero; en este tuerce al Norte y por el Trampal continúa a la Sierra de Santibáñez. En esta región lanza dos poderosos contrafuertes en dirección Suroeste, que toman los nombres de Sierras de Hervás y de Baños.

Desde el punto de vista del excursionismo, conviene dividir el recorrido total de la Sierra de Gredos en tres porciones:

1.ª El macizo oriental, desde la depresión formada por el Puerto del Pico, hacia el Este, hasta los cerros Cabezolaparra y Guisando, al Sureste y Picos de Cenicientos y Peña de Candalso, al Sursureste. En este macizo se destacan, siguiendo la dirección indicada, el Risco de Villarejo de cuya faceta Oeste surge otro risco aún más afilado, que es el que da el nom-

bre al Puerto del Pico, Cumbre Alta o la Veguelina (2.090 ms.) el Cerro de Cabeza Aguda, el de Rojamarite (2.061 ms.); el Cabezo de Mijares, (2.052 metros); la Serradilla, Cerro de Pajonales, sobre el pueblo de Piedralabes, Cerro Escusa (1.959 ms.); Cerro Casillas (1.761 metros); Picos de Cenicientos (1.187 ms.) y Peña de Cadalso (1.182 ms.).

2.<sup>a</sup> El macizo central, el más importante por su grandiosa belleza y alturas considerables, desde el Puerto de Tornavacas hasta el del Pico. Desde este puerto hacia el Oeste sube el Risco del Protro, la Peña de Arenas y la Cabrilla, viene una depresión, el Puerto del Arenal, asciende nuevamente con Las Quebradas (1.807 metros); una nueva depresión forma el Puerto de Peón y continúa después las Lomas de Cañada Alta, hacia el Norte, que forman la divisoria de Duero y Tajo, hacia el Sur La Cuerda de la Sillita que remata en La Mira (2.417 ms.) que salvo a su lanza a Sur la Cuerda del Amealito, divisoria de las gargantas de Candeleda y Guisando, que ésta a su vez se cierra al Este por el enorme paredón de Los Galayos. Desde la

Mira sigue hacia el Norte los riscos de las Yeguas y hacia el Oeste una extensa meseta seguida de una pequeña depresión que forma el Puerto de Candeleda (2.129 ms.). Por Regajos Llanos hacia el Norte el grandioso Circo de Gredos, el Circo de las Cinco Lagunas y después de la muralla que forma el Asperón, la llamada Sierra Llana que termina en el Puerto de Tornavacas.

3.<sup>a</sup> El macizo Occidental, llamado también Sierra de Béjar, desde el Puerto de Tornavacas hasta el de Béjar, cerrado al Oeste por el río Alagón. En este macizo culminan las mesetas del Trampal y Peña negra y al Sursuroeste el Pico Calvitero (2.400 ms.).

La impresión del límite Oriental de Sierra de Gredos puede obtenerse en una sencilla excursión en la que al propio tiempo hay ocasión de conocer algunas curiosidades de interés artístico e histórico. Para realizarla puede formarse un circuito que puede tener por base Cebreros o San Martín de Valdeiglesias.

Partiendo de Madrid por la línea del Norte se

deja el tren en la estación de Navalperal; desde aquí por carretera a Hoyo de Pinares (17 ks.) y a Cebreros (5 ks.). Es Cebreros una importante villa, cabeza de partido de la provincia de Avila; en ella merecen visitarse la Iglesia obra de Juan de Herrera, las ruinas de la antigua iglesia (hoy cementerio) y algunos edificios particulares, por sus fachadas de gran interés. Por la carretera del Barraco se llega a los 11 kilómetros al puente del Burguillo, de la época romana o tal vez anterior, interesante no tan sólo por sí, sino también por el lugar en que está situado, es donde el Alberche corta y separa la Sierra de Gredos de la Paramera de Avila, precipitándose por el fondo de estrechos barrancos y formando sinuosas hoces de salvaje belleza. Desde el mismo puente arranca un camino en dirección al puerto de Casillas (1.500 ms.) de un paisaje delicioso sobre todo en sus primeros seis kilómetros hasta la casa forestal llamada de las Juntas, después el camino toma una fortísima pendiente hasta el puerto y quizá con más pendiente aún desciende hasta el pueblo de Casillas, a los 11 kilómetros. Continúa el camino en des-

censo cinco kilómetros más hasta el pueblo de Sotillo de la Adrada ya en el valle del Tietar.

Bordeando la Sierra va la carretera a Cenicientos que descansa al pie de los picos de su nombre y que desde la iglesia, situada a alguna distancia del pueblo, ofrece un bonito panorama.

Dejamos esta carretera para tomar la que en suaves pendientes nos lleva al pueblo de Cadalso de los Vidrios; durante el trayecto se observa la peña de Cadalso y el cerro sobre el que descansa el pueblo; al penetrar en él se nos presentan, en una amplia plazoleta, los restos del suntuoso palacio del duque de Frias, en los que aún se conservan preciosos detalles de la época del Renacimiento. De igual época y estilo existen en el pueblo algunas casas particulares, muy típicas y bien conservadas, entre las que merece citarse la que llaman en el pueblo la Casa de los Salvajes, aludiendo sin duda a los dos figurones que sostienen el escudo heráldico que, tallado en piedra y a gran tamaño, ostenta sobre la puerta.

Bajamos de Cadalso, en dirección al Tiemblo,

por un camino de rápida y violenta pendiente hasta cruzar el arroyo Tórtoles, afluente del Alberche, de este mismo camino y frente el arranque del que conduce a San Martín de Valdeiglesias parte otro elevándose a media ladera del cerro, que lleva al caminante al Monasterio de Guisando. Este fué morada de monjes Jerónimos y su antigüedad data del siglo xiv, pues en 19 de Septiembre de 1468 los nobles coaligados contra Enrique IV juraron heredera del trono a la infanta D.<sup>a</sup> Isabel. A cortísima distancia del Monasterio se encuentra la cueva de San Patricio y más arriba las ruinas de la ermita de San Miguel.

Volvemos al camino que habíamos dejado y en la misma dirección que llevamos, antes de llegar a la Venta de la Tablada que se divisa a distancia, encontramos en un prado cercado, a la derecha del camino, los famosos toros de Guisando, restos de un célebre monumento de época muy remota en uno de los cuales, el del extremo oriental, se lee una inscripción romana.

Seguimos por el camino hasta el pueblo del Tiemblo y paralelo al Alberche continuamos

hasta atravesarlo por el puente de Valsordo, de la época romana, muy bien conservado. Continúa el camino hacia Cebreros y a poca distancia del puente, a la izquierda del camino, un humilladero hace de avanzada a la ermita de Valsordo, de fines del siglo xv, a la que da sombra el famoso pino de la Virgen, curioso ejemplar de enormes proporciones. Continuamos el camino para penetrar nuevamente en Cebreros por la llamada Subida de los Enrollados, a la derecha se eleva sobre una floración granítica desde la que se contempla un hermoso panorama, una interesante picota o rollo (signo antiguo de villa). Desde Cebreros tomamos el camino del Quejigar, para visitar el Convento y el hermoso panorama de la Sierra de las Cabreras y emprendemos el regreso por Hoyo de Pinares nuevamente a Navalperal, estación de la línea del Norte.

El macizo central es el más interesante especialmente desde el punto de vista del alpinismo. El grandioso Circo de Gredos es de una belleza tan intensa que quien lo contempla por primera

vez experimenta la verdadera sensación de lo sublime; la naturaleza presenta en él la expresión más perfecta de lo trágico; es la manifestación gráfica del drama de los siglos; es tan característico, tan *suyo* que en su género no hay nada que le supere ni quizás tan solo que le iguale. Asombra por su grandeza y la belleza de sus abruptas crestas, todas dibujadas con perfiles muy distintos formando masas definidas, separadas por depresiones bien marcadas que dan lugar a una completa nomenclatura.

A partir del barranco por donde desagua en impetuoso torrente la laguna, y mirando hacia el interior del circo, lo forman de izquierda a derecha: *Alto de los Barrerones* (2.500 metros) (entrada natural); *Altos del Morezón* (2.525), depresión marcada entre estos y el *Risco de Fraile* (2.545 ms.) (otra entrada, aunque más difícil que la anterior); otra depresión de la que arranca una preciosa cresta, llamada *Cuchillar del Enano y de la Ventana*, terminada en tres picos característicos llamados *Los Hermanitos de Gredos*; depresión conocida con el nombre de *Portilla de los Hermanitos*; *Riscos del Cas-*

*querazo; Portilla de los Machos; Cuchillar de las Navajas; Portilla Bermeja (2.545 ms.); Almanzor (2.660 ms.); Cuchillar del Almanzor;* al terminar éste, una meseta avanza hacia la laguna rompiendo la armonía de la curva general, y esta especie de muro coronado por el *Almeal de Pablo (2.570 ms.) Risco Moreno y Cerro de los Huertos*, que encierra en su centro al *Cerro del Sagrario*, forma lo que algunos consideran el verdadero Circo; la curva general sigue formada por el *Risco de las Cinco Lagunas*, en cuya vertiente opuesta se encuentran: *Riscos de la Galana, Cuchillar del Güetre y Mogota del Cervunal o Cabeza Pelada*, cuya base forma la pared derecha del torrente por donde desagua la laguna grande; estos últimos riscos forman, a su vez, un pequeño circo en cuyo centro emergen las cinco lagunas.

Otra pequeña parte no menos interesante, también por su trágica belleza, es el llamado *Los Galayos*, enorme paredón que arrancando de la divisoria general próximo a *La Mira (2.417 ms.)*, se dirige hacia el Sur, paralelo a la *Cuerda del Almealito*.

De esta breve reseña se deduce que son tres las excursiones a realizar con carácter independiente, que pudiéramos decir, ya que cada una por sí bien lo merece y casi lo requiere: al Circo, a Las Cinco Lagunas, y a Los Galayos.

No obstante hallarse todo ello dentro de un perímetro relativamente pequeño, cada una tiene su itinerario propio, tratándose de hacerlo con la mayor facilidad y comodidades posibles, pues desde luego que puede formarse también, y ya lo indicaremos en su momento oportuno, un itinerario general que recorra todos ellos, así como excursiones circulares de que también nos ocuparemos.

Para el Circo de Gredos es indiscutible que la entrada fácil, cómoda y que mejor nos muestra su impresión de conjunto es la vertiente norte, especialmente por el Alto de Los Barrerones o por Majada Somera (en cuyas proximidades está construído el refugio de S. M. el Rey) al Morezón. Primeramente, y con mucha brevedad indicaremos un itinerario al Circo por la vertiente sur, que no queremos omitirlo por ser bastante conocido, pero que no solamente no

lo recomendamos sino que además aconsejamos que no se adopte nunca para subir; es el de Candeleda al puerto de su nombre. Con sólo decir que el pueblo de Candeleda, de donde arranca el camino, está a 438 metros y que el Puerto está a 2.129 metros y que tal desnivel se salva en unos siete u ocho kilómetros de recorrido, basta para comprender lo fatigoso de la subida, y si a esto se añade que el camino tallado en un paredón orientado al sur, en una enorme concavidad que los naturales del país llaman el Horno de Candeleda, es de una fortísima pendiente y abrumadora fatiga, se comprenderá que hay que desecharlo desde luego, si bien lo consideramos útil como punto de salida en itinerario circular. El punto de arranque para este itinerario es Oropesa, estación del ferrocarril en la línea de Madrid-Cáceres-Portugal. (Madrid estación de las Delicias) desde este pueblo a Candeleda hay 25 kilómetros de carretera para cuyo recorrido hay un servicio público de coche. Puede hacerse por carretera; la de Extremadura, de Madrid a Talavera de la Reina, Oropesa y Candeleda, 184 kilómetros en total.

Para la entrada al Circo por el alto de los Barrerones, por donde va la senda mandada a construir para el cazadero Real, el itinerario más breve, fácil y como es el de Hoyos del Espino (1.584 ms.); este pueblo, que es el primero que se esforzó en dar todo género de facilidades hasta sentir verdadero entusiasmo por auxiliar al excursionista, poseídos de la misión que su situación estratégica les confiaba, es el que se halla más próximo y de más fácil acceso al referido punto. Tiene además, un camino muy bien construido, de unos 15 a 16 kilómetros cuyo recorrido se hace muy fácilmente y sin la menor fatiga en cuatro horas a pie, o tres a caballo.

El itinerario a Hoyos del Espino es: línea del Norte, Madrid, Avila, servicio de automóviles de Arenas de San Pedro hasta Venta del Obispo, coche correo servicio diario de Venta del Obispo a Hoyos del Espino. Y la forma de efectuar el viaje es la siguiente: salida de Madrid en el Correo (a las 22,30), en la estación de Avila se toma el coche de la Fonda del Jardín, al lado de ésta está la Administración de

los coches de Arenas, en donde se toma el billete para la Venta del Obispo, se llega próximamente a las ocho de la mañana; de allí mismo parte el coche para Hoyos del Espino en donde se está de diez y media a once de la mañana.

Para hacer la excursión en automóvil o motocicleta hay un bonito recorrido, todo él por muy buena carretera, de Madrid a Avila por el Puerto de Guadarrama y Villacastín, 113 kilómetros, Avila Venta del Obispo, por la carretera de Arenas, 47 kilómetros, y Venta del Obispo a Hoyos del Espino, por su carretera 22 kilómetros en total 182 kilómetros. Esta carretera de la Venta del Obispo a Hoyos del Espino, es un trozo de la carretera en proyecto (ya hoy realizado puede decirse pues solo falta dos pequeños trozos, entre Hoyos y Navalperal de Tormes y Barraco Navalморal), que unirá Barco de Avila con Cebreros, recorriendo toda la vertiente norte de la Sierra de Gredos y será la carretera ideal partiendo de Madrid, por San Martín de Valdeiglesias, Cebreros, Venta del Obispo, Barco de Avila y Béjar, para reco-

rrer la Sierra de Gredos, a la vista siempre de espléndidos panoramas y de los bellos paisajes que forman las riberas del Alberche y el Tormes.

El itinerario desde Hoyos del Espino al Circo es fácil y cómodo por la suavidad con que van ganándose las alturas; se sale del pueblo (metros 1.584) en dirección al llamado *Puente del Duque*, sobre el río Tormes; pasado éste, y siguiendo el camino ya trazado y bien visible, se cruza el llamado *Pontón de la Isla*; sigue el camino bordeando el hermoso pinar hasta empezar la subida a los *Altos del Durano* (1.600 metros); se atraviesa el *Prado de las Excomuniones*, desde donde se da vista al sitio *Junta de las Gargantas*, se vadea la llamada de la *Covacha*, primero, luego la del *Prado de la Casa* y por último la del torrente de *Prado Puerto*, llamada también de *las Escaleruelas*; ya a la derecha del torrente se va ganando altura, y terminado el paso emocionante de Las Escaleruelas (1.700 ms.) se domina, en una pequeña vuelta sobre la derecha, la entrada en el *Prado de las Pozas* (1.920 ms.); se pasa la gar-

ganta de las Pozas y se toma el camino perfectamente marcado que sube al alto de los Barreones dejando el Morezón a la izquierda; al dominar la altura se coincide con el camino del cazadero Real que baja a la laguna en dirección al Gargantón. El golpe de vista que ofrece el Circo, al dominar la altura de los Colgadizos, es de lo más grande que puede citarse como espectáculo de la naturaleza; a todo aquel que visite por vez primera la Sierra de Gredos le aconsejamos que haga su entrada por esta parte, en la seguridad de que el recuerdo de este momento no se le borrará jamás.

Para la entrada al Circo por el de las Cinco Lagunas aconsejamos como más fácil y rápido el itinerario de Bohoyo. Este pueblo, también con un gran sentido práctico, sigue las orientaciones del de Hoyos del Espino y al igual, trabaja y se esfuerza en dar facilidades al excursionista y proporcionarle cuantas comodidades le son factibles, interesándose en la construcción de caminos y refugios y de todo cuanto pueda ser un atractivo para el excursionista.

El itinerario a Bohoyo tiene mucha analogía

con el de Hoyos del Espino; se sale igualmente en el correo de Avila para empalmar con el coche de servicio público que hace el recorrido a Barco de Avila, pasando por Piedrahita; llega a Barco próximamente a las ocho de la mañana. Aquí se toma la carretera, hoy interrumpida en Navalperal de Tormes, que paralela al Tormes empalma con la de Avila a Arenas para continuar a Cebreros paralela al Alberche y de la que ya hemos hablado antes; por esta carretera se andan siete kilómetros para llegar al sitio denominado El Carrascal; de aquí parte una carretera para Bohoyo, con dos kilómetros de recorrido, e igualmente que a Hoyos se llega aquí entre diez y once de la mañana.

Para hacer el recorrido en automóvil o motocicleta hay también un bonito itinerario, casi el mismo que para Hoyos: Madrid-Avila por Villacastín, 113 ks.; Avila Piedrahita, 50 ks.; a Barco, 20 ks., y Bohoyo, 9. ks. En total, 192 kilómetros.

El itinerario de Bohoyo al Circo es también fácil y cómodo, y hoy disponen de un bonito camino para la *Fuente de los Serranos* (2.300

ms.), en el que se invierten de tres a cuatro horas, sitio indicado para acampar y en donde hay ya construído un refugio; desde este punto ya la excursión es alpina, dirigiéndose ya hacia el SE. para buscar la portilla de las Cinco Lagunas, o ya faldear el *Risco de la Galana* por su vertiente NO. para llegar al *Venteadero* y penetrar en el Circo. El golpe de vista que presenta el Circo desde el *Venteadero* es también estupendo, y aunque no es tan completo como el que antes decíamos (desde los Colgadizos), es grandioso porque se hallan más próximas las grandes masas del Almeal de Pablso y Risco Moreno, Almanzor y su cuchillar, que asombran con sus ciclópeas proporciones.

Para la excursión a los Galayos es el itinerario indicado el de Arenas de San Pedro. Este punto es asequible por tres vías; la más empleada es: Madrid-Avila, para tomar el automóvil de servicio público; Madrid-Talavera de la Reina, y desde este punto coche hasta Arenas; Madrid-Almoróx, para tomar el automóvil de servicio público que va por el valle del Tietar hasta Arenas.

Para el recorrido en automóvil o motocicleta hay también dos itinerarios igualmente recomendables: Madrid-Avila, 113 ks.; Avila-Arenas, por el Puerto del Pico, 78 ks. En total, 191 ks. Madrid-San Martín de Valdeiglesias, 70 kilómetros; a Escarabajosa, 10; a Sotillo, 6; a la Adrada, 5; a Piedralabes, 5; a Casavieja, 10; a Lanzahita, 18; a Ramacastañas, 10; a Arenas, 6. En total, 140 ks.

La excursión a los Galayos y la Mira desde Arenas es interesantísima, fácil por lo bien que allí puede organizarse, los medios que proporciona aquella gente, también interesadísima en atraer al excursionista y la brillantez de su paisaje, que en toda época es una bella nota de color.

El itinerario más recomendable, aunque es un poco fuerte, para formar una perfecta idea de aquello, es el siguiente: de Arenas al pueblo de Guisando, por camino bueno; de Guisando, por sendero, ya en plena ascensión, a la *Apertura*, entrando por *Puerta Falsa*, quedándose por la misma vertiente S. para pasar al arranque de la falda de la *Mira*; en sus inmediacio-

nes hay un magnífico refugio a 2.320 ms.; continuar por la vertiente N. en dirección al Este hasta el *Puerto del Peón* (1.801 ms.) y bajar por sendero hasta la casa forestal, en donde ya hay buen camino, al pueblo *El Hornillo* y carretera hasta Arenas. Si se prescinde de llegar a la Mira, se puede hacer la excursión aún más alpina pasando de Puerta Falsa a buscar una especie de sendero que va por lo alto de la cara E. del paredón de los Galayos, llamado *Trocha Palomo*, y por unas llambrias que llaman *El Espaldar* bajar en dirección de la casa forestal hasta El Hornillo; este itinerario es muy emocionante, pero haciéndolo sin precipitación y buscando los pasos fáciles que hay, no ofrece el menor peligro. Yo lo he realizado con un compañero que iba por primera vez a la sierra y no tuvimos la menor dificultad.

Antes de terminar lo relativo al macizo central, conviene anotar que es de mucho interés para el excursionista saber que en los tres puntos que recomendamos como base de itinerarios radican sociedades legalmente constituidas para el fomento del excursionismo y alpinismo

en la Sierra de Gredos, con una perfecta organización, y que facilitan cuantos medios y útiles sean necesarios para el mejor éxito de la expedición, con una ventaja extraordinaria como es la unificación de tarifas para guías, morraleros, caballerías, hospedajes, alquiler de tiendas de campaña y cuanto sea preciso y no quiera sufrir las molestias del transporte o suponga un gasto excesivo para una excursión.

La primera que se fundó de estas sociedades fué la «Gredos-Tormes», en Hoyos del Espino, en 1911, haciéndolo con tal fe y entusiasmo que mereció el alto honor de que S. M. el Rey Don Alfonso XIII aceptara la presidencia de honor; preside la Junta directiva D. Hilario Tamés, notable periodista que ha hecho popular en Avila el pseudónimo de *Vega Alberche*; forma parte de la Junta directiva D. Justo Muñoz, persona inteligentísima, experto conocedor de la Sierra de Gredos y habilísimo y práctico en la disposición de excursiones, dirige con una perfecta organización la Comisaría de la sociedad, hospedería y punto de salida de las expediciones.

Poco tiempo después se constituyó en Barco de Avila la Sociedad «Sindicato de Turismo», presidida por D. Joaquín Manceñido, gran entusiasta de la idea; figura entre sus miembros D. Pedro Canalejo, uno de los más amantes de la región, hoy Presidente.

En el año 1912 se fundó en Arenas de San Pedro la Sociedad *Arenas-Gredos*, presidida por D. Bernardo Chinarro; en su Junta directiva descuella por su celo en la propaganda D. Luciano Jaraiz, persona altamente simpática y amable. Hoy la preside D. Juan Torres. Esta Sociedad dispone de un hermoso local, en forma de casino, en Arenas, muy bien decorado, que sirve de centro de reunión y punto de partida para las excursiones. Ultimamente, en Junio de 1918, se fundó en Bohoyo la sociedad *El Excursionista de Gredos*, presidida por don Sinforiano Moreno, persona inteligente y activísima que ha logrado en tan poco tiempo poner a esta naciente sociedad a la altura de las demás.

Todas ellas trabajan con celo y actividad asombrosos, al extremo de merecer la atención de cuantos buenos patriotas sienten entusiasmo

por la propaganda de las bellezas de su suelo, y una prueba de su recto proceder es que, la Comisaría Regia del Turismo, atiende sus solicitudes y estimula con toda su colaboración a esta obra de la región y de la Patria, lo cual constituye la mejor garantía de la formalidad de estas Sociedades.

Valiéndose de cuantos medios tienen a su alcance, han construído caminos, arreglado fuentes y construído refugios de montaña, algunos de ellos, como el de la Mira, por la sociedad «Arena-Gredos», muy sólido y perfectamente orientado. La sociedad «Sindicato de Turismo», de Barco, dispone de otro en término de La Aliseda, a 1.780 ms. de altitud, y uno desmontable que instala sobre el Asperón a pocos pasos del Venteadero y Portilla de las Cinco Lagunas. La sociedad «Gredos-Tormes» administra el del C. A. E., situado en el Prado de las Pozas, a 1.980 ms. de altitud. Y, por último, la sociedad «El Excursionista», de Gredos, inaugura recientemente dos, uno próximo a Portilla Bermeja, la de las Cinco Lagunas, que ha de ser de gran utilidad.

Para las excusiones al macizo occidental debe tomarse como base la población de Béjar, en extremo simpática y rodeada de bellos paisajes.

Puede hacerse el viaje directo en ferrocarril, línea M. C. P. (estación de las Delicias). Para automóvil o motocicleta el itinerario es: Madrid-Avila-Piedrahita. 163 kilómetros; Piedrahita-Béjar, 46 ks. En total, 209 ks.

Muchas son las excursiones que desde Béjar pueden realizarse, interesantes unas por la belleza de sus paisajes y otras desde el punto de vista del alpinismo. En el mismo Béjar, recomendamos que no deje de hacerse la de la *Ermita del Castañar*, *Paseo de Santa Ana* y *Fuente del Lobo*, y a la magnífica posesión *El Bosque*. A muy corta distancia y por una hermosa carretera de buen piso y a presencia siempre de muy bellos paisajes, está el pueblo de Candelario, interesantísimo por todos conceptos y muy especialmente por conservar la indumentaria típica del país, graciosa de línea, brillante de colorido y que revela una poderosa intuición artística.

Las excursiones alpinas que merecen especial mención, son: muy próxima, a la garganta denominada *El Tranco del Diablo*; por Candelario, a las lagunas del *Trampal*, a la *Peña de la Cruz*, a *Peña Negra* y al *Pico Calvitero* (2.400 ms.), el de mayor altura de este macizo. También meréce la pena de realizarse las excursiones al *Puerto de Béjar* y al *Valle de Hervás*, anfiteatro formado por elevadas montañas, en cuyo fondo radican los célebres baños de Montemayor.

También existe en Béjar una importante sociedad llamada «Sindicato de Iniciativas», presidida por D. Lino R. Arias, gran aficionado a la montaña y entusiasta propagandista de las bellezas del país.

El actual ministro de Fomento ha prometido al marqués de la Vega Inclán que en brevísimo plazo estarán terminados los trozos que faltan de la carretera que pondrá en comunicación directa a Madrid con Bejar, recorriendo la Sierra por su vertiente Norte, a través de los más bellos panoramas.

Expuestos ya los itinerarios parciales con os

puntos de acceso recomendables para cada una de las excursiones principales en los respectivos macizos central, oriental y occidental, indicaremos dos o tres de las excursiones circulares que estimamos más recomendables, al extremo de aconsejar que, a ser posible, se hagan siempre en esta forma, por ser mucho más agradable ir por terreno desconocido que volver por los que ya conocemos, como no sea aquellos de nuestra predilección y que por ello lejos de cansarnos cada vez nos interesa más. Estas excursiones se refieren al macizo central que es el de mayor extensión y por lo tanto el susceptible de poder recorrerse en formas distintas.

El primero: Avila, Barco, Bohoyo, Fuente de los Serranos; asomarse al Veteadero, continuar por la vertiente exterior del Circo (N. O.) hasta Portilla Berméja, penetrar por ella en el interior del Circo; bordear la Laguna Grande y subir por la falda del Morezón en dirección del Alto de los Barrerones hasta encontrar la senda del cazadero real; continuar por los Colgadizos, bajar para atravesar la Garganta de las Pozas y por el prado de este nombre a buscar la

bajada de las Escaleruelas y continuar el sendero-camino a Hoyos del Espino para regresar por la Venta del Obispo a Avila.

El segundo: Avila, Venta del Obispo, Hoyos del Espino, Prado de las Pozas y Majada Somera al Morezón, penetrar en el Circo, subir a la Portilla de los Hermanitos y continuar por el exterior del Circo (vertiente S. O.) por la cornisa del Cuchillar del Enano o de la Ventana a Majada Somera, continuar por Regajos Llanos al Puerto de Candeleda y por la cuerda seguir a la Mira, para bajar por la Apretura a Guisando, o por el Puerto del Peón al Hornillo y continuar, desde uno u otro punto, a Arenas de San Pedro y por la Venta del Obispo regresar a Avila.

Y por último; el que pudiéramos llamar general porque en una excursión puede verse todo ello. Madrid, Béjar, Candelario, Trampal, Peña Negra, Calvitero; Puerto de Tornavacas, Béjar; por Becedas y Puerto de la Hoya a Barco, Bohoyo, Fuente de los Serranos, Portilla de las Cinco Lagunas entrar al Circo, por la Mogota del Cervunal, pasar el Torrente de la Laguna Grande, subir al Alto de los Barrerones, conti-

nuar por el Alto del Morezón, (vertiente N. E.) a Majada Somera, Regajos Llanos, Puerto de Candeleda, por la Cuerda a la Mira, Puerta Falsa, Paredón de los Galayos (por su base) hasta Las Rebolleras, subir la Portilla de su nombre, pasar a la vertiente E. del Paredón, bajar por el Espaldar al Hornillo y de aquí a Arenas de San Pedro; por la carretera del Valle del Tietar (en el auto de servicio público) hasta Cenicientos, Cadalso de los Vidrios, Monasterio de Guisando, El Tiemblo, Puente de Val-sordo, Cebreros; por la carretera del Barraco al Puente de Burguillo, Puerto de Casillas, Sotillo de la Adrada; tomar el auto a Almorox y regresar a Madrid por este ferrocarril.

Antes de dar por terminadas estas notas hemos de llamar la atención del excursionista acerca de algunos puntos que, sin desviarle de su itinerario merecen un paréntesis y que, en relación con sus aficiones, han de proporcionarle ratos agradables que seguramente agradecerán; es uno de ellos el patinadero natural de la *Serrota*, a la derecha del *Puerto de Menga*, lugar excelente para el deporte del Ski y que al

propio tiempo domina un extenso y bello panorama, especialmente desde el *Pico del Santo*. Para ello debe hacerse un alto en el pueblo de Menga Muñoz en donde su alcalde D. Juan José Nieto, se excede en atender y obsequiar a los excursionistas.

Otra visita interesantísima es al Monasterio de Yuste: en las últimas estribaciones de la vertiente sur de Sierra de Gredos, próximo a Plasencia, apoyado en la falda del *Cerro de San Simón*, junto al barranco de *Jaranda* y dando vista a la hermosa *Vera*, duerme el sueño de los siglos el histórico Monasterio, en que acabó sus días el Emperador Carlos V. Lugar de melancólica poesía, rodeado de los más bellos y pintorescos paisajes en que se agrupan con extraño consorcio los picachos ásperos y abruptos de la Sierra, que surgen sobre mesetas siempre cubiertas de nieve, con la pujante vegetación de la *Vera* y la cálida exuberancia de aquellos huertos siempre floridos, es una visita que produce muy honda impresión en el excursionista. El itinerario más breve desde Madrid es a Casatejada, estación en la línea de M. C. P.: desde

este pueblo, atravesando el Tieiar, al de Jaraiz y de aquí al de Cuacos, en donde arranca un sendero que conduce en poco tiempo al Monasterio. La distancia total son unos 25 kilómetros aproximadamente, que en dos etapas pueden hacerse con comodidad, una Casatejada, Jaraiz y otra Jaraiz, Cuacos, Monasterio.

Además de éstos, especialmente mencionados, el excursionista que recorra los distintos itinerarios aquí indicados, encontrará infinitos rincones, unos de plácida belleza, otros de grandiosidad salyaje, poéticos santuarios, pueblos interesantísimos por sus construcciones e indumentaria típicas; y mil cosas que atraerán su atención y que aquí no es posible detallar, dado el espacio de que disponemos y que de otra suerte resultaría de una extensión impropia del objeto que nos proponemos que es el de presentar, en el más reducido espacio la manera de alcanzar la impresión más concisa y completa de la Sierra de Gredos, adusta, valiente y trágica en sus elevadas crestas; suave, poética y sencilla en sus floridos valles; parece representar el corazón, el alma de Castilla.



PLANOS

DE

RAMON GONZALEZ Y DOMINGUEZ

Y

FOTOGRAFIAS

DE

RAMON GONZALEZ, M. MORENO,  
J. LAURENT Y KURT HIELSCHER

RAMOS

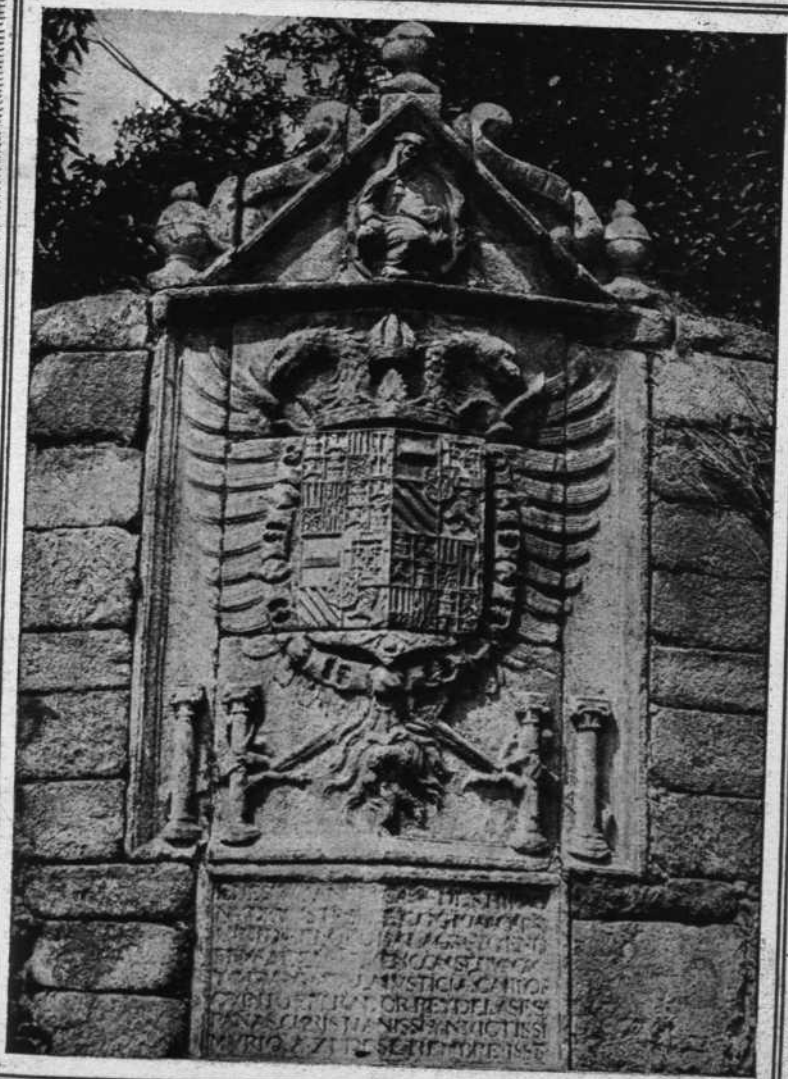
DE

RAMON GONZALEZ Y DOMINGUEZ

FOTOGRAFIAS

DE

RAMON GONZALEZ, M. MORENO,  
J. LAURENT & KURT HILSCHER

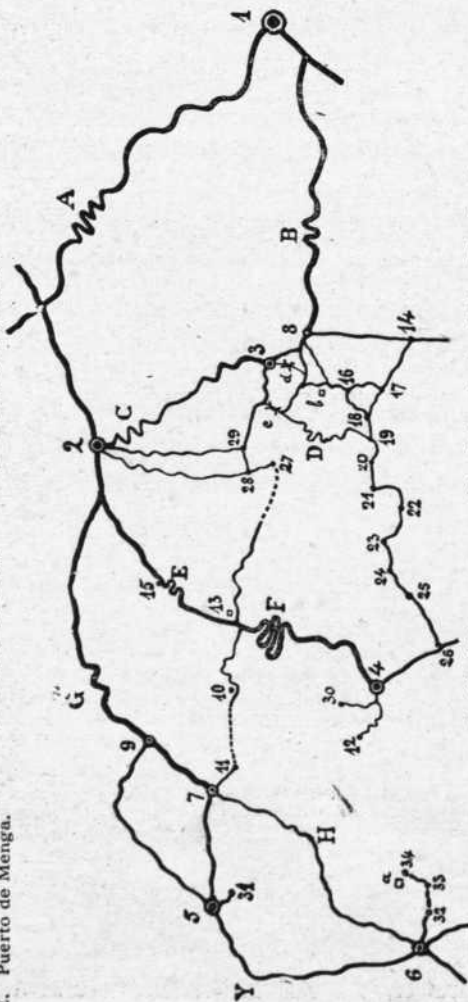


*Escudo en la Huerta del Monasterio de Yuste.*

A. Puerto de Guadarrama.  
B. Puerto de San Juan.  
C. Puerto de las Pilas.  
D. Puerto de Casillas.  
E. Puerto de Menga.

F. Puerto del Pico.  
G. Puerto de Villatoro.  
H. Puerto de Tornavacas.  
I. Puerto de Bejar.

a. Monasterio de Yuste.  
b. Monasterio de Guisandos.  
c. Puente del Burguillo.  
d. Puente de Valsordo.



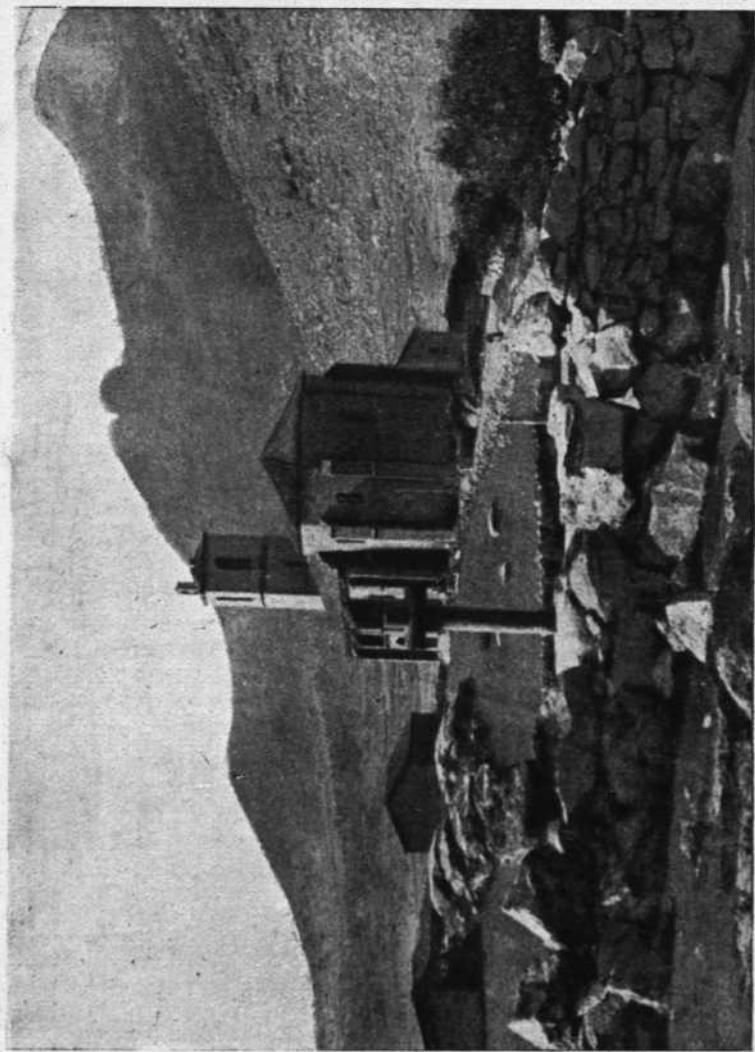
1. Madrid.  
2. Avila.  
3. Cebreros.  
4. Arenas de S. Pedro.  
5. Bejar.  
6. Plasencia.  
7. Barco de Avila.  
8. San Martin de Valdeiglesias.  
9. Piedrahita.  
10. Hoyos del Espino.  
11. Bohoyo.

12. Guisando (pueblo).  
13. Venta del Obispo.  
14. Almorox.  
15. Menga Muñoz.  
16. Cadalso de los Vídrios.  
17. Cenicientos.  
18. Escarabajosa.  
19. Sotillo de la Adrada.  
20. La Adrada.  
21. Piedralabes.  
22. Casavieja.

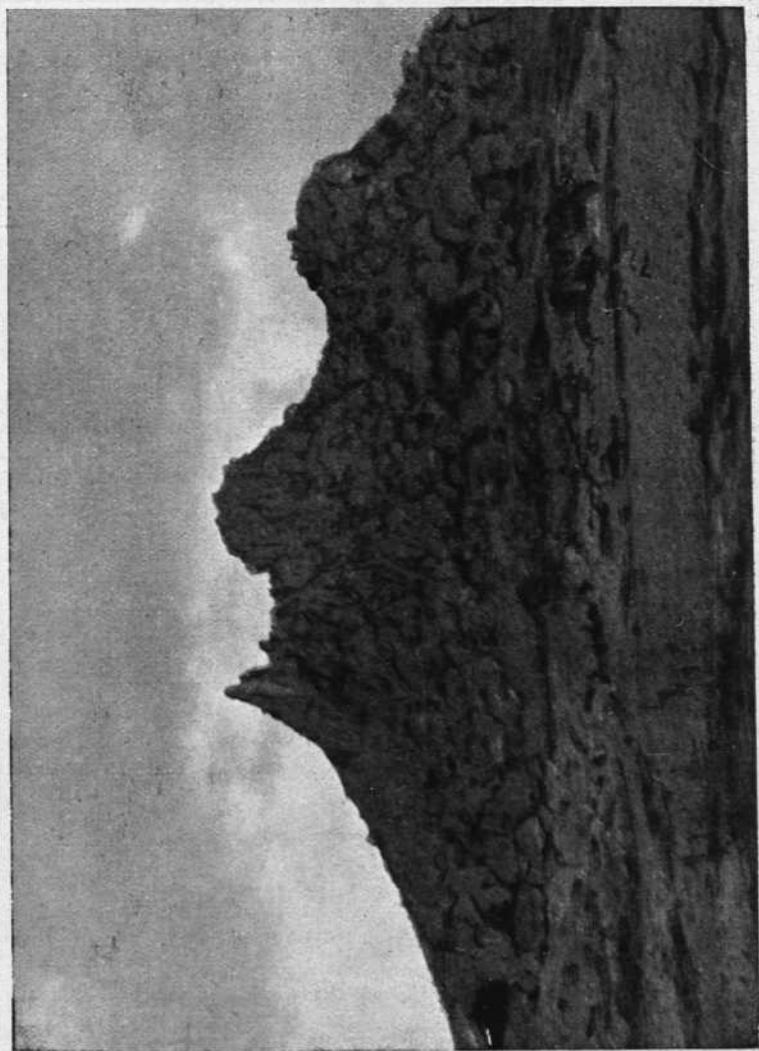
23. Gavilanes.  
24. Pedro Bernardo.  
25. Lanzahita.  
26. Ramacastañas.  
27. Burgochondo.  
28. Navalmonar.  
29. Barraco.  
30. El Hornillo.  
31. Candelario.  
32. Tejada.  
33. Jaraiz.  
34. Cuacos.



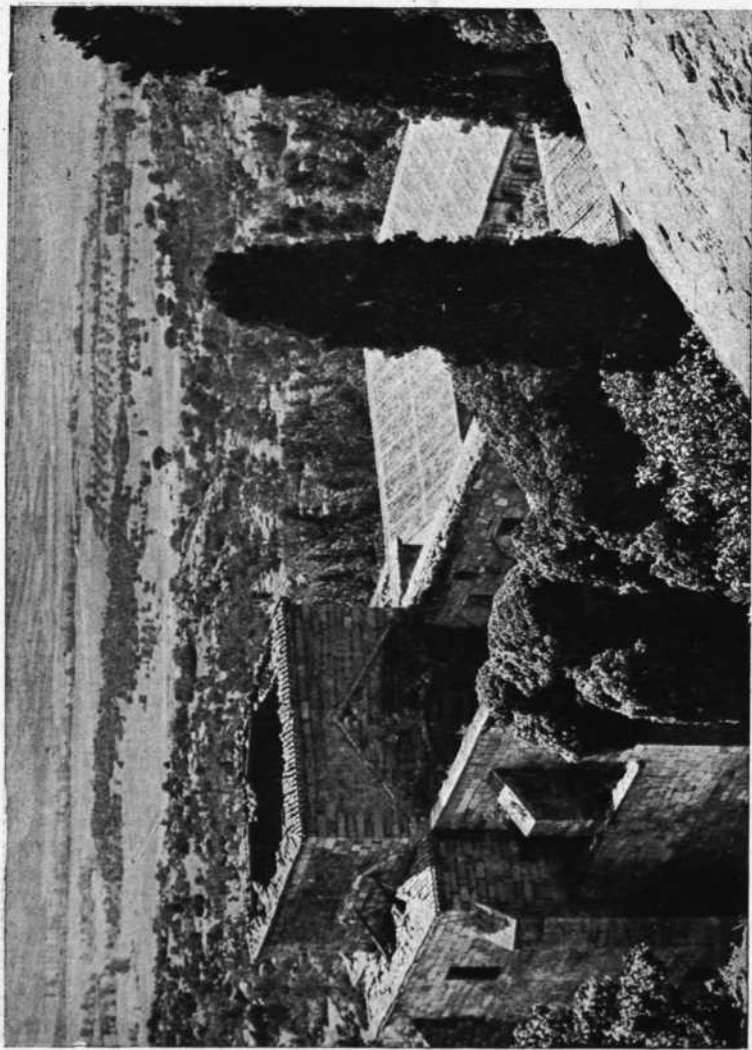
Plano de excursión para el macizo oriental



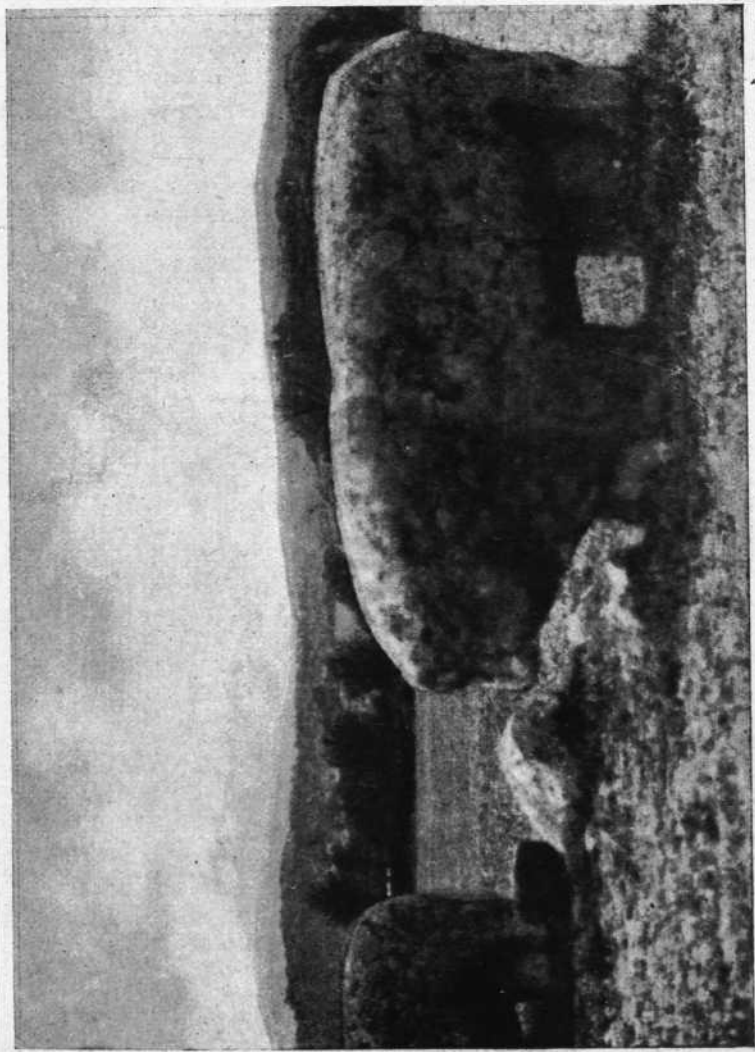
*Los Picos de Cenicientos*



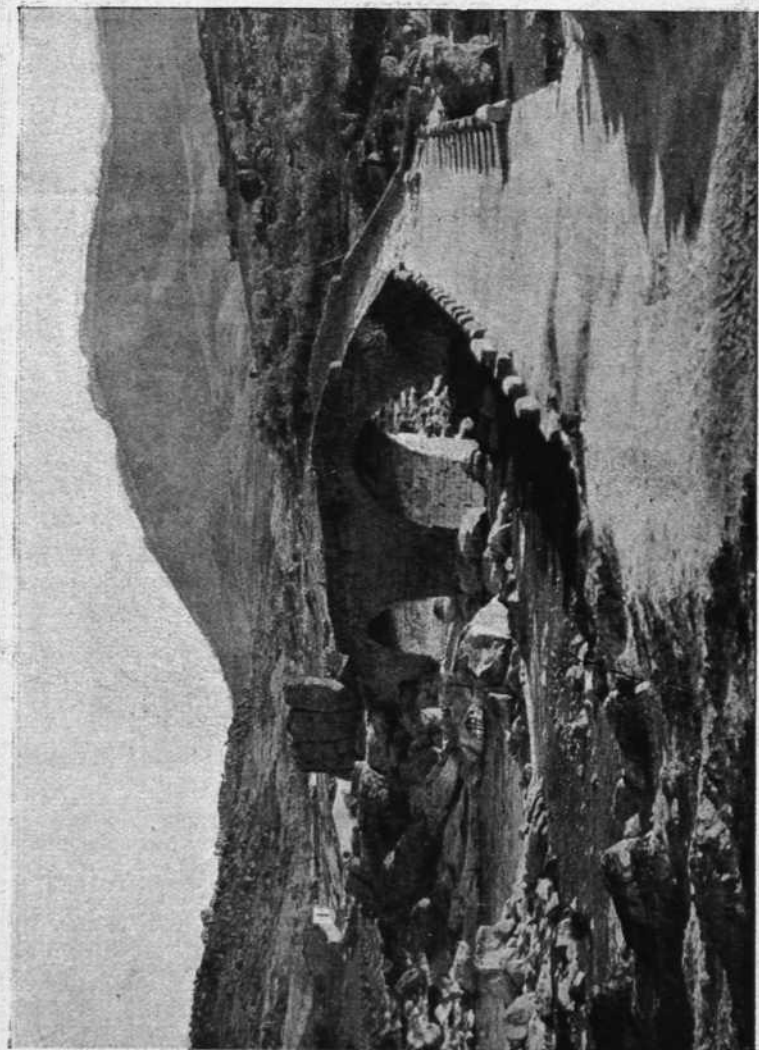
*La Peña de Cadalso*



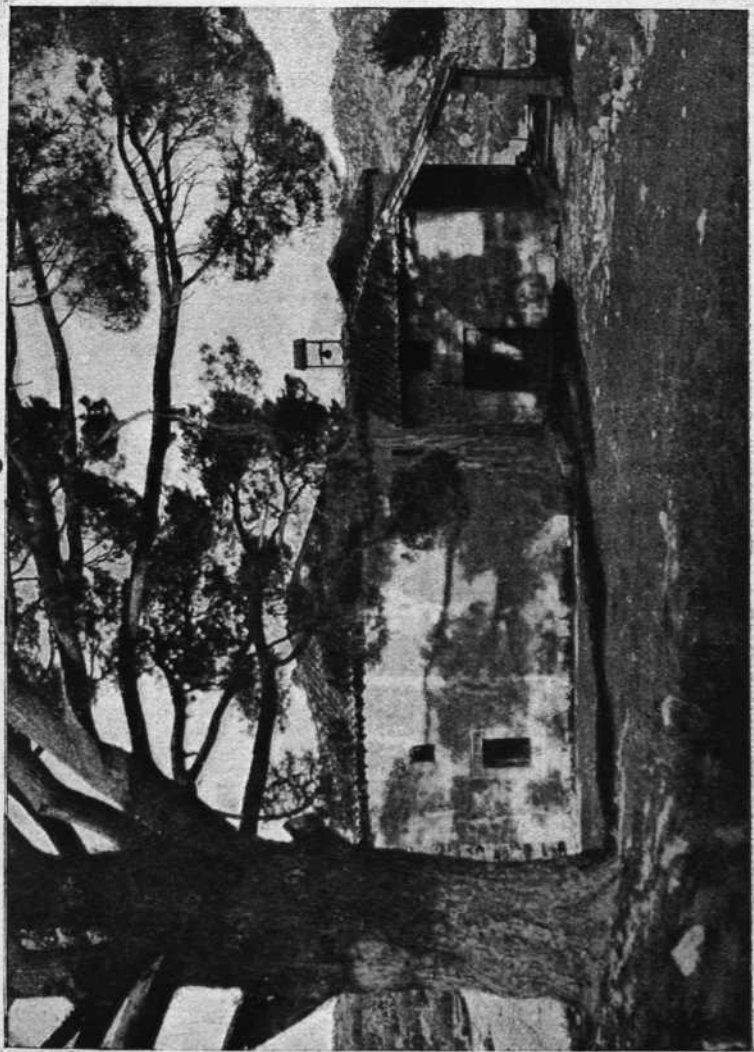
*El Monasterio de Guisando*



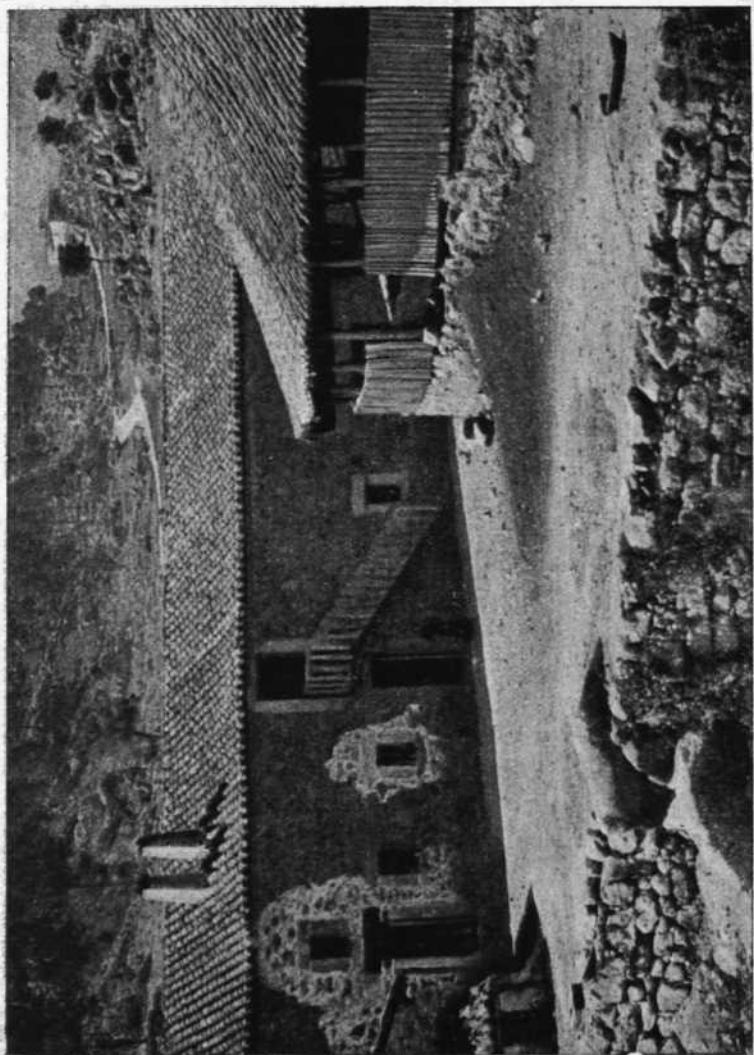
*Los toros de Guisando*



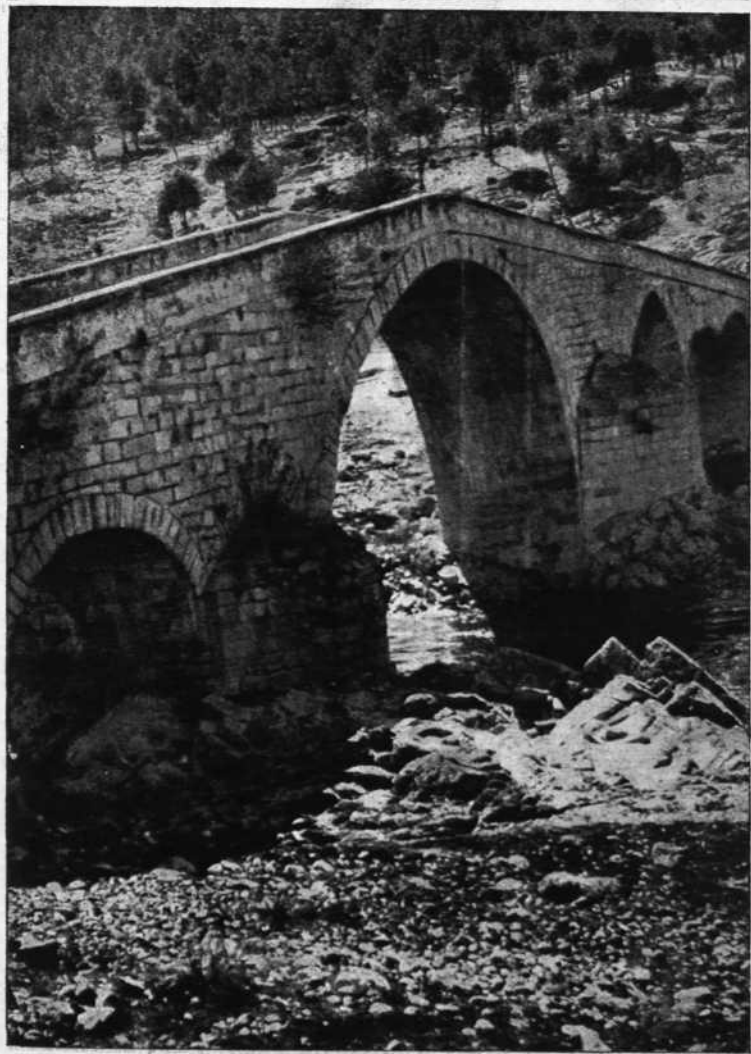
*Puente de Valsordo*



*Ermita de Valsordo*



*Casas del Burguillo*



*Puente del Burguillo*

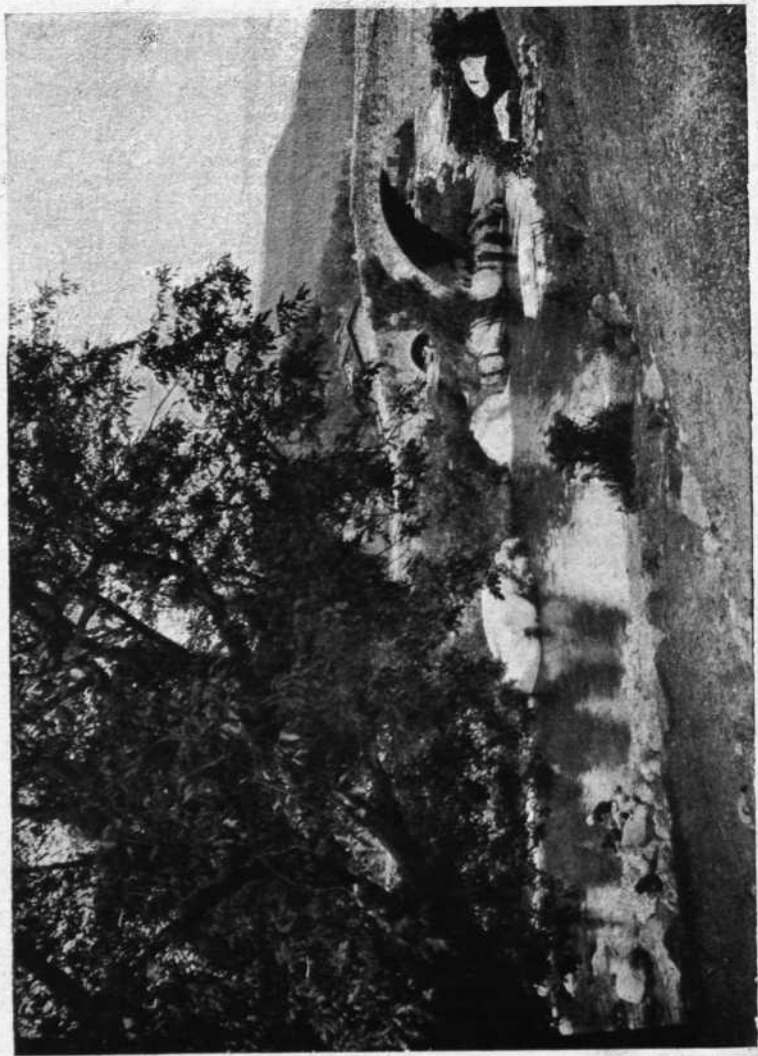


*Plaza de Casillas*

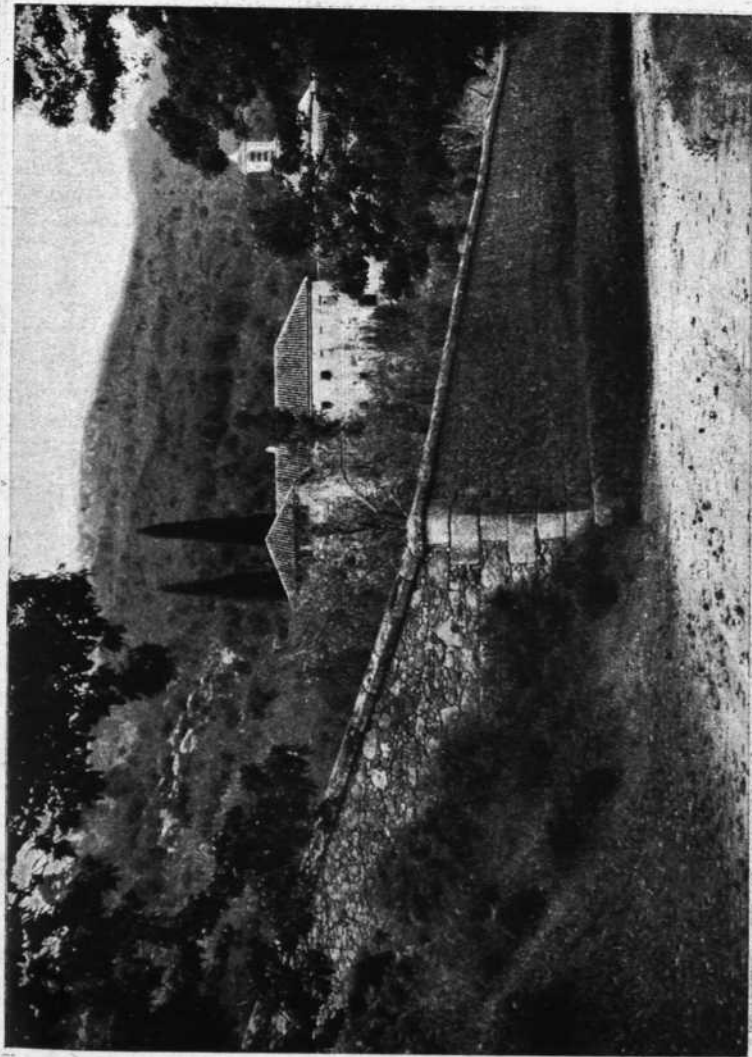


- |                            |                      |
|----------------------------|----------------------|
| 1. Arenas de San Pedro.    | 9. Puerta Falsa.     |
| 2. Guisando.               | 10. Canal Seca.      |
| 3. El Nogal (1).           | 11. El Espaldar.     |
| 4. Cuerda del Amealito.    | 12. Puerto del Peón. |
| 5. La Mira.                | 13. Casa forestal.   |
| 6. Risco Enebro.           | 14. El Hornillo.     |
| 7. La Apertura.            | 15. Casilla.         |
| 8. Paredón de los Galayos. |                      |

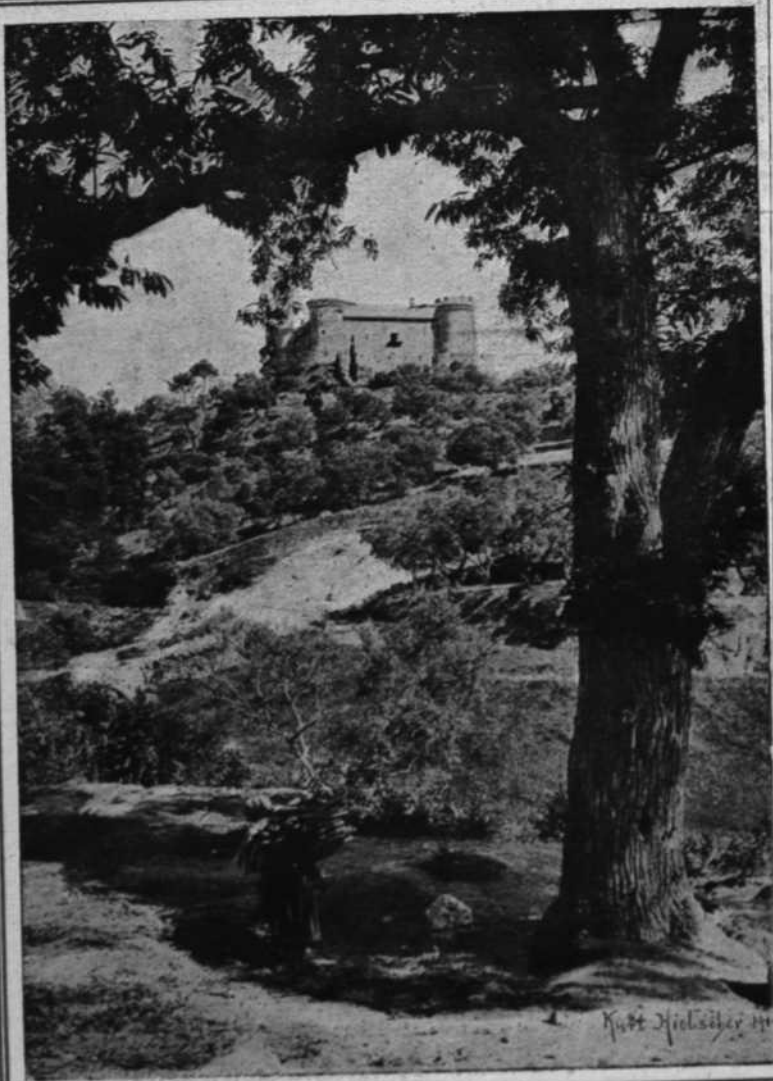
(1) Llamado también «el último nogal». Es un pino; pertenece a la familia de los de la vertiente Norte (Navarredonda y Hoyos del Espino), que digieren en forma y corpulencia de los de la vertiente Sur.



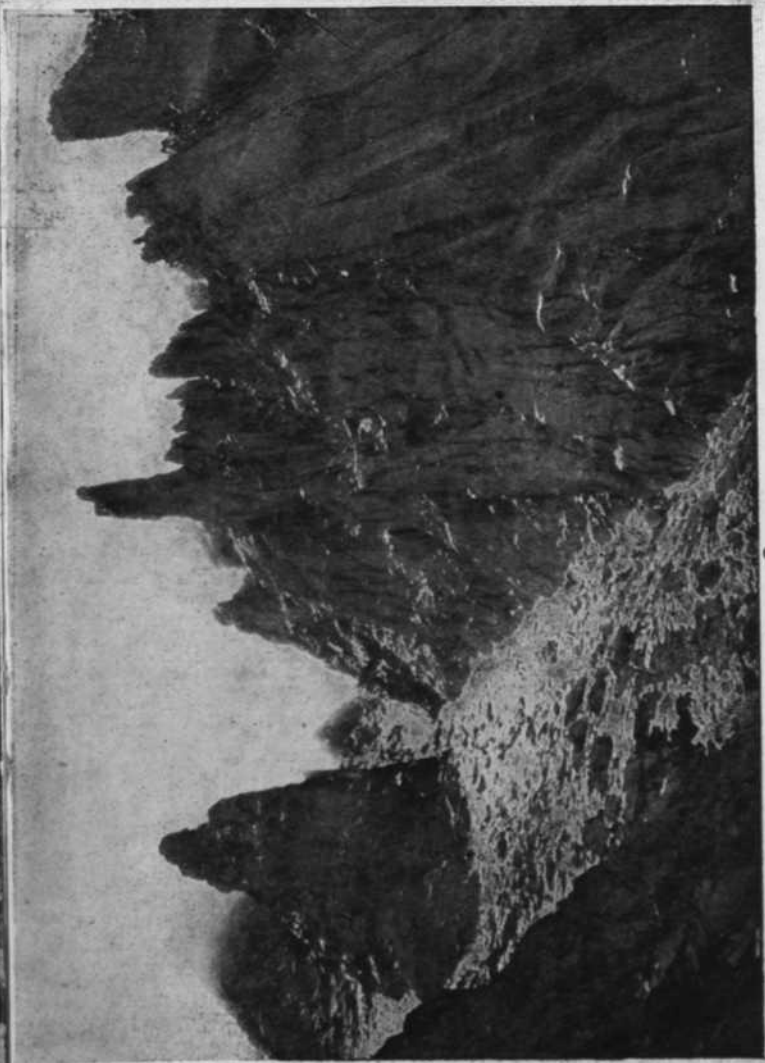
*Puente de Arenas de San Pedro*



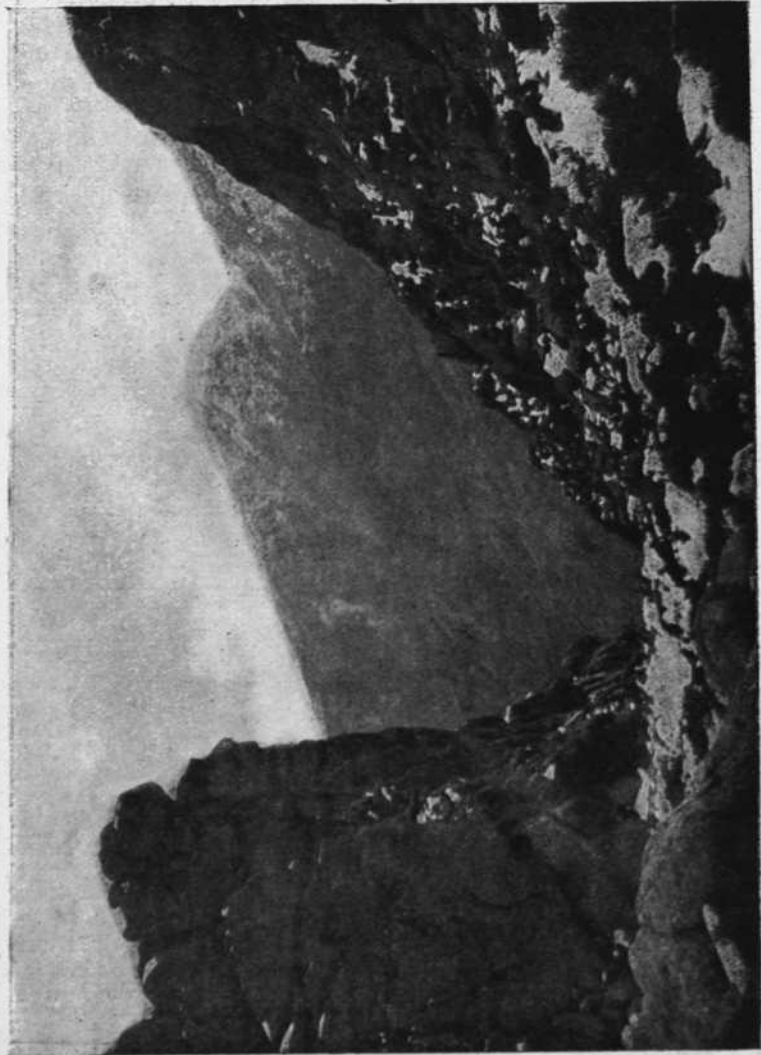
*Convento de San Pedro (Arenas)*



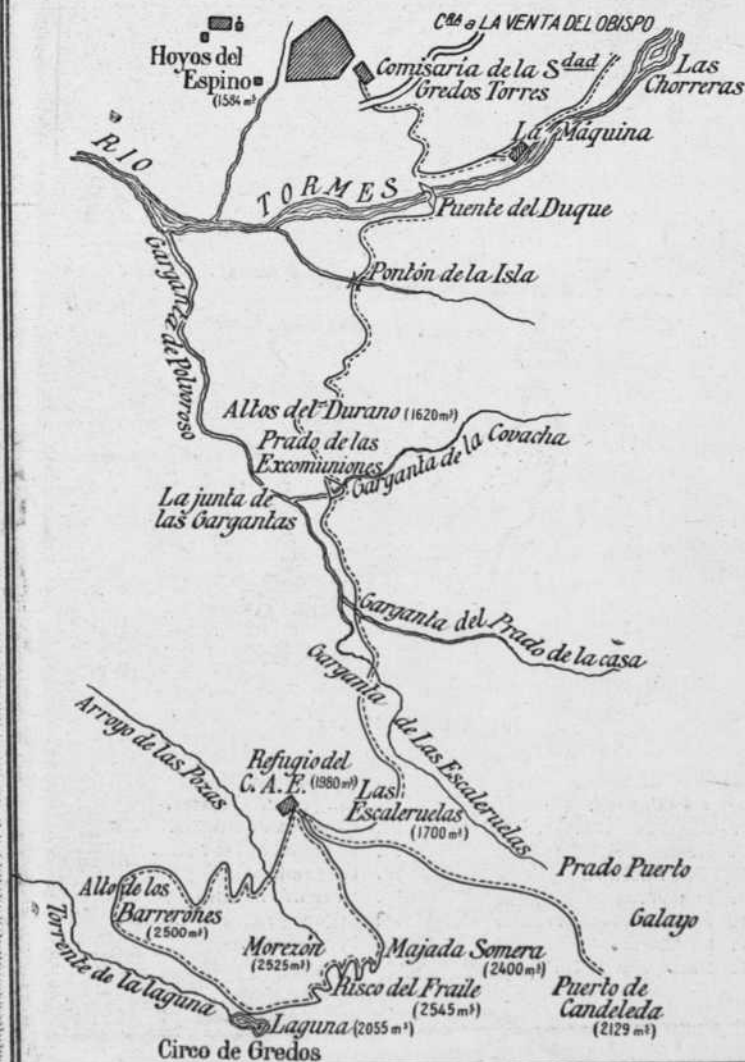
Castillo de Mombeltrán



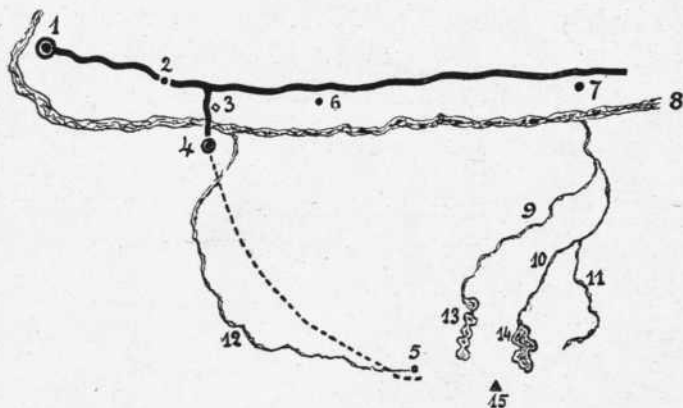
*Los Galayos: Puerta Falsa*



*Los Galayos: Portilla de las Rebolleras*



Plano de excursión al Circo por Hoyos del Espino



### RUTA DE BOHOYO

— Carretera.

..... Camino.

1. Barco de Avila.

2. Hermosillo.

3. Villa Faustina.

4. Bohoyo.

5. Fuente de los Serranos.

6. La Aliseda.

7. Navalperal de Tormes.

8. Río Tormes.

9. Garganta de Pinares.

10. Garganta de Gredos.

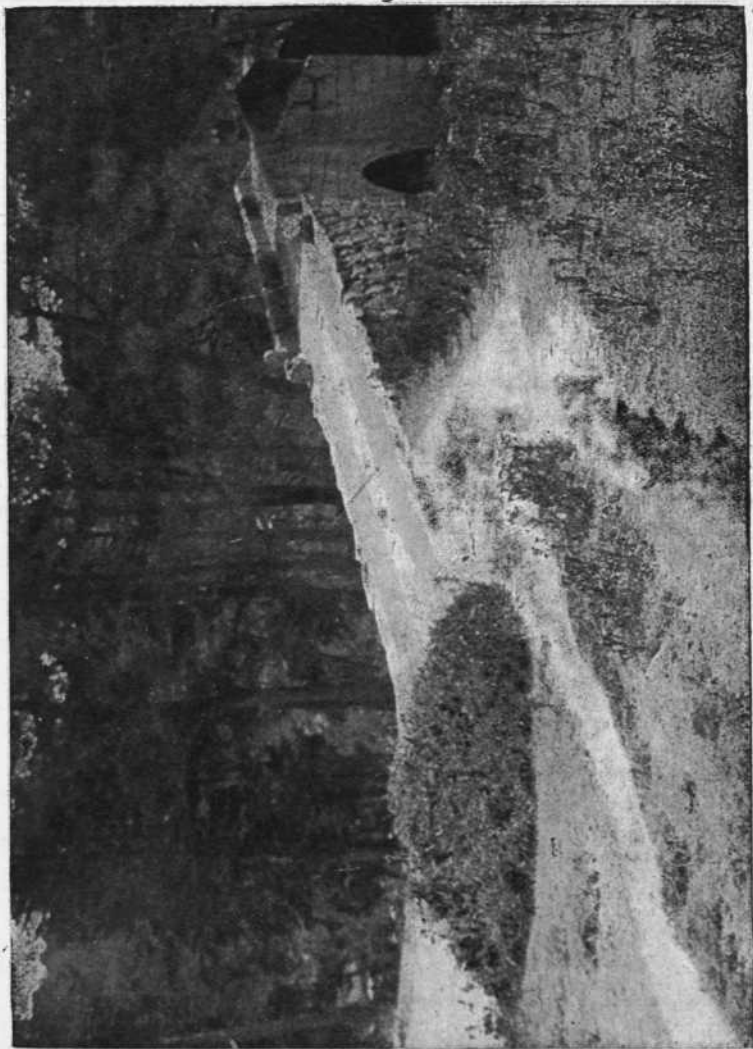
11. Garganta de las Pozas.

12. Garganta de Bohoyo.

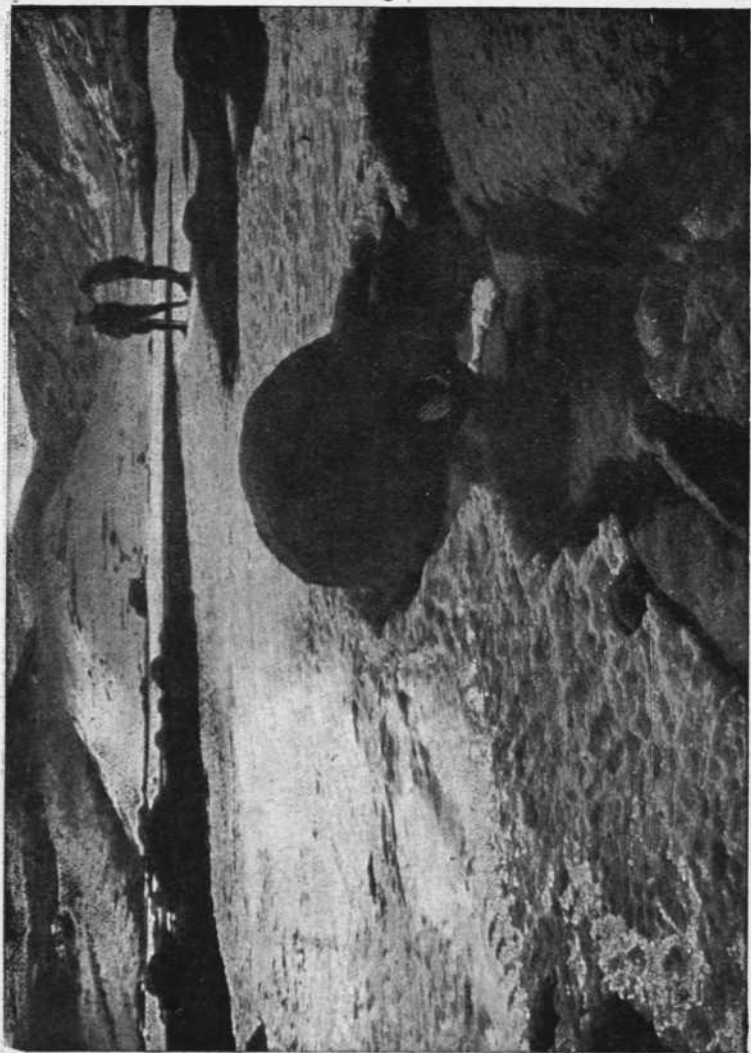
13. Las cinco lagunas.

14. Laguna grande de Gredos.

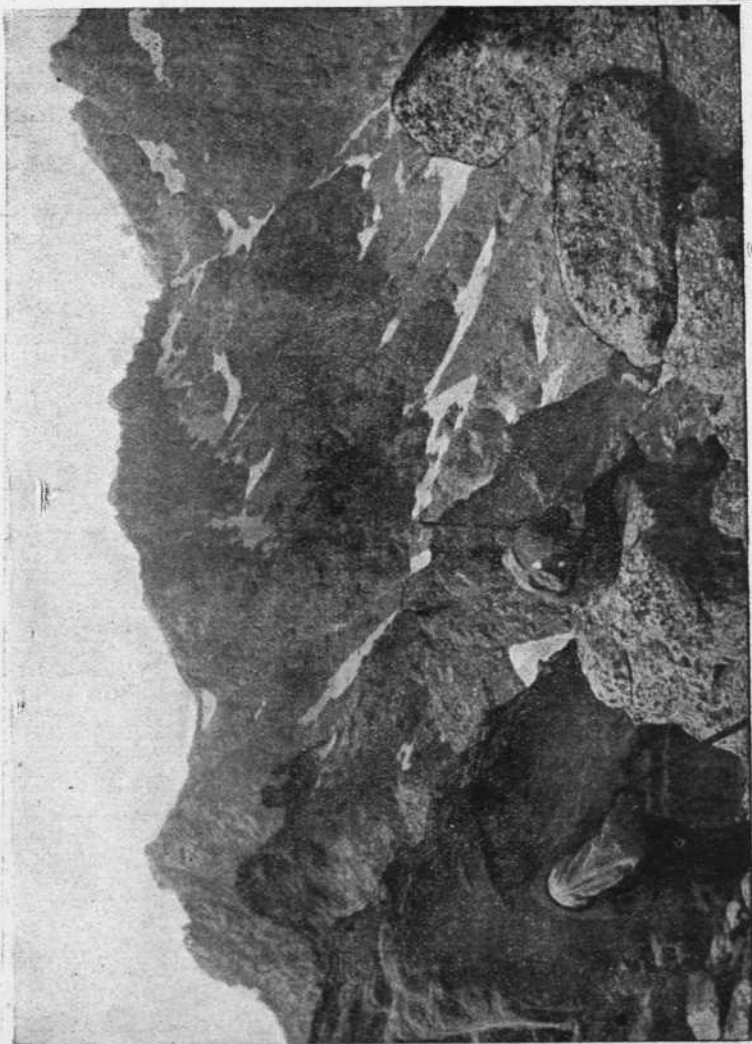
15. El Almanzor.



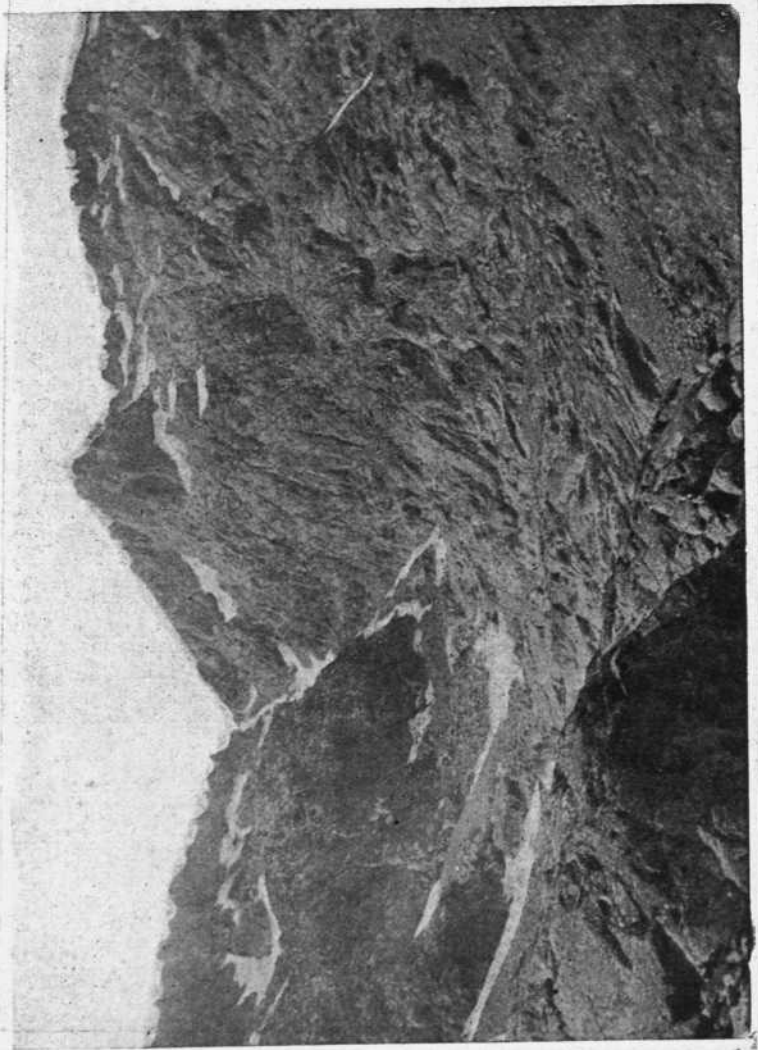
*Puente sobre el Tormes (Hoyos del Espino)*



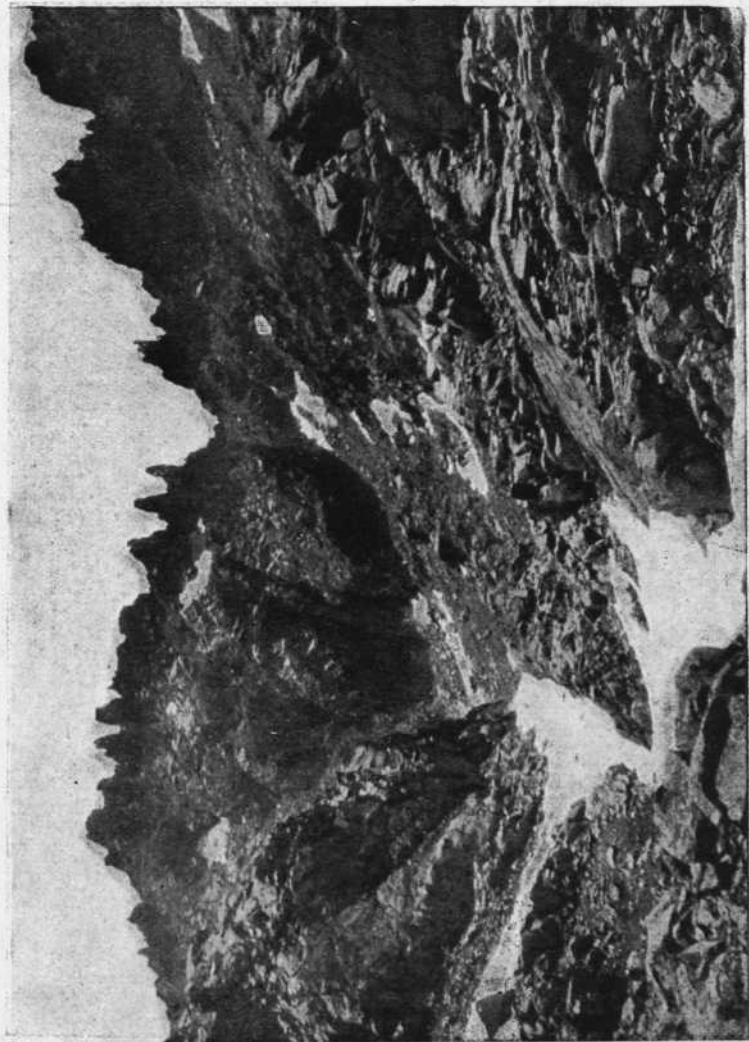
*El Prado de las Pozas*



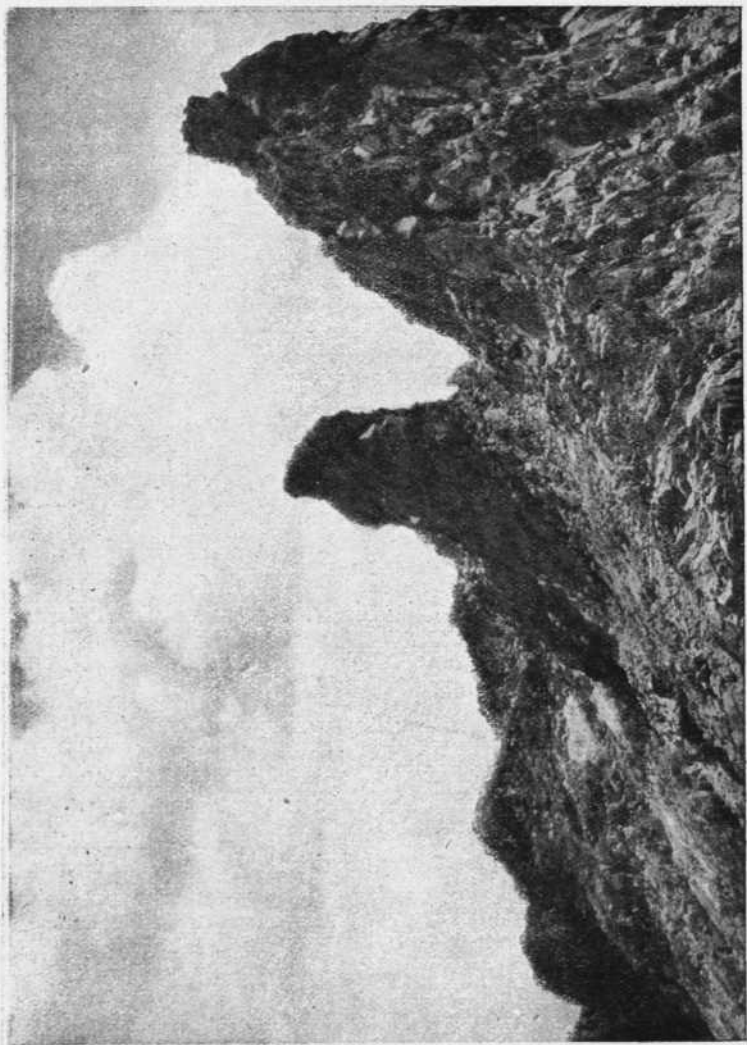
*Entrada al Circo por el Morezón*



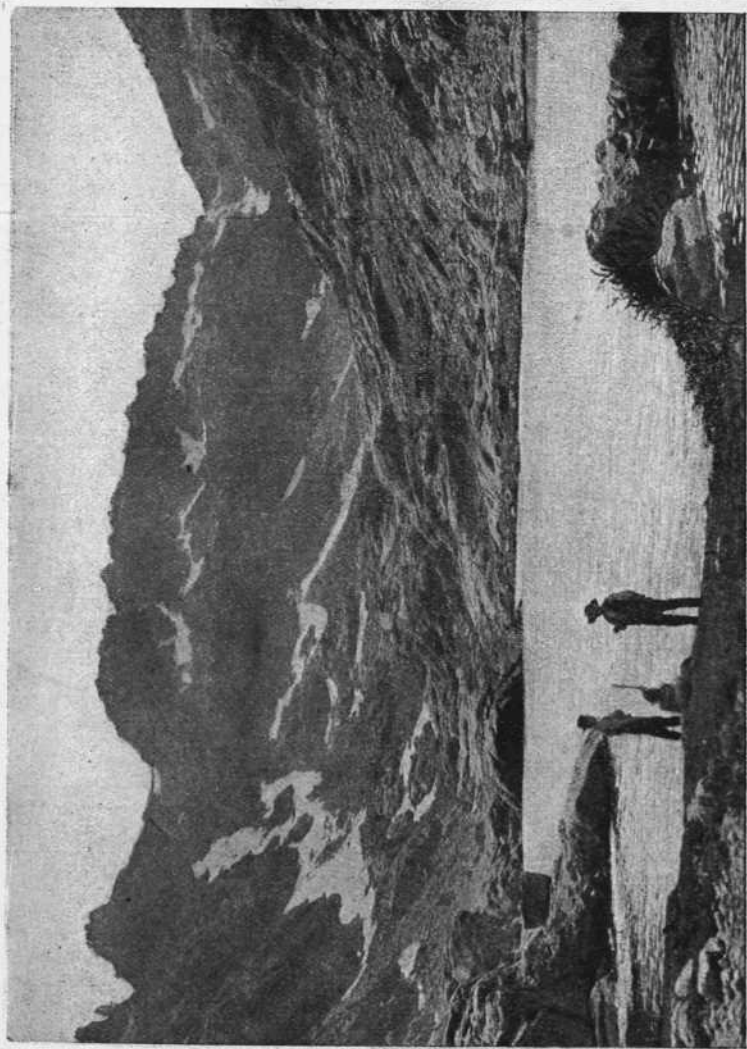
*El Almanzor desde el Morezón*



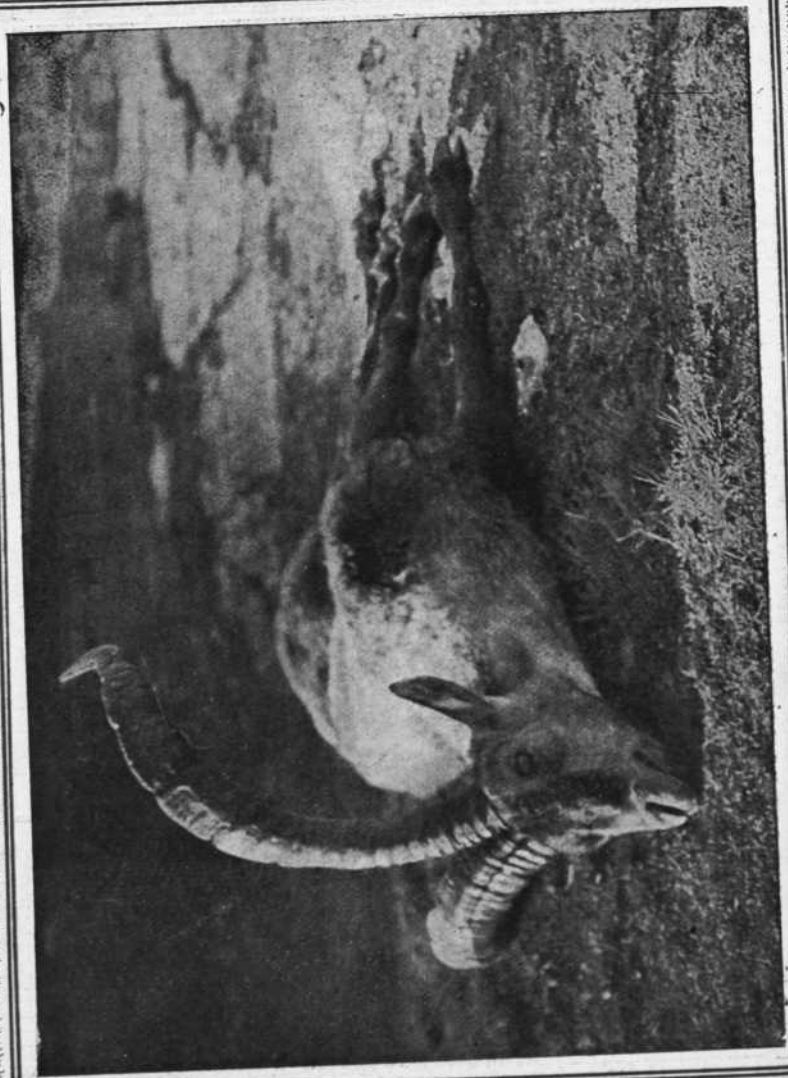
*Los Hermanitos desde el Ameal*



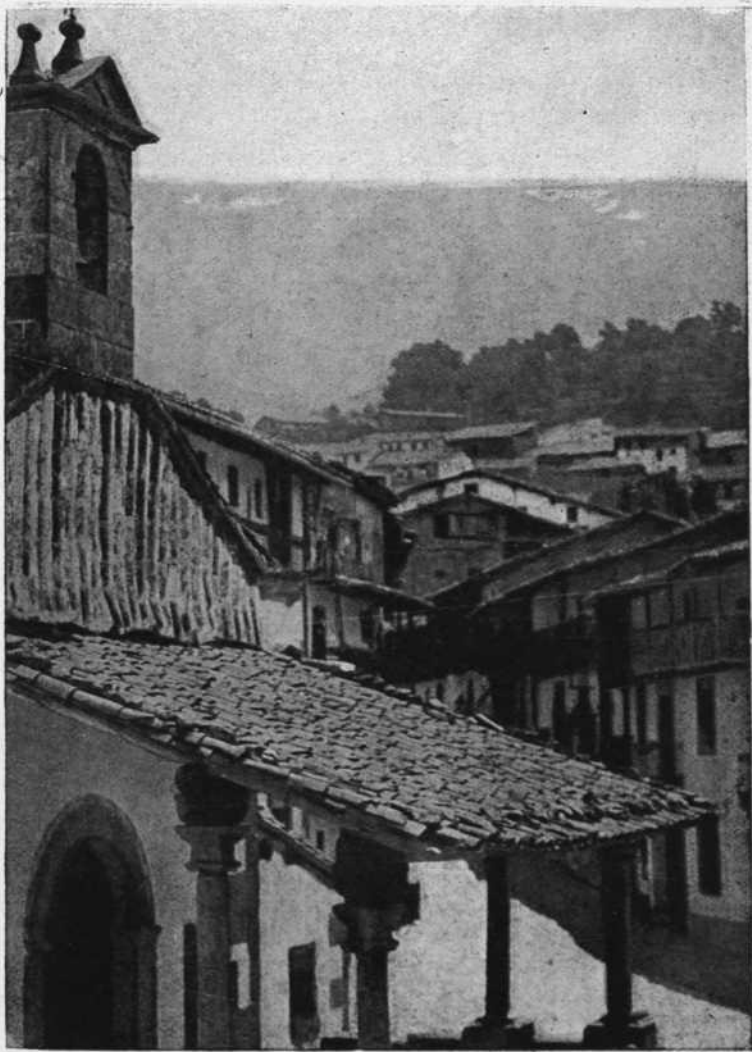
*El Ameal de Pablo y Risco Moreno*



*Laguna grande del Circo*



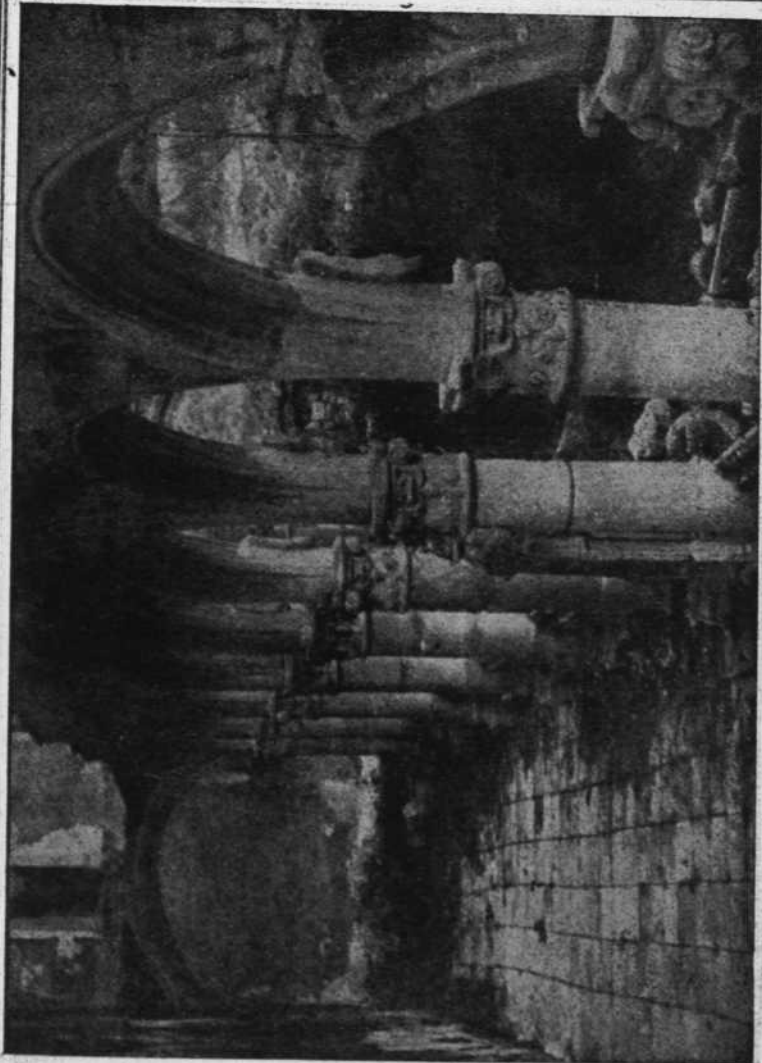
*Macho de «Cabra Montés» muerto por S. M. el Rey Don Alfonso XIII*



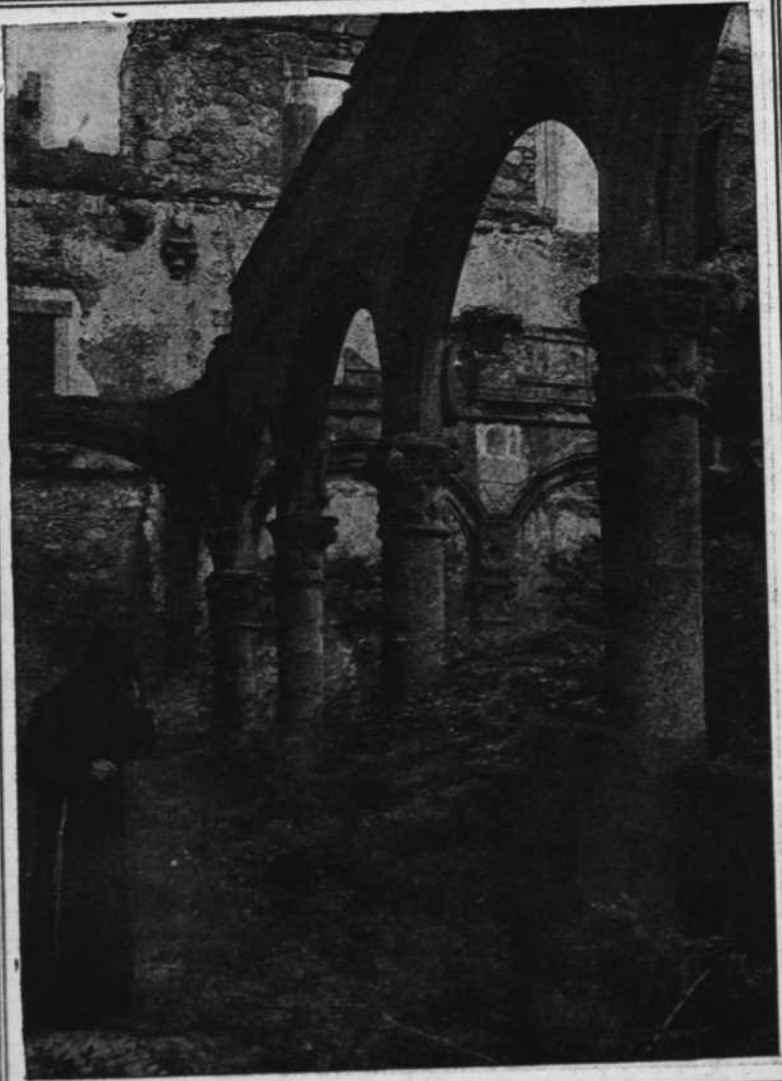
*Candelario*



*Molino en la Sierra de Béjar*



*Monasterio de Yuste: el Claustro en 1911*



*Monasterio de Yuste: el Claustro en 1919*

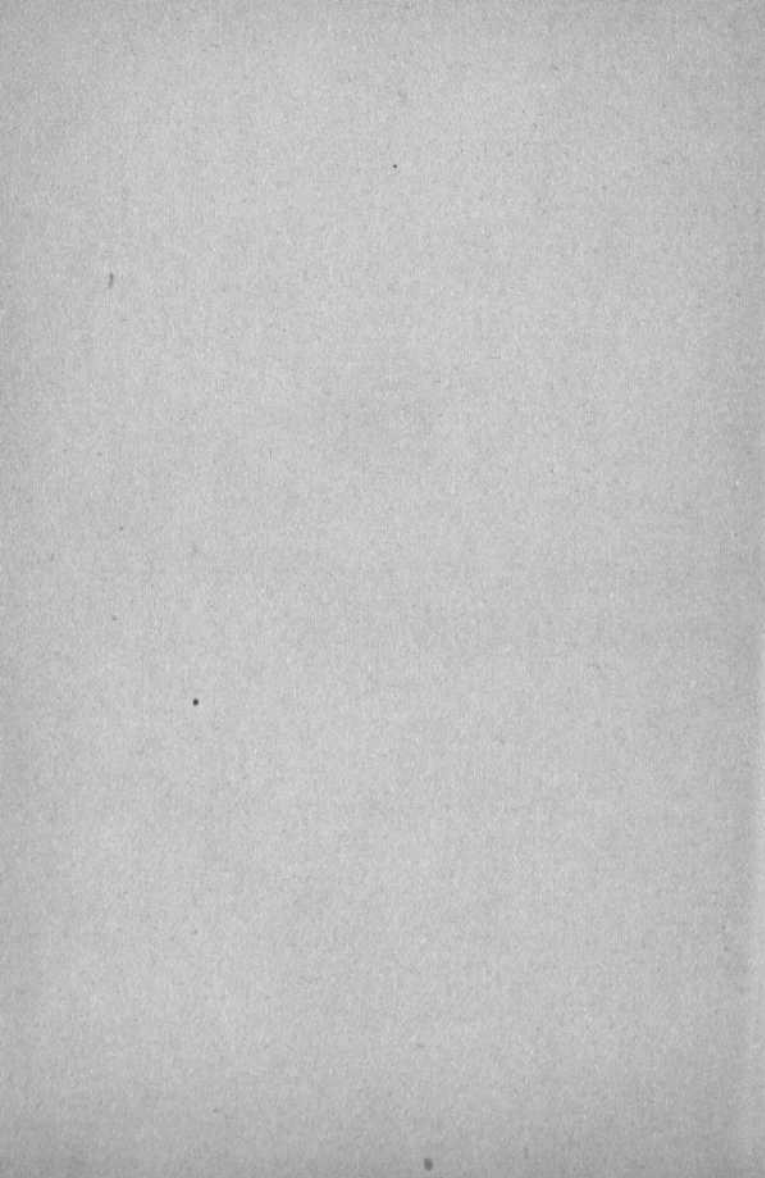






*Este libro, que pertenece a las publicaciones  
de la Comisaría Regia del Turismo,  
se acabó de imprimir en Ar-  
tes Gráficas Mateu,  
en Octubre  
de 1919*









---

YVSTE  
Y LA  
SIERRA  
DE  
GREDOS

---

II



1919

---